

el dolor

MARGUERITE DURAS

Lectulandia

«El dolor» está escrito en los últimos días de la ocupación alemana y los primeros de la liberación. Los verdugos que se transforman en víctimas, las víctimas que se transforman en verdugos, es el turbulento fondo de esta crónica. El angustioso diario de la autora mientras espera el retorno de su marido, al que ya no ama, de un campo de concentración y su extraña relación con un agente de la Gestapo al que entregará a la Resistencia forman algunas de las dramáticas situaciones de este libro. Marguerite Duras dejó un gran testimonio sobre el conflicto moral y político de la justicia en una época de vencedores y vencidos.

Lectulandia

Marguerite Duras

El dolor

ePub r1.0

Titivillus 22.07.15

Título original: *La douleur*
Marguerite Duras, 1985
Traducción: Clara Janés
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Nicolás Régnier y Frédéric Antelme

EL DOLOR

I

El dolor

He encontrado este diario en dos cuadernos de los armarios azules de Neauphle-le-Château.

No guardo ningún recuerdo de haberlo escrito.

Sé que lo he hecho, que soy yo quien lo ha escrito, reconozco mi letra y el detalle de lo que cuento, vuelvo a ver el lugar, la Gare d'Orsay, los trayectos, pero no me veo escribiendo este diario. ¿Cuándo lo escribí, en qué año, a qué hora del día, en qué casa? No sé nada.

Lo que es seguro, evidente, es que me resulta impensable haberlo escrito mientras esperaba a Robert L.

Cómo he podido escribir esta cosa a la que aún no sé dar un nombre y que me asusta cuando la releo. Cómo he podido, asimismo, abandonar este texto durante años en esta casa de campo regularmente inundada en invierno.

La primera vez que me preocupo de ello es cuando la revista *Sorcières* me pide un texto de juventud.

El *dolor* es una de las cosas más importantes de mi vida. La palabra «escrito» no resulta adecuada. Me he encontrado ante páginas regularmente llenas de una letra pequeña extraordinariamente regular y serena. Me he encontrado ante un desorden fenomenal de pensamientos y sentimientos que no me he atrevido a tocar y comparado con el cual la literatura me ha avergonzado.

Abril

Frente a la chimenea, el teléfono, está a mi lado. A la derecha, la puerta del salón y el pasillo. Al fondo del pasillo, la puerta de entrada. Él podría volver directamente, llamar a la puerta de entrada: «¿Quién es?». «Soy yo.» También podría llamar por teléfono, nada más llegar, desde un centro de tránsito: «He vuelto, estoy en el Hotel Lutetia para las formalidades». No habría signos precursores. Él telefonaría. Son cosas posibles. Bien vuelven otros. Él no es un caso particular. No hay ningún motivo especial para que no vuelva. Es posible que vuelva. Entonces llamaría: «¿Quién es?». «Soy yo.» Hay otras muchas cosas que suceden en ese mismo terreno. Acabaron cruzando el Rin. La articulación estratégica de Avranches acabó rompiéndose. Acabaron batiéndose en retirada. Yo he acabado por vivir hasta el final de la guerra. He de estar sobre aviso: no sería nada raro que volviera. Sería normal. He de tener mucho cuidado y no convertirlo en un acontecimiento extraordinario. Lo extraordinario es inesperado. He de ser razonable: espero a Robert L., que debe

volver.

Suena el teléfono: «Oiga, oiga, ¿tiene noticias?». He de persuadirme de que el teléfono también sirve para esto. No colgar, contestar. No gritar que me dejen tranquila. «Ninguna noticia.» «¿Nada?, ¿ninguna indicación?» «Ninguna.» «¿Sabe usted que Belsen ha sido liberada? Sí, ayer por la tarde...» «Lo sé.» Silencio. Voy a preguntarlo una vez más. Sí. Lo pregunto: «¿Qué opina usted? Empiezo a estar inquieta». Silencio. «No debe desanimarse, hay que resistir, por desgracia no es usted la única, conozco a una madre de cuatro hijos...» «Lo sé, perdone, tengo que salir, adiós.» Cuelgo el teléfono. No me he movido del sitio. No hay que hacer demasiados movimientos, es energía perdida, conservar todas las fuerzas para el suplicio.

Ha dicho: «¿Sabe usted que Belsen ha sido liberada?». Yo lo ignoraba. Un campo más, liberado. Ha dicho: «Ayer por la tarde». No lo ha dicho, pero lo sé, las listas de nombres llegarán mañana por la mañana. Hay que salir, comprar el periódico, leer la lista. No. En las sienes noto un latido que se hace más fuerte. No, no leeré esta lista. En primer lugar, el sistema de listas lo he probado desde hace tres semanas; no es el bueno. Y cuantas más listas haya, cuantas más aparezcan, menos nombres habrá en ellas. Seguirán saliendo listas hasta el final. Y él nunca estará si soy yo quien las lee. Ha llegado el momento de moverse. Levantarse, dar tres pasos, dirigirse a la ventana. La escuela de medicina, ahí, siempre. Los transeúntes, siempre estarán caminando cuando yo me entere de que él nunca volverá. Un aviso de defunción. Últimamente han empezado a notificarlos. Lllaman. «¿Quién es?» «Una asistente social del Ayuntamiento.» El latido en las sienes continúa. Tendría que lograr detener este latido en las sienes. Su muerte está en mí. Late en mis sienes. No hay error posible. Detener los latidos en las sienes, detener el corazón, tranquilizarlo, nunca se tranquilizará por sí solo, hay que ayudarlo. Detener la exorbitación de la razón que huye, que se va de la cabeza. Me pongo el abrigo, salgo. La portera está abajo. «Buenos días, madame L.» Hoy no tenía un aspecto especial. La calle tampoco. Fuera, abril.

En la calle, duermo. Las manos en los bolsillos, bien hundidas, las piernas avanzan. Evitar los quioscos de periódicos. Evitar los centros de tránsito. Los aliados avanzan en todos los frentes. Hace tan sólo unos días era algo importante. Ahora no tiene ninguna importancia. Únicamente leo los comunicados. Es del todo inútil, ahora avanzarán hasta el final. El día, la luz del día a raudales sobre el misterio nazi. Abril, habrá sucedido en abril. Los ejércitos aliados irrumpen en Alemania. Berlín arde. El Ejército Rojo prosigue su avance victorioso en el Sur, rebasa Dresde. En todos los frentes se avanza. Alemania, reducida a sí misma. Se ha cruzado el Rin, estaba claro. El gran día de la guerra: Remagen. Después ha empezado la cosa. En una cuneta con la cabeza vuelta hacia la tierra, las piernas dobladas, los brazos extendidos, él se está muriendo. Está ya muerto. Entre los esqueletos de Buchenwald, el suyo. Hace calor en toda Europa. En la carretera, a su lado, pasan los ejércitos aliados que avanzan. Desde hace tres semanas está muerto. Esto es, esto es lo que ha sucedido. Tengo una certeza. Camino más de prisa. Su boca está entreabierta. Es el atardecer. Ha pensado

en mí antes de morir. El dolor es tan grande, se asfixia, no tiene aire. El dolor necesita espacio. Hay demasiada gente en las calles, quisiera avanzar por una gran llanura, sola. Justo antes de morir debió de decir mi nombre. A lo largo de todas las carreteras de Alemania, hay hombres y mujeres tendidos en posturas semejantes a la suya. Miles, decenas de miles, y él. Él, a la vez contenido en los otros miles, y destacándose para mí sola de los otros miles, completamente distinto, solo. Todo lo que se puede saber cuando no se sabe nada, yo lo sé. Empezaron evacuándolos; luego, en el último minuto, los mataron. La guerra es una referencia general, las necesidades de la guerra también, la muerte. Murió pronunciando mi nombre. ¿Qué otro nombre hubiera podido pronunciar? Los que viven de referencias generales no tienen nada en común conmigo. Nadie tiene nada en común conmigo. La calle. En este momento hay en París gentes que ríen, jóvenes, sobre todo. Yo sólo tengo enemigos. Es el atardecer. Tengo que volver para esperar junto al teléfono. En el otro lado también es el atardecer. En la cuneta, va cayendo la noche, las sombras ocultan ahora su boca. Sol rojo sobre París, lento. Seis años de guerra terminan. Es la cuestión primordial de este siglo. La Alemania nazi está aplastada. También él en la cuneta. Todo está acabando. Me es imposible dejar de caminar. Estoy demacrada, seca como la piedra. Junto a la cuneta, el parapeto del Pont des Arts, el Sena. Exactamente, a la derecha de la cuneta. La oscuridad los separa. Ya nada me pertenece en el mundo excepto este cadáver tirado en una cuneta. El atardecer es rojo. Es el fin del mundo. Yo no muero contra nadie. Simplicidad de esta muerte. Habré dejado de vivir. Me es indiferente, este momento de mi muerte me resulta indiferente. Muriendo, no me reúno con él, dejo de esperarlo. Avisaré a D.: «Más vale morir, qué harías conmigo». Hábilmente moriré en vida para él, luego cuando la muerte sobrevenga, será un alivio para D. Hago ese cálculo ruin. Tengo que regresar. D. me espera. «¿Ninguna noticia?» «Ninguna.» Ya no me pregunta cómo estoy, ya no me da los buenos días. Dice: «¿Ninguna noticia?». Yo digo: «Ninguna». Voy a sentarme junto al teléfono, en el sofá. Me callo. D. está inquieto. Cuando no me mira, tiene un aspecto preocupado. Desde hace ocho días está mintiendo. Yo le digo a D.: «Dime algo». Ya no me dice que estoy chiflada, que no tengo derecho a poner enfermo a todo el mundo. Ahora, apenas dice: «No hay ningún motivo para que no vuelva él también». Sonríe, él también está demacrado, toda su cara se pone tirante cuando sonrío. Sin la presencia de D., me parece que no podría aguantar. Viene cada día, a veces dos veces al día. Se queda. Enciende la lámpara del salón, ya hace una hora que está ahí, deben de ser las nueve de la noche, aún no hemos cenado.

D. está sentado lejos de mí. Yo miro un punto fijo más allá de la ventana negra. D. me mira. Entonces yo le miro. Me sonrío, pero no es verdad. La semana pasada aún se acercaba a mí, me tomaba la mano, me decía: «Robert volverá, te lo juro». Ahora sé que se pregunta si no sería mejor dejar de alimentar la esperanza. A veces digo: «Perdóname». Al cabo de una hora, digo: «A qué puede deberse que no tengamos ninguna noticia». El dice: «Hay miles de deportados que están todavía en

campos a los que no han llegado los aliados, ¿cómo quieres que te avisen?». Esto dura mucho rato, hasta el momento en que yo le pido a D. que me jure que Robert volverá. Entonces D. jura que Robert L. volverá de los campos de concentración.

Voy a la cocina, pongo patatas a hervir. Me quedo allí. Apoyo la frente contra el borde de la mesa, cierro los ojos. D. no hace nada de ruido en el piso, hay sólo el rumor del gas. Se diría que estamos en medio de la noche. La evidencia se abate sobre mí, de manera fulminante, la información: está muerto desde hace quince días. Desde hace quince noches, desde hace quince días, tirado en una cuneta. Con las plantas de los pies al aire. Sobre él la lluvia, el sol, el polvo de los ejércitos victoriosos. Sus manos están abiertas. Cada una de sus manos más entrañables que mi vida. Manos que yo conozco. Que sólo yo conozco de este modo. Grito. Pasos muy lentos en el salón. D. viene. Siento alrededor de mis hombros dos manos suaves, firmes, que retiran mi cabeza de la mesa. Estoy apoyada en D. Digo: «Es terrible». «Lo sé», dice D. «No, no puedes saberlo.» «Lo sé —dice D.—, pero inténtalo, todo se puede.» Yo ya no puedo nada. Conforta estar ceñida por otros brazos. Casi podría creerse que la cosa va mejor a veces. Un minuto de aire respirable. Nos sentamos para comer. Inmediatamente vuelven las ganas de vomitar. El pan es el que él no ha comido, aquel cuya falta le ha hecho morir. Deseo que D. se vaya. Vuelvo a necesitar espacio vacío para el suplicio. D. se va. El piso cruje bajo mis pasos. Apago las lámparas, regreso a mi habitación. Lo hago lentamente, para ganar tiempo, no agitar las cosas en mi cabeza. Si no voy con cuidado, no dormiré. Cuando no duermo nada, a la mañana siguiente todo va mucho peor. Me duermo a su lado todas las noches, en la cuneta oscura, junto a él muerto.

Abril

Voy al centro de Orsay. Me cuesta mucho conseguir que entre allí el Servicio de Indagaciones del periódico *Libres* que creé en setiembre de 1944. Me objetaron que no era un servicio oficial. El BCRA^[1] está ya instalado y no quiere ceder su puesto a nadie. Al principio me instalé clandestinamente con documentación falsa y autorizaciones falsas. Pudimos recoger numerosas informaciones, que aparecieron en *Libres*, sobre convoyes y traslados de campos. No pocos mensajes personales. «Digan a la familia tal que su hijo está vivo, yo estuve con él hasta ayer.» Nos echaron a la calle, a mis cuatro camaradas y a mí. El argumento es éste: «Todo el mundo quiere estar aquí, es imposible. Sólo se admitirá aquí a los secretariados de los *stalag*^[2]». Alego que nuestro periódico lo leen setenta y cinco mil parientes de deportados y prisioneros. «Lo sentimos mucho, pero el reglamento prohíbe instalarse aquí a todo servicio no oficial.» Digo que nuestro periódico no es como los demás, que es el único que realiza tiradas especiales con listas de nombres. «Ésta no es razón suficiente.» Quien me habla es un oficial superior de la comisión de repatriación del

ministerio Fresnay. Parece muy preocupado, está distante e inquieto. Es educado. Dice: «Lo siento». Yo digo: «Me defenderé hasta el final». Me dirijo hacia los despachos. «¿Dónde va usted?» «Voy a intentar quedarme.» Intento colarme en una fila de prisioneros de guerra que ocupa todo lo ancho del pasillo. El oficial superior me dice, indicándome a los prisioneros: «Como usted quiera, pero cuidado, éstos todavía no han pasado por la desinfección. En todo caso, si aún está aquí por la noche, sintiéndolo mucho tendré que echarla». Encontramos una mesita de madera blanca y la colocamos a la entrada del circuito. Preguntamos a los prisioneros. Muchos vienen a nosotras. Recogemos cientos de mensajes. Trabajo sin levantar la cabeza, sólo pienso en escribir correctamente los nombres.

De vez en cuando un oficial, muy fácilmente reconocible entre los otros, joven, con camisa color caqui, muy ajustada, para que le marque el torso, viene a preguntarnos quiénes somos. «¿Qué es esto del Servicio de Indagaciones? ¿Tienen ustedes un salvoconducto?» Enseño un falso salvoconducto, funciona. Luego es una mujer de la comisión de repatriación. «¿Qué quiere usted de ellos?» Yo explico que les pedimos noticias. Ella pregunta: «¿Y qué hacen ustedes con estas noticias?». Es una mujer joven con el cabello rubio platino, traje sastre azul marino, zapatos a juego, medias finas, las uñas rojas. Digo que las publicamos en un periódico que se llama *Libres*, que es el periódico de los prisioneros y de los deportados. Ella dice: «¿*Libres*? ¿Entonces no son ustedes ministerio? (*sic*)». «No.» «¿Tienen una autorización?» Adopta una actitud distante. Yo digo: «Nos la tomamos». Ella se va, seguimos preguntando. Se nos facilitan las cosas debido a la lentitud extrema del paso de los prisioneros. Entre el momento en que se baja del tren y el de su llegada al primer despacho del circuito, el del control de identidad, pasan dos horas y media. Para los deportados es aún más largo, porque no tienen documentación y están infinitamente más cansados, la mayoría bordeando el límite de sus fuerzas. Vuelve, un oficial, cuarenta y cinco años, chaqueta ceñida, el tono muy seco: «¿Qué es esto?». Nos explicamos una vez más. Él dice: «Ya existe un servicio análogo en el centro». Yo me permito replicar: «¿Cómo hacen ustedes llegar los mensajes a las familias? Sabemos que pasarán tres meses antes de que todos hayan podido escribir». Me mira y estalla en carcajadas. «No me ha comprendido usted. No se trata de noticias. Se trata de informaciones sobre las atrocidades nazis. Nosotros confeccionamos expedientes.» Se aleja, luego vuelve. «¿Quién les garantiza que dicen la verdad? Es muy peligroso lo que hacen ustedes. Supongo que no ignoran que los milicianos^[3] se esconden entre ellos.» No contesto que me es indiferente que los milicianos no estén detenidos. No contesto. Se marcha. Media hora después viene directamente a nuestra mesa un general. Le sigue un primer oficial y la mujer joven de traje sastre azul marino, también con galones. Como un policía exige: «La documentación». La enseño. «No es suficiente. Se le permite trabajar de pie, pero no quiero ver más esta mesa aquí.» Alego que ocupa poco sitio. El dice: «El ministro ha prohibido terminantemente colocar una mesa en el vestíbulo de honor (*sic*)». Llama a

dos *scouts* que se llevan la mesa. Trabajaremos de pie. De vez en cuando se oye la radio, el programa alterna, tan pronto música de *swing* como música patriótica. La cola de prisioneros aumenta. De vez en cuando voy a la ventanilla del fondo de la sala: «¿Aún no hay deportados?». «No hay deportados.» Uniformes en toda la estación. Mujeres de uniforme, comisiones de repatriación. Uno se pregunta de dónde salen estas personas, estos vestidos perfectos después de seis años de ocupación, estos zapatos de cuero, estas manos, ese tono altivo, áspero, siempre despectivo, ya sea en el furor, la condescendencia o la amabilidad. D. me dice: «Míralos bien, no los olvides». Yo pregunto de dónde vienen éstos, por qué están de pronto con nosotros, y ante todo quiénes son. D. me dice: «La Derecha. La Derecha es eso. Lo que ves en el personal gaullista que ocupa sus puestos. La Derecha se ha reconcentrado en el gaullismo incluso a través de la guerra. Verás cómo van a estar contra todo movimiento de resistencia que no sea directamente gaullista. Van a ocupar Francia. Se creen la Francia tutelar y pensante. Amargarán a Francia durante mucho tiempo, habrá que acostumbrarse a ellos». Esas mujeres hablan de los prisioneros diciendo «estos pobres chicos». Se dirigen la palabra como en un salón. «Dime, querida...» «Sí, querido...» Con muy pocas excepciones, tienen el acento de la aristocracia francesa. Están ahí para informar a los prisioneros sobre las horas de partida de los trenes. Tienen la sonrisa específica de las mujeres que quieren que se perciba su gran cansancio, pero también su esfuerzo por esconderlo. Aquí falta aire. Están realmente muy preocupadas. De vez en cuando vienen oficiales a verlas, se intercambian cigarrillos ingleses: «¿Y qué, siempre infatigable?». «Ya lo ve usted, mi capitán.» Risas. En la sala de honor resuenan el ruido de pasos, las conversaciones murmuradas, los llantos, los lamentos. Siempre es así. Desfilan camiones. Vienen de Le Bourget. De cincuenta en cincuenta, los prisioneros son descargados en el centro. Cuando un grupo aparece, de inmediato estalla la música: «Es el camino que va, que va, que va, y que no acaba...». Cuando los grupos son más numerosos, es *La Marsellesa*. Silencios entre los cánticos, pero muy cortos. «Los pobres chicos» miran la sala de honor, sonrían todos. Oficiales de repatriación los enmarcan. «Vamos, amigos, a la fila.» Ellos van a la fila y siguen sonriendo. Los que llegan primero a la ventanilla de identidad dicen: «Es largo», pero siguen sonriendo amablemente. Cuando les piden informaciones, dejan de sonreír, intentan recordar. Uno de estos días estaba yo en la Gare de l'Est y una de esas damas increpó a un soldado de la Legión, enseñando sus galones: «Cómo es que no me saluda, muchacho, o acaso no ve que soy capitán (*sic*)». El soldado la miró, era hermosa y joven, y él se rió. Ella se fue corriendo: «¡Qué mal educado!». Yo fui a ver al jefe del centro para arreglar el asunto del Servicio de Indagaciones. Nos permite quedarnos ahí, pero al final del circuito, en la cola, por la zona de la consigna. Mientras no hay convoyes de deportados, aguanto. Vuelven algunos pasando por el Lutetia, pero por Orsay, de momento, sólo hay individuos aislados. Tengo miedo de ver aparecer a Robert L. Cuando anuncian deportados, salgo del centro, es algo convenido con mis camaradas, no

vuelvo hasta que los deportados se han ido. Cuando vuelvo, mis camaradas me avisan desde lejos: «Nada. Ninguno conoce a Robert L.». Por la noche voy al periódico, doy las listas. Cada noche digo a D.: «Mañana no volveré a Orsay».

20 de abril

Hoy llega el primer convoy de deportados políticos de Weimar. Me telefonean del centro por la mañana. Me dicen que puedo ir, que no llegarán hasta la tarde. Voy por la mañana. Me quedaré allí todo el día. No sé dónde meterme para soportar la espera.

Orsay. Fuera del centro, hay mujeres de prisioneros de guerra coagulados en una masa compacta. Barreras blancas las separan de los prisioneros. Gritan: «¿Tiene usted noticias de Fulano?». A veces los soldados se detienen, los hay que contestan. A las siete de la mañana ya hay mujeres. Las hay que se quedan hasta las tres de la madrugada y vuelven al día siguiente a las siete. Pero en plena noche, entre las tres y las siete, también se quedan algunas. Se les prohíbe la entrada en el centro. Muchas personas que no esperan a nadie acuden también a la Gare d'Orsay para ver el espectáculo, la llegada de los prisioneros de la guerra y también cómo esperan las mujeres, y todo lo demás, ver cómo sucede, seguramente esto nunca se repetirá. Se distingue a los espectadores de los demás por el detalle de que no gritan y se mantienen un poco apartados de las masas de mujeres, para ver a la vez la llegada de los prisioneros y la acogida que les dan las mujeres. Los prisioneros de guerra llegan en orden. Por la noche llegan en grandes camiones americanos, se apean en un lugar totalmente iluminado. Las mujeres chillan, aplauden. Los prisioneros se detienen, deslumbrados, confusos. A lo largo del día, las mujeres gritan en cuanto ven aparecer los camiones por el puente de Solferino. Por la noche, gritan en cuanto disminuyen la marcha, un poco antes de llegar al centro. Gritan nombres de ciudades alemanas: «¿Noyeswarda?»^[4], «¿Kassel?», o números de *stalag*. «¿VII A?», «¿Komando del III A?». Los prisioneros tienen aspecto asombrado, llegan directamente de Le Bourget y de Alemania, a veces contestan, lo más frecuente es que no comprendan muy bien lo que se les pregunta, sonrían, se vuelven hacia las mujeres francesas, son a las primeras que vuelven a ver.

Trabajo mal, ninguno de estos nombres que escribo uno tras otro es nunca el suyo. Al ritmo de cada cinco minutos, el deseo de acabar, de dejar el lápiz, de no volver a pedir noticias, de salir del centro para el resto de mi vida. Hacia las dos de la tarde voy a preguntar a qué hora llega el convoy de Weimar, dejo el circuito, busco a alguien a quien dirigirme. En un rincón de la sala de honor, veo una decena de mujeres instaladas por el suelo y a las que habla una coronela. Me acerco. La coronela es una mujer alta con traje sastre azul marino, cruz de Lorena en la solapa, tiene el pelo blanco rizado con tenacillas y con un ligero tinte azul. Las mujeres la miran, parecen extenuadas, pero escuchan boquiabiertas lo que dice. En torno a ellas

hay un número de hatillos, maletas atadas con cordeles, y también un niño que duerme sobre un petate. Están muy sucias y tienen el rostro descompuesto. Dos de ellas tienen un vientre enorme. Otra mujer con el grado de oficial mira, un poco apartada. Me acerco a ella y le pregunto qué pasa. Ella me mira, baja los ojos y dice púdicamente: «Voluntarias del STO^[5].» La coronela les dice que se levanten y la sigan. Ellas se levantan y la siguen. Si tienen ese rostro asustado es porque las mujeres de prisioneros de guerra que esperan a la puerta del centro acaban de abuchearlas. Hace unos días asistí a una llegada de voluntarios del STO. Llegaban como los demás, sonrientes, luego, poco a poco, comprendieron y entonces se les puso ese mismo rostro descompuesto. La coronela se dirige a la mujer joven de uniforme que me ha informado, ella señala con el dedo a las mujeres: «¿Qué se va a hacer con ellas?». La otra dice: «No lo sé». La coronela ha debido de hacerles saber que son basura. Las hay que lloran. Las que están embarazadas tienen la mirada fija. La coronela les dice que vuelvan a sentarse. Ellas vuelven a sentarse. La mayoría son obreras, tienen las manos ennegrecidas por el aceite de las máquinas alemanas. Dos de ellas son sin duda prostitutas, están maquilladas, llevan el cabello teñido, pero también ellas han debido de trabajar en las máquinas, tienen las mismas manos ennegrecidas. Llega un oficial de repatriación. «¿Qué son éstas?» «Voluntarias del STO.» La voz de la coronela es aguda, se vuelve hacia las voluntarias y las amenaza: «Siéntense y estense quietas... ¿Entendido? No se crean que las vamos a dejar marchar así como así...». Amenaza a las voluntarias con un ademán. El oficial de repatriación se acerca al montón de voluntarias, las mira, y delante de ellas, de las voluntarias, pregunta a la coronela: «¿Tiene usted órdenes?». La coronela responde: «No, ¿y usted?». «Me han hablado de seis meses de detención.» La coronela aprueba con un movimiento de su hermosa cabeza rizada. «Lo tendrían bien merecido...» El oficial lanza bocanadas de humo Camel sobre el montón de voluntarias que siguen la conversación con la mirada extraviada. «¡De acuerdo!», y se aleja, joven, elegante, hombre de pelo en pecho con un Camel en la mano. Las voluntarias miran y acechan una indicación cualquiera sobre la suerte que les espera. Ninguna indicación. Detengo a la coronela que se va. «¿Sabe usted a qué hora llega el convoy de Weimar?». Ella me mira atentamente. «A las tres.» Me sigue mirando, no para de mirarme, me calibra, y me dice con irritación, pero apenas una punta: «No vale la pena estorbar en el centro con tanta espera, sólo hay generales y prefectos, vuélvase a su casa». No me esperaba esto. Creo que la insulto. Digo: «¿Y los demás?». Ella se pone enérgica. «¡Me horroriza esta mentalidad! Vaya a quejarse a otro sitio, pequeña.» Está tan indignada que va a comunicarlo a un pequeño grupo de mujeres también de uniforme. Ellas la escuchan, se indignan, me miran. Voy hacia una de ellas. Digo: «¿Y ésa, no espera a nadie?». Ella me mira, escandalizada. Intenta calmarme. Dice: «Tiene mucho que hacer, la pobre, está crispada». Yo regreso al Servicio de Indagaciones, al final del circuito. Poco después regreso a la sala de honor.

D. me espera allí con un falso salvoconducto.

Hacia las tres, un rumor: «Ahí están». Dejo el circuito, me quedo apostada en la entrada de un pequeño pasillo, frente a la sala de honor. Sé que Robert L. no estará allí. D. está a mi lado. Tiene el encargo de ir a hacer preguntas a los deportados para saber si han conocido a Robert L. Está pálido. No se ocupa de mí. Hay un gran barullo en la sala de honor. Las mujeres de uniforme se agitan en torno a las voluntarias y las hacen sentarse por el suelo en un rincón. La sala de honor está vacía. Hay un parón en la llegada de prisioneros de guerra. Circulan oficiales de repatriación. Parón también del micrófono. Oigo: «El ministro». Reconozco a Fresnay entre los oficiales. Sigo en el mismo lugar, en la entrada del pequeño pasillo. Miro la entrada. Sé que no hay ninguna posibilidad de que Robert L. esté allí. Pero quizá D. llegue a enterarse de algo. No me siento bien. Tiemblo. Tengo frío. Me apoyo contra la pared. De pronto, un rumor: «¡Ahí están!». Fuera, las mujeres no han gritado. No han aplaudido. De pronto aparecen por el pasillo de la entrada dos *scouts* llevando a un hombre. El hombre los enlaza por el cuello. Los *scouts* lo llevan, con los brazos cruzados por debajo de sus muslos. El hombre viste de civil, está rapado, parece sufrir mucho. Tiene un color extraño. Debe de llorar. No puede decirse que esté delgado, es otra cosa, queda muy poco de él, tan poco que no se sabe si está con vida. Sin embargo, no, todavía vive, su rostro se convulsiona en una mueca aterradora, vive. No mira nada, ni al ministro, ni la sala de honor, ni las banderas, nada. Tal vez su mueca es una risa. Es el primer deportado de Weimar que entra en el centro. Sin darme cuenta he avanzado, estoy en medio de la sala de honor, de espaldas al micrófono. Siguen otros dos *scouts* que sostienen a otro anciano. Luego llega una docena más. Éstos parecen en mejor estado que los primeros. Con ayuda, logran andar. Los hacen sentarse en bancos de jardín que han instalado en la sala. El ministro va hacia ellos. El segundo que ha entrado, el anciano, llora. No puede saberse si es tan anciano, quizá tenga veinte años, no se puede saber la edad. El ministro se acerca y se descubre, va hacia el anciano, le tiende la mano, el anciano la toma, no sabe que es la mano del ministro. Una mujer de uniforme azul se lo dice a gritos: «¡Es el ministro!

¡Ha venido a recibirles!». El anciano sigue llorando, no ha levantado la cabeza. De pronto veo a D. sentado junto al anciano. Tengo mucho frío, me castañetean los dientes. Alguien se me acerca: «No se quede aquí, no sirve de nada, la pone a usted enferma». Le conozco, es un tipo del centro. Me quedo. D. ha empezado a hablar al anciano. Yo recapitulo rápidamente. Hay una posibilidad entre diez mil de que este anciano haya conocido a Robert L. Empiezan a decir en París que los militares tienen las listas de los supervivientes de Buchenwald. Aparte del anciano que llora y de los reumáticos, los otros no parecen en muy mal estado. El ministro está sentado junto a ellos, al igual que los oficiales superiores. D. habla al anciano durante un buen rato. Yo sólo miro el rostro de D. Me parece que se hace largo. Entonces avanzo muy lentamente hacia el banco, en el campo de visión de D. D. me ve, me mira y con un movimiento de cabeza me indica: «No, no le conoce». Me alejo. Estoy muy cansada,

tengo ganas de tenderme en el suelo. Ahora las mujeres de uniforme llevan escudillas a los deportados. Ellos comen, y mientras comen contestan a las preguntas que les hacen. Lo sorprendente es que lo que les dicen no parece interesarles. Mañana lo sabré por los periódicos, entre esta gente, entre estos viejos, están: el general Challe, su hijo Hubert Challe —que debía morir esa noche, la noche misma de su llegada—, alumno de Saint-Cyr, el general Audibert, Ferrière, director de la Tabacalera, Julien Coin, administrador de la Biblioteca Nacional, el general Heurteaux, Marcel Paul, el profesor Suard de la Facultad de Medicina de Angers, el profesor Richet, Claude Bourdet, el hermano de Teitgen, ministro de Información, Maurice Négre...

Dejo el centro hacia las cinco de la tarde, paso por los *quais*^[6]. Hace muy buen tiempo, es un hermosísimo día de sol. Tengo prisa por volver, por encerrarme con el teléfono, por encontrar de nuevo la cuneta oscura. En cuanto dejo el *quai* y tomo la rué du Bac, la ciudad se vuelve lejana, y el centro de Orsay desaparece. Tal vez él vuelva a pesar de todo. Ya no sé nada. Estoy muy cansada. Estoy muy sucia. También paso parte de mis noches en el centro. Tengo que decidirme a bañarme al volver, debe de hacer ocho días que no me lavo. Tengo tanto frío en primavera, la idea de lavarme me hace tiritar, tengo como una fiebre fija que se negara a dejarme. Esta noche pienso en mí. Nunca he encontrado una mujer más cobarde que yo. Recapitulo, de las mujeres que esperan como yo, no, ninguna es tan cobarde. Conozco algunas muy valientes. Extraordinarias. Mi cobardía es tal que ya nadie la califica, excepto D. Mis camaradas del Servicio de Indagaciones me consideran una enferma. D. me dice: «En ningún caso tiene uno derecho a abolirse hasta este punto». Me lo dice con frecuencia: «Estás enferma. Estás loca. Mírate, estás hecha una birria». Yo no alcanzo a comprender lo que me quiere decir. (Incluso ahora, al retranscribir estas cosas de mi juventud, no capto el sentido de estas frases.) Ni por un segundo veo la necesidad de ser valiente. Suzy es valiente debido a su niño. En mi caso, el niño que tuvimos con Robert L. murió al nacer. También él a causa de la guerra: los médicos se desplazaban poco de noche en tiempo de guerra, no tenían bastante gasolina. Así pues, estoy sola. Por qué economizar fuerzas en mi caso. No se me ha propuesto lucha alguna. La que llevo a cabo, nadie puede conocerla. Yo lucho contra las imágenes de la cuneta oscura. Hay momentos en que la imagen es más fuerte, entonces grito o salgo y ando por París. D. dice: «Más tarde, cuando pienses en esto, sentirás vergüenza». En la calle la gente está como de costumbre, hay colas delante de las tiendas, ya hay algunas cerezas, por eso las mujeres esperan. Compró un periódico. Los rusos están en Strausberg, quizá más lejos, en las cercanías de Berlín. Las mujeres que hacen cola para comprar cerezas están a la espera de que caiga Berlín. Yo estoy a la espera. «Pronto aprenderán, van a ver lo que es bueno», dice la gente. Todo el mundo está a la espera. Todos los gobiernos del mundo están de acuerdo. Cuando el corazón de Alemania cese de latir, dicen los periódicos, todo habrá terminado. Cada ochenta metros Zukov ha apostado cañones que, desde sesenta kilómetros a la redonda de Berlín, martillean el centro a cañonazos. Berlín arde. Será quemada hasta las raíces.

Entre sus ruinas, correrá la sangre alemana. A veces parece que se siente el olor de esta sangre. Que se ve. Un cura prisionero ha llevado al centro a un huérfano alemán. Lo llevaba de la mano, estaba orgulloso, lo enseñaba, explicaba cómo lo había encontrado, decía que el pobre niño no tenía ninguna culpa. Las mujeres lo miraban con hostilidad. Él no acababa de regresar de ningún dolor, de ninguna espera. Se permitía ejercer el derecho a perdonar, a absolver, allí, inmediatamente, sobre la marcha, sin conocer en absoluto el odio en el que estábamos inmersos, terrible y bueno, consolador, como una fe en Dios. Entonces, ¿de qué hablaba? Nunca un cura me pareció tan incongruente. Las mujeres apartaban la vista, escupían en la sonrisa dilatada por la demencia y la claridad. Ignoraban al niño. Todo se dividía. Quedaba por un lado el frente de mujeres, compacto, irreductible, y por el otro lado ese hombre solo que tenía razón en un lenguaje que las mujeres no comprendían.

Abril

Dicen que Monty ha cruzado el Elba, pero no es seguro, las intenciones de Monty están menos claras que las de Patton. Patton arremete. Patton ha llegado a Nuremberg. Monty quizá haya llegado a Hamburgo. La mujer de David Rousset telefona: «Están en Hamburgo. Durante varios días no dirán nada sobre los campos de Hamburg-Neuengamme». Ella ha estado muy inquieta estos últimos días, y con motivo. David estaba allí, en Bergen-Belsen. Los alemanes fusilaban. El avance de los aliados es muy rápido. No tienen tiempo de llevarse a la gente, fusilan. Todavía no se sabe que a veces, cuando no tienen tiempo de fusilar, la dejan allí. Halle ha sido limpiada. Chemnitz es tomada, ampliamente rebasada en dirección a Dresde. Patch limpia Nuremberg. Georges Bidault se entrevista con el presidente Truman para hablar de la Conferencia de San Francisco. Yo camino por las calles. Estamos cansadas, cansadas. Leo en *Libération-Soir*. «Nunca volverá a hablarse de Vaihingen. En los mapas, el verde suave de los bosques se prolongará hasta el Enz... El relojero ha muerto en Stalingrado, el peluquero vestía el uniforme en París, el idiota ocupaba Atenas. Ahora la calle mayor está desesperadamente vacía, y sus adoquines yacen panza arriba como peces muertos». Ciento cuarenta mil prisioneros de guerra han sido repatriados. Hasta ahora no hay cifra de deportados. A pesar de todos los esfuerzos llevados a cabo por los servicios ministeriales, los preparativos se quedan cortos. Los prisioneros esperan durante horas en los jardines de las Tullerías. Se anuncia que la Noche del Cine tendrá este año una brillantez excepcional. Seiscientos mil judíos fueron detenidos en Francia. Se dice ya que volverá uno de cada cien. Así pues, volverán seis mil. Todavía lo creemos. Él podría volver con los judíos. Desde hace un mes hubiera podido darnos noticias. Por qué no con los judíos. Me parece que bastante he esperado ya. Estamos cansadas. Habrá otra llegada de deportados de Buchenwald. Una panadería abierta, tal vez habría que comprar pan, no dejar que

caduquen los tickets. Es criminal dejar perder los tickets. Hay personas que no esperan nada. También hay personas que ya no esperan. Anteayer por la noche, al volver del centro, fui a avisar a una familia de la rué Bonaparte. Llamé, vinieron, dije: «Es de parte del centro de Orsay, su hijo va a volver, está sano». La mujer ya lo sabía, el hijo había escrito hacía cinco días. D. me esperaba detrás de la puerta. Yo dije: «Sabían lo de su hijo, él escribió. O sea, que pueden escribir». D. no contestó. Fue hace dos días. Cada día espero menos. Por la noche, la portera acecha mi llegada frente a la puerta, me dice que vaya a ver a madame Bordes, la portera de la escuela. Le digo que iré mañana por la mañana, que no se preocupe, porque hoy volvían los del *stalag V II A*, que no se trata aún del III A. La portera corre a decírselo. Subo despacio, estoy completamente sofocada por el cansancio. He dejado de ir a ver a madame Bordes, intentaré ir mañana por la mañana. Tengo frío. Voy a sentarme en el sofá junto al teléfono. Es el final de la guerra. No sé si tengo sueño. Desde hace un tiempo no tengo sueño. Me despierto, entonces sé que he dormido. Me levanto, apoyo la frente contra el cristal. Abajo, el Saint-Benoit está lleno, una colmena. Hay un menú clandestino para los que pueden pagarlo. No es corriente esperar así. Yo nunca sabré nada. Sólo sé que él tuvo hambre durante meses y que no volvió a ver un pedazo de pan antes de morir, ni siquiera una sola vez. Las últimas satisfacciones de los muertos, él no las tuvo. Desde el siete de abril puedo elegir. Quizá estaba entre los dos mil fusilados de Belsen. En Mittel-Grattbach encontraron mil quinientos cuerpos en un osario. Por todas partes, en todas las carreteras los hay, inmensas columnas de hombres despavoridos, se los llevan, no saben adónde, ni tampoco lo saben los *kapos*, ni los jefes. Hoy, los veinte mil supervivientes de Buchenwald saludan a los cincuenta y un mil muertos del campo. Fusilados la víspera de la llegada de los aliados. A pocas horas de que eso ocurra, ser asesinado. ¿Por qué? Dicen: «Para que no cuenten.» En algunos campos los aliados encontraron los cuerpos todavía calientes. ¿Qué se hace en el último segundo cuando se pierde la guerra? Se rompen los platos, se rompen los cristales a pedradas, se mata a los perros. Yo no estoy resentida con los alemanes, a eso no se le puede ya llamar así. Pude estar resentida durante algún tiempo, era un sentimiento claro, nítido, resentida hasta exterminarlos a todos, hasta el número completo de habitantes de Alemania, suprimirlos de la tierra, hacer que no vuelva a ser posible. Ahora, entre el amor que tengo por él y el odio que les profeso, ya no sé distinguir. Es una sola imagen con dos caras: en una de ellas está él, con el pecho frente al alemán, con la esperanza de doce meses que se ahoga en sus ojos, y en la otra cara están los ojos del alemán, que apuntan. Éstas son las dos caras de la imagen. Entre las dos debo elegir: a él que cae rodando en la cuneta, o al alemán que se vuelve a colocar la metralleta al hombro y se va. Yo no sé si tengo que ocuparme de recibirlo en mis brazos y dejar huir al alemán, o dejar a Robert L. y agarrar al alemán que lo ha matado y saltarle los ojos que no vieron los suyos. Desde hace tres semanas me digo que habría que impedirles matar cuando huyen. Nadie ha propuesto nada. Habrían podido enviar comandos de paracaidistas que habrían podido defender los

campos durante las veinticuatro horas que quedaban para la llegada de los aliados. Jacques Auvray intentó ultimar la cosa, ya en agosto de 1944. No fue posible porque Fresnay no quiso que el mérito de la iniciativa le correspondiera a un movimiento de resistencia. Él, ministro de los PG^[7] y de los deportados, no tenía medios para hacerlo. Así pues, dejó que fusilaran. Ahora, hasta en el último campo de concentración liberado habrá fusilados. Ya no se puede hacer nada para impedirlo. En mi imagen de doble cara, a veces, detrás del alemán, está Fresnay mirando. La frente contra el cristal frío me hace bien. Ya no puedo sostener la cabeza. Las piernas y los brazos me pesan, pero menos que la cabeza. Ya no es una cabeza, sino un absceso. El cristal está fresco. Dentro de una hora D. estará aquí. Cierro los ojos. Si él volviera iríamos al mar, es lo que más le agradecería. Creo que de todos modos voy a morir. Si él vuelve moriré también. Si llamara, «Quién está ahí», «Yo, Robert L.», todo lo que yo podría hacer sería abrir y luego morir. Si vuelve, iremos al mar. Será verano, pleno verano. Entre el momento en que abro la puerta y el momento en que nos encontramos de nuevo frente al mar, yo he muerto. En una especie de supervivencia, veo que el mar es verde, que hay una playa un poco anaranjada, la arena. En el interior de mi cabeza, la brisa salada que impide el pensamiento. Yo no sé dónde está él en el momento en que veo el mar, pero sé que vive. Que está en algún lugar de la tierra, por su lado, respirando. Así que puedo tumbarme en la playa y descansar. Cuando regrese iremos al mar, un mar caliente. Es lo que más le gustará, y también, además, lo que mejor le sentará. Él llegará, irá hasta la playa, se quedará de pie en la playa y mirará el mar. A mí me bastará con mirarle a él. No pido nada para mí. La cabeza contra el cristal. Tal vez soy yo quien llora. Entre seiscientos mil, una que llora. Este hombre frente al mar, es él. En Alemania las noches eran frías. Allá, en la playa, él sale en mangas de camisa y habla con D. Están absortos en su conversación. Yo estaré muerta. En cuanto él vuelva moriré, imposible que sea de otra manera, es mi secreto. D. no lo sabe. Yo he elegido esperarle como le espero, hasta morir por ello. Es asunto mío. Vuelvo hacia el sofá, me tiendo. D. llama. Voy a abrir: «¿Nada?». «Nada.» Él se sienta en el salón al lado del sofá. Digo: «Creo que no hay que tener mucha esperanza». D. parece irritado y no contesta. Yo prosigo: «Mañana es veintidós de abril, el 20% de los campos están liberados. He visto a Sorel en el centro y me ha dicho que volvería uno de cada cincuenta». D. no tiene fuerzas para contestarme pero yo prosigo. Llaman. Es el cuñado de Robert L.: «¿Y bien?». «Nada.» Mueve la cabeza, reflexiona y luego dice: «Es cuestión de comunicaciones, no pueden escribir». Los dos dicen: «No hay correo regular en Alemania». Yo digo: «Lo que es seguro es que hay noticias de los de Buchenwald». Les recuerdo que el convoy de Robert L., el del diecisiete de agosto, llegó a Buchenwald. «¿Quién te dice que no fue trasladado a otro sitio a principios de año?» Les digo que se vayan, que vuelvan a sus casas. Les oigo hablar durante un rato y luego cada vez menos. Hay largos silencios en la conversación, y luego, de pronto, las voces vuelven. Siento que me cogen por los hombros: es D. Me había dormido. D. grita: «¿Qué te pasa? ¿Qué te

pasa para dormirte así?». Vuelvo a dormirme. Cuando me despierto M. se ha ido. D. va a buscar un termómetro. Tengo fiebre.

Durante la fiebre la vuelvo a ver. Había hecho tres días de cola como las demás en la rué des Saussaies.

Domingo, 22 de abril de 1945

D. ha dormido aquí. Tampoco esta noche ha sonado el teléfono. He de ir a ver a madame Bordes. Me hago un café muy cargado, tomo una pastilla de corydrane. Los vértigos y las ganas de vomitar cesarán. Me sentiré mejor. Es domingo, no hay correo. Le llevo un café a D. Me mira y su sonrisa es muy dulce: «Gracias, mi pequeña Marguerite». Yo grito que no. Mi nombre me da horror. Después de tomar corydrane se suda mucho y la fiebre baja. Hoy no voy ni al centro ni a la imprenta. Hay que comprar el periódico. Otra foto de Belsen, una fosa muy larga donde hay cadáveres puestos en filas, cuerpos delgados como nunca se han visto. «El corazón de Berlín está a cuatro kilómetros del frente.» «El comunicado ruso se aparta de su habitual discreción.» Pleven hace como que gobierna Francia, anuncia la regularización de los salarios, la revalorización de los productos agrícolas. Churchill dice: «Ya falta poco». Tal vez hoy mismo converjan el ejército aliado y el ruso. Debru-Bridel protesta contra las elecciones convocadas sin los deportados y los prisioneros de guerra. En la segunda página del *FN* se anuncia que mil deportados fueron quemados vivos en un granero el trece de abril por la mañana en la zona de Magdeburgo. En *L'Art et la Guerre*, Frédéric Noel dice: «Unos se imaginan que la Revolución artística es un resultado de la guerra; en realidad las guerras actúan en otros planos». Simpson hace veinte mil prisioneros. Monty se ha entrevistado con Eisenhower. Berlín arde: «Seguramente ve desde su puesto de mando un maravilloso y terrible espectáculo». A lo largo de las últimas veinticuatro horas se han contado veintisiete alertas en Berlín. Todavía queda gente con vida. Llego a casa de madame Bordes. Su hijo está en la entrada. La hija llora en un sofá. La portería está llena de llantos de madame Bordes. Se parece a Francia. «Estamos buenos —dice el hijo—, no quiere volver a levantarse.» Madame Bordes está acostada, me mira, está desfigurada por el llanto. Dice: «¡Exactamente!». Le repito: «No hay ningún motivo para que se ponga así, el III A todavía no ha regresado». Ella golpea la cama con el puño, grita: «Ya me dijo usted eso hace ocho días. No me lo invento, lea el periódico. En el periódico no está claro». Es terca, no quiere mirarme. Dice: «Usted me dice que no vuelven, pero en las calles los hay a montones». Ellos saben que yo voy con mucha frecuencia al ministerio de Fresnay, al Servicio de Indagaciones. Si sé manejarla, madame Bordes se levantará de nuevo al cabo de tres días. El cansancio. El cansancio. Es cierto que hace dos días que el III A debe de haber sido liberado. Madame Bordes espera que yo le hable. Allá, en las carreteras, un hombre sale de una

columna. Ráfagas de metralleta. Tengo ganas de dejarla morir. Pero su hijo, tan joven, me mira. Entonces leemos la crónica: «Los que vuelven...», e inventamos. Voy a comprar pan, vuelvo a subir a casa. D. toca el piano. Siempre ha tocado el piano, en todas las circunstancias de su vida. Me siento en el sofá. No me atrevo a decirle que no toque el piano. Da dolor de cabeza y hace que vuelva la náusea. Con todo, resulta extraña una falta de noticias tan absoluta. Tienen otras cosas que hacer. Millones de hombres esperan la consumación del fin. Alemania está hecha añicos. Berlín arde. Mil ciudades han sido arrasadas. Millones de civiles huyen: el cuerpo electoral de Hitler está en fuga. A cada minuto cincuenta bombarderos salen de los campos de aviación. Aquí se ocupan de las elecciones municipales. Se ocupan también de la repatriación de los prisioneros de guerra. Se ha hablado de requisar los coches civiles y los pisos, pero no se han atrevido, por temor a disgustar a quienes los poseen. A De Gaulle no le interesa. De Gaulle siempre ha hablado del asunto de sus deportados políticos en tercer lugar, detrás del de su Frente de África del Norte. El tres de abril De Gaulle dijo esta frase criminal: «Los días de llanto pertenecen al pasado. Los días de gloria han vuelto». Nosotros nunca perdonaremos. También dijo: «Entre los puntos de la tierra elegidos por el destino para emitir sus veredictos, París fue siempre un lugar simbólico... Lo fue cuando la rendición de París en enero de 1871 consagró el triunfo de la Alemania prusiana... Lo fue cuando los famosos días de 1914... Lo fue de nuevo en 1940». No habla de la Comuna. Dice que la derrota de 1870 consagró la existencia de la Alemania prusiana. La Comuna, para De Gaulle, consagra esta propensión viciosa del pueblo a creer en su propia existencia, en su propia fuerza. De Gaulle, ensalzador de la derecha por definición —cuando habla se dirige a ella, y sólo a ella—, querría sangrar al pueblo su fuerza viva. Lo querría débil y creyente, lo querría gaullista como la burguesía, lo querría burgués. De Gaulle no habla de los campos de concentración, es extraordinario ver hasta qué punto no habla de ellos, hasta qué punto muestra una clarísima aversión a integrar el dolor del pueblo en la victoria, y todo por temor a desvalorizar su propio papel, el de De Gaulle, a disminuir su importancia. Es él quien exige que las elecciones municipales se hagan ahora. Es un oficial de la escala activa. Al cabo de tres meses, a mi alrededor la gente le juzga, le rechaza para siempre. También las mujeres le odiamos. Más adelante, dirá: «La dictadura de la soberanía popular implica riesgos que debe atemperar la responsabilidad de uno solo». ¿Ha hablado él alguna vez del peligro incalculable de la responsabilidad del jefe? El reverendo padre Panice ha dicho en Notre-Dame, a propósito de la palabra «revolución»: «Levantamiento popular, huelga general, barricadas..., etc. Podría hacerse una bonita película. Pero, ¿hay en la revolución algo más que lo espectacular? ¿Un cambio verdadero, profundo, duradero? Fijaos en 1789, 1830, 1848. Tras un periodo de violencias y algunas convulsiones políticas, el pueblo se cansa, tiene que ganarse la vida y reemprender su trabajo». Hay que desanimar al pueblo. El R. P. Panice dice también: «Cuando se trata de lo adecuado, la Iglesia no vacila, aprueba». De Gaulle ha decretado luto nacional por la muerte de Roosevelt.

No hay luto nacional por los deportados muertos. Hay que tratar a América con tiento. Francia llevará luto por Roosevelt. El luto por el pueblo no se lleva.

Fuera de esta espera, ya no hay existencia. Pasan más imágenes por nuestra cabeza que las que hay en las carreteras de Alemania. Ráfagas de metrallata a cada minuto en el interior de la cabeza. Y seguimos vivos, estas balas no matan. Fusilado en el camino. Muerto con el vientre vacío. Su hambre da vueltas en la cabeza, semejante a un buitre. Imposible darle algo. Como mucho, probar a ofrecer pan en el vacío. No saber siquiera si aún necesito pan. Comprar miel, azúcar, pastas. Decirse: si ha muerto, arderé por entero. Nada puede disminuir la quemadura que causa su hambre. La gente muere de cáncer, de un accidente de automóvil, de hambre no, de hambre no mueres, antes te suprimen. Lo que el hambre ha hecho lo completa una bala en el corazón. Yo quisiera poder darle mi vida. No puedo darle un pedazo de pan. A esto ya no se le llama pensar, todo está en suspenso. Madame Bordes y yo estamos en el presente. Podemos prever un día más de vida. No podemos prever tres días, comprar mantequilla o pan para dentro de tres días, sería por nuestra parte cometer una afrenta contra la suprema voluntad de Dios. Estamos adheridas a Dios, enganchadas en algo como Dios. «No hay majadería —me dice D.—, no hay estupidez que se te olvide...» Lo mismo madame Bordes. En este momento ciertas personas dicen: «Hay que pensar el acontecimiento». D. me dice lo siguiente: «Tendríais que intentar leer. Uno ha de poder leer en cualquier circunstancia». Hemos intentado leer, lo hemos intentado todo, pero el encadenamiento de las frases no se produce, y sin embargo sospechamos que existe. Pero a veces creemos que no existe, que nunca ha existido, que la verdad es ahora. Otro encadenamiento nos acapara: el que une el cuerpo de ellos a nuestra vida. Tal vez esté muerto desde hace quince días ya, sereno, tendido en aquella cuneta oscura. Los bichos ya le corren por encima, habitan en él. ¿Una bala en la nuca? ¿En el corazón? ¿En los ojos? Su boca macilenta contra la tierra alemana, y yo que sigo esperando porque no es del todo seguro, porque tal vez falte todavía un segundo para que ocurra. Porque tal vez vaya a morir de un segundo a otro, pero sin que haya ocurrido aún. Así, segundo tras segundo, la vida se nos va también a nosotros, todas las posibilidades se pierden, y de la misma manera nos vuelve y todas las posibilidades renacen. Tal vez esté en la columna. Tal vez esté avanzando encorvado, paso a paso. Tal vez no pueda dar el segundo paso de cansado que está. Tal vez ese siguiente paso no pudo darlo hace ya quince días. O seis meses. O una hora. O un segundo. En mí ya no hay lugar para la primera línea de los libros que se han escrito. Todos los libros están retrasados respecto a madame Bordes y a mí. Somos la vanguardia en un combate sin nombre, sin armas, sin sangre vertida, sin gloria, la vanguardia de la espera. Detrás de nosotros está la civilización en cenizas, y todo el pensamiento, el atesorado desde hace siglos. Madame Bordes rechaza cualquier hipótesis. En la mente de madame Bordes, y en la mía, igual lo que está ocurriendo son conmociones sin objeto, desgarramientos de no se sabe qué, aplastamientos ídem, distancias que se crean como señalando por dónde salir y que

luego se suprimen, se reducen hasta casi morir, sólo hay sufrimiento por todas partes, manar de sangre y gritos, por eso está el pensamiento imposibilitado para formarse, no participa en el caos pero está constantemente suplantado por este caos, sin recursos frente a él.

Abril, domingo

Todavía en el diván junto al teléfono. Hoy, sí, Berlín sería tomada. Nos lo anuncian cada día, pero hoy será verdaderamente el final. Los periódicos dicen cómo nos enteraremos: por las sirenas que tocarán por última vez. La última vez de la guerra. Ya no voy al centro, no volveré. Llegan al Lutetia», llegan a la Gare de l'Est. Gare du Nord. Se acabó. No sólo no iré más al centro, sino que no me moveré más. Lo creo firmemente, pero ayer también lo creía, y a las diez de la noche salí, tomé el metro y me fui a llamar a casa de D. Él me abrió. Me tomó en sus brazos. «¿Alguna novedad en las últimas horas?» «Ninguna. No puedo más.» Volví a marcharme. Ni siquiera quise entrar en su habitación, sólo quería ver a D. para comprobar que no había ningún signo particular en su rostro, ninguna mentira sobre la muerte. Hacia las diez, de pronto, en mi casa, el miedo regresó. El miedo a todo. Me volví a ver en la calle. De pronto levanté la cabeza y el piso había cambiado, también la claridad de la lámpara, amarilla de pronto. Y de pronto la certeza, la certeza como un alud: está muerto. Muerto. Muerto. El veintiuno de abril. Muerto el veintiuno de abril. Me levanté y fui al centro de la habitación. Todo sucedió en un segundo. Terminaron los latidos en las sienes. Ya no se trata de eso. Mi rostro se deshace, cambia. Toda yo me deshago, me abro, cambio. No hay nadie en la habitación donde estoy. Ya no siento el corazón. El horror asciende lentamente como una inundación, me ahogo. Ya no espero, de miedo que tengo. ¿Ha terminado? ¿Ha terminado? ¿Dónde estás? ¿Cómo saberlo? No sé dónde se encuentra él. Tampoco sé ya dónde estoy yo. No sé dónde nos encontramos. ¿Cuál es el nombre de este lugar? ¿Qué es este lugar? ¿Qué es toda esta historia? ¿De qué se trata? ¿Robert L.? ¿Quién es? No más dolor. Estoy a punto de comprender que ya no hay nada en común entre este hombre y yo. Lo mismo daría esperar a otro. Yo ya no existo. Así pues, si ya no existo, ¿por qué esperar a Robert L.? Si es que me gusta esperar, ¿por qué no esperar a otro? Ya nada en común entre este hombre y ella. ¿Quién es este Robert L.? ¿Ha existido alguna vez? A fin de cuentas, ¿qué hace que Robert L. exista? ¿Qué hace que le espere a él, precisamente a él? ¿Qué es lo que ella espera en realidad? ¿Qué otra espera espera ella? ¿A qué juega desde hace quince días haciéndose ilusiones con esta espera? ¿Qué pasa en esta habitación? ¿Quién es? D. lo sabe. ¿Dónde está D.? Ella lo sabe, puede verlo y pedirle explicaciones. Tengo que verlo porque algo nuevo ha sucedido. He ido a verlo. Aparentemente nada había sucedido.

Martes, 24 de abril

Suena el teléfono. Me despierto en la oscuridad. Enciendo la luz. Veo el despertador: las cinco y media. La noche. Oigo: «¿Diga...? ¿Cómo?». Es D. que duerme al lado. Oigo: «¿Cómo? ¿Qué dices? Sí, es aquí, sí, Robert L.». Silencio. Estoy cerca de D., que sostiene el teléfono. Intento arrancarle el auricular. La situación se prolonga... D. no lo suelta. «¿Qué noticias?» Silencio. Hablan desde el otro extremo de París. Intento arrancarle el teléfono, es difícil, es imposible. «¿Sí? ¿Camaradas?» D. suelta el teléfono y me dice: «Son camaradas de Robert que han llegado al Gaumont». Ella grita: «No es verdad». D. ha vuelto a coger el teléfono. «¿Y Robert?» Ella intenta arrancárselo. D. no dice nada, escucha, el aparato le pertenece. «¿No saben nada más?» D. se vuelve hacia ella: «Se separaron de él hace dos días, estaba vivo». Ella ya no intenta arrancarle el teléfono. Está en el suelo, caída. Algo ha reventado dentro de ella con las palabras que decían que hace dos días estaba vivo. No trata de evitarlo. Lo que ha reventado sale por la boca, por la nariz, por los ojos. Tiene que salir. D. ha colgado. Dice el nombre de ella: «Mi pequeña, mi pequeña Marguerite». No se acerca, no la levanta, sabe que es intocable. Está ocupada. Dejádla en paz. Sale por todas partes en forma de líquido. Vivo. Vivo. Alguien dice: «Mi pequeña, mi pequeña Marguerite. Hace dos días, vivo como tú, y yo». Ella dice: «Déjame, déjame». También sale en forma de lamentos, en forma de gritos. Sale en todas las formas en que quiere salir. Sale. Ella no trata de evitarlo. D. dice: «Hay que ir, están en el Gaumont, nos esperan, pero hagámonos un café antes de ir». D. ha dicho eso para que ella tome un café. D. ríe. No para de hablar: «¡Ah, vaya tipo...! Cómo hemos podido pensar que lo hubieran... Robert no tiene un pelo de tonto... Se habrá escondido en el último momento... Creíamos que no se sabía espabilar debido a su aspecto». D. está en el cuarto de baño. Ha dicho: «Debido a su aspecto». Ella está apoyada contra la alacena de la cocina. Es verdad, no tiene el aspecto que tienen todos. Era distraído. Parecía que nunca veía nada, siempre perdido en el corazón de la absoluta bondad. Ella continúa apoyada contra la alacena de la cocina. Siempre perdida en el corazón del absoluto dolor del pensamiento. Ella hace el café. D. repite: «Dentro de dos días le veremos llegar». El café está a punto. El gusto del café caliente: él vive. Me visto muy de prisa. He tomado una pastilla de corydrane. Sigo con fiebre, estoy sudando a mares. Las calles están vacías. D. anda de prisa.

Llegamos al Gaumont transformado en centro de tránsito. Como habíamos decidido, preguntamos por Héléne D. Héléne D. acude, ríe. Tengo frío. ¿Dónde están? En el hotel. Ella nos lleva.

El hotel. Todas las luces están encendidas. Hay un continuo ir y venir de gente, de hombres con el traje a rayas de los deportados y de asistentas con blusas blancas. Van llegando durante toda la noche. Aquí está la habitación, la asistenta se va. Le digo a D.: «Llame». El corazón da saltos, no voy a poder entrar. D. llama. Entro con él. Hay dos personas al pie de una cama, un hombre y una mujer. No dicen nada. Son

parientes. En la cama hay dos deportados. Uno de ellos duerme, puede tener veinte años. El otro me sonrío. Yo pregunto: «¿Es usted Perrotti?». «Soy yo.» «Yo soy la mujer de Robert L.» «Nos separamos hace dos días.» «¿Cómo estaba?» Perrotti mira a D. «Los había mucho más cansados.» El joven se ha despertado. «¿Robert L.? Ah, sí, teníamos que evadirnos con él.» Me he sentado junto a la cama. Pregunto: «¿Fusilaban?». Los dos jóvenes se miran, no contestan en seguida. «Es decir... habían dejado de fusilar.» D. toma la palabra. «¿Seguro?» Es Perrotti quien contesta: «El día que salimos, ya hacía dos días que habían dejado de fusilar». Los dos deportados hablan entre sí. El joven pregunta: «¿Cómo lo sabes?». «El *kapo* ruso me lo dijo.» Yo: «¿Qué le dijo?». «Me dijo que habían recibido la orden de dejar de fusilar.» El joven comenta: «Había días en que fusilaban, y luego otro en que no». Perrotti me mira, mira a D., sonrío. «Estamos muy cansados, deben excusarnos.» D. tiene los ojos fijos en Perrotti. «¿Cómo es que no está con ustedes?» «Lo buscamos juntos al salir el tren, pero no lo encontramos. Y eso que buscamos mucho.» «¿Cómo es que no lo encontraron?» «Estaba oscuro —dice Perrotti—, además, a pesar de todo todavía éramos bastantes.» «¿Le buscaron bien?» «Pues...» Se miran. «Y tanto que sí —dice el joven—, por buscarle no quedó... Incluso le llamamos, aunque era peligroso.» «Es un buen camarada —dice Perrotti—, le buscamos, daba conferencias sobre Francia. Hablaba de un modo, había que ver, fascinaba al auditorio...» Yo digo: «Si no lo encontraron, ¿es que ya no estaba? ¿Es que lo habían fusilado?». D. se acerca a la cama, hace gestos bruscos, está irritado, se contiene, está casi tan pálido como Perrotti. «¿Cuándo lo vieron por última vez?» Los dos se miran. Oigo la voz de la mujer: «Están cansados». Es como si interrogásemos a culpables, no les dejamos un segundo de respiro. «Yo, de todos modos, le vi —dice el joven—, estoy seguro.» Mira al vacío y repite que está seguro, pero no está seguro de nada. Nada hará callar a D. «¿Intenten recordar cuándo lo vieron por última vez.» «Yo lo vi en la columna, ¿no te acuerdas tú? A la derecha, aún era de día..., una hora antes de llegar a la estación.» El joven dice: «Qué reventados podíamos llegar a estar... Yo, en todo caso, le vi después de su evasión, estoy seguro, porque incluso nos habíamos puesto de acuerdo para salir de allí, de la estación». «¿Cómo dice? ¿Su evasión?» «Sí, intentó evadirse, pero lo pescaron...» «¿Cómo dice? ¿No fusilaban a los que se evadían? Ustedes no dicen la verdad.» Perrotti ya no es capaz de contar nada, tiene la memoria hecha migas, se desanima. «¿Pero no les he dicho que ya volverá? ¿Qué más quieren?» En ese momento D. interviene de manera violenta. Me dice que me calle, luego vuelve a empezar: «¿Cuándo se evadió él?». Ellos se miran. «¿Era la víspera? Creo que sí.» D. pregunta, suplica: «Hagan un esfuerzo, les pedimos disculpas... pero intenten recordar». Perrotti sonrío. «Lo comprendo, pero estamos tan cansados...» Se callan un instante. Silencio total. Luego, el joven dice: «Yo estoy seguro de que le vi después de su evasión, le vi en la columna, ahora estoy seguro». Perrotti pregunta: «¿Cuándo? ¿Cómo?». «Con Girard, a la derecha, estoy seguro.» Yo repito: «¿Cómo sabían ustedes cuando fusilaban?». Perrotti responde: «No hay nada

que temer, lo hubiéramos sabido, lo sabíamos siempre, los S.S. fusilaban al final de la columna, luego los compañeros se pasaban la noticia hasta el cabeza de columna». D. insiste. «Lo que quisiéramos saber es por qué no lo encontraron.» «Estaba oscuro», vuelve a explicar Perrotti. «Quizá se evadió de nuevo», dice el joven. «En todo caso ustedes le vieron después de su primera evasión.» «Eso seguro —dice Perrotti—, absolutamente seguro.» «¿Qué le hicieron?» «Bueno, le dieron una paliza... Philippe les contará eso mejor que yo, era su camarada.» Yo pregunto: «¿Cómo es que no le fusilaron?». «Los americanos estaban muy cerca, no tenían tiempo. Y además eso dependía», dice el joven. Y yo: «¿Habían quedado ustedes de acuerdo antes de la evasión para evadirse juntos en la estación?». Silencio, ellos se miran. «Comprendan —dice D.—, si ustedes le hubieran hablado después había sido una certeza más.» No, no lo saben, de esto no pueden acordarse. Se acuerdan de algunos movimientos de la columna, de algunos gestos de los camaradas cuando se dejaban caer en la cuneta para ocultarse, de los americanos que estaban por todas partes también se acuerdan. Pero de lo demás no, no se acuerdan.

Empieza otra fase del suplicio. Alemania está en llamas. Él está dentro de Alemania. No es del todo seguro, no del todo. Pero puede decirse esto: si no lo han fusilado, si ha permanecido en la columna, está en el incendio que asola Alemania.

24 de abril

Son las once y media de la mañana. Suena el teléfono. Estoy sola, soy yo quien contesto. Es François Mitterrand, alias Morland. «Philippe ha llegado, ha visto a Robert hace ocho días. Estaba bien.» Yo explico: «He visto a Perrotti, parece que Robert se evadió, que le volvieron a coger. ¿Qué sabe Philippe?». François: «Es verdad, intentó escapar, lo cogieron unos niños». Y yo: «¿Cuándo lo vio por última vez?». Silencio. «Se escaparon juntos, Philippe estaba bastante lejos, los alemanes no le vieron. Robert estaba al borde de la carretera, le pegaron. Philippe esperó, no oyó ningún disparo.» «¿Seguro?» «Seguro.» «No basta.» «¿No le volvió a ver después?» Silencio. «No, Philippe ya no estaba allí, se había evadido.» «¿Cuándo fue?» «Fue el trece.» Sé que todos esos cálculos los ha hecho François Morland, que no ha cometido el mínimo error. «¿Qué pensar?» «No se trata de eso —dice François—, tiene que volver.» Yo pregunto: «¿Fusilaban en la columna?» Silencio. «Dependía. Venga a la imprenta.» «No, estoy cansada. ¿Qué piensa Philippe?» Silencio. «Olvídelo, tiene que estar aquí dentro de cuarenta y ocho horas.» Yo pregunto: «¿Cómo está Philippe?». «Muy cansado, y dice que Robert todavía aguantaba, que estaba mejor que él.» «¿Sabe él algo sobre el destino del convoy?» «No, ni la menor idea.» Yo digo: «¿No me engaña usted?». «No. Venga a la imprenta.» «No, no iré. Dígame: ¿y si no está aquí dentro de cuarenta y ocho horas?» «¿Qué quiere usted que le conteste?» «¿Por qué ha dicho esa cifra, cuarenta y ocho horas?» «Porque según

Philippe fueron liberados entre el catorce y el veinticinco. No puede ser de otro modo.»

Perrotti evadido el doce, de vuelta el veinticuatro. Philippe, evadido el trece, de vuelta el veinticuatro. Hay que contar de diez a doce días. Robert tendría que estar aquí mañana o pasado mañana, quizá mañana.

Jueves, 26 de abril

D. ha llamado al doctor, la fiebre continúa. Madame Kats, la madre de Jeanine Kats, mi amiga, ha venido a vivir a mi casa, mientras espera a su hija deportada a Ravensbrück con Marie-Louise, la hermana de Robert. Riby ha telefoneado, ha preguntado por Robert. Estaba en la columna, se evadió antes que Perrotti, volvió antes que él.

Viernes, 27 de abril

Nada. Ni de noche ni de día, D. me trae *Combat*. Como noticia de última hora, los rusos han tomado una estación de metro de Berlín, pero los cañones de Zukov siguen rodeando y machacando las ruinas de Berlín cada ochenta metros. Stettin y Brno han sido tomadas. Los americanos están en el Danubio. Toda Alemania está en manos de los americanos.

Es difícil ocupar un país. ¿Qué pueden hacer con él? Yo me he vuelto como madame Bordes, ya no me levanto. Madame Kats es quien hace la compra, la comida. Tiene el corazón enfermo. Ha comprado leche americana para mí. Si yo estuviera verdaderamente enferma, creo que madame Kats pensaría menos en su hija. Su hija esta lisiada, se quedó con una pierna rígida después de una tuberculosis ósea, era judía. En el centro me enteré de que mataban a los lisiados. Respecto a los judíos estamos empezando a saber. Madame Kats tendría que esperar seis meses, desde abril hasta noviembre de 1945. Su hija murió en marzo de 1945, le notificaron la muerte en noviembre de 1945, tuvieron que pasar nueve meses para encontrar su nombre. Yo no le hablo de Robert L. Ella ha dado la descripción de su hija en todos los sitios: en centros, en todas las fronteras, a toda su familia, nunca se sabe. Ha comprado cincuenta cajas de leche americana, veinte kilos de azúcar, diez kilos de mermelada, calcio, fosfato, alcohol, agua de colonia, arroz, patatas. Madame Kats dice palabra por palabra: «Toda su ropa está lavada, cosida, planchada. He hecho forrar su abrigo negro, le he hecho poner bolsillos. Todo estaba en una gran maleta con naftalina, lo he oreado todo, todo está a punto. He hecho poner punteras a sus zapatos y le he cogido los puntos de las medias. Creo que no he olvidado nada». Madame Kats desafía a Dios.

1 de abril

Nada. Tinieblas totales. No se hace luz alguna. Reconstruyo la cadena de los días, pero hay un vacío, un abismo entre el momento en que Philippe no oyó el disparo y la estación en la que nadie ha visto a Robert L. Me levanto. Madame Kats se ha ido a casa de su hijo. Me he vestido, me he sentado junto al teléfono. D. llega. Exige que vaya a comer al restaurante con él. El restaurante está lleno. La gente habla del final de la guerra. No tengo hambre. Todo el mundo habla de las atrocidades alemanas. Ya nunca tengo hambre. Me revuelve el estómago lo que comen los demás. Quiero morir. He sido cercenada del resto del mundo con una navaja de afeitar, incluso de D. El cálculo infernal: si no tengo noticias esta noche, ha muerto. D. me mira. Que me mire, él ha muerto. Por más que lo dijera, D. no me creería. *Pravda* escribe: «La última hora ha sonado para Alemania. El círculo de fuego y de hierro se estrecha en torno a Berlín». Se acabó. *Él* no estará aquí para la paz. Los partisanos italianos han capturado a Mussolini en Faenza. Todo el norte de Italia está en manos de los partisanos. Mussolini capturado, no se sabe nada más. Thorez habla del futuro, dice que habrá que trabajar. Yo he guardado todos los periódicos para Robert L. Si vuelve, comeré con él. Antes, no. Pienso en la madre alemana del pequeño soldado de dieciséis años que agonizaba el diecisiete de agosto de 1944, solo, tendido sobre un montón de piedras en el Quai des Arts, ella aún espera a su hijo. Ahora que De Gaulle está en el poder, que se ha convertido en el hombre que salvó nuestro honor durante cuatro años, ahora que es un personaje visible, parco en cumplidos hacia el pueblo, tiene algo aterrador, atroz. Dice: «Mientras yo esté ahí, la casa funcionará». De Gaulle ya no espera nada, nada más que la paz, sólo nosotras esperamos aún, con una espera de todos los tiempos, la de las mujeres de todos los tiempos, de todos los lugares del mundo: la espera de los hombres volviendo de la guerra. Estamos en ese lado del mundo en el que los muertos se amontonan en un osario inextricable. Esto sucede en Europa. Ahí es donde queman a los judíos, a millones. Ahí es donde se les llora. América, asombrada, mira cómo humean los crematorios gigantes de Europa. Me veo obligada a pensar en esa anciana de cabellos grises que esperará, doliente, noticias de ese hijo tan solo en la muerte, dieciséis años, en el Quai des Arts. Al mío, alguien lo habrá visto quizá, como yo vi a aquél, en una cuneta, mientras sus manos llamaban por última vez y sus ojos ya no veían. Alguien que no sabrá nunca quién era para mí ese hombre y cuya identidad nunca sabré. Pertenecemos a Europa, ahí sucede esto, en Europa, ahí estamos todos encerrados frente al resto del mundo. A nuestro alrededor los mismos océanos, las mismas invasiones, las mismas guerras. Pertenecemos a la raza misma que los incinerados en los crematorios y que los gaseados en Maidanek, pertenecemos también a la misma raza que los nazis. Función igualitaria de los crematorios de Buchenwald, del hambre, de las fosas comunes de Bergen-Belsen, en esas fosas hay una parte que es nuestra, esos esqueletos tan

extraordinariamente idénticos son los de una familia europea. No es en una isla de la Sonda ni en un lugar del Pacífico donde han tenido lugar estos acontecimientos, es en nuestra tierra, la de Europa. Los cuatrocientos mil esqueletos de comunistas alemanes muertos en Dora entre 1933 y 1938 también están en la gran fosa común europea, junto con los millones de judíos y el pensamiento de Dios, junto con el pensamiento de Dios puesto en cada judío, uno por uno. Los americanos dicen: «No hay en este momento un solo americano, ni peluquero en Chicago, ni campesino de Kentucky, que ignore lo que ha pasado en los campos de concentración de Alemania». Los americanos quieren ilustrar ante nuestros ojos la admirable mecánica de la máquina de guerra americana, pretenden, por este medio, tranquilizar al campesino y al peluquero, que no estaban seguros al principio de los motivos por los que les arrebataron a sus hijos para combatir en el frente europeo. Cuando les den a conocer la ejecución de Mussolini colgado en los ganchos de una carnicería, su comprensión se atrancará, los americanos se sentirán escandalizados.

28 de abril

Los que esperan la paz no esperan, no esperan nada. Cada vez hay menos motivos para no tener noticias. La paz aparece ya. Es como una noche profunda que estuviera llegando, es también el comienzo del olvido. La prueba ya está ahí: París está iluminado por la noche. La place de Saint-Germain-des-Prés está iluminada como por faros. Aux Deux Magots está abarrotado. Todavía hace demasiado frío para que haya gente en la terraza. Pero también los pequeños restaurantes están abarrotados. Yo he salido, la paz me ha parecido inminente. He vuelto a mi casa a toda prisa, perseguida por la paz. He entrevisto que un futuro posible llegaría, que una tierra extraña emergería de este caos y que en ella nadie esperaría ya. Para mí no hay sitio en ningún lugar de aquí, no estoy aquí, sino allá, con él, en esa zona inaccesible a los demás, hermética para los demás, en la que me abraso, en la que los hombres matan. Estoy suspendida de un hilo, la última de las probabilidades, la que no aparecerá en los periódicos. La ciudad iluminada ha perdido para mí todo significado excepto éste: es un signo de muerte, signo de mañana sin ellos. No hay nada actual en esta ciudad excepto para nosotros los que esperamos. Para nosotros es la que ellos no verán. Todo el mundo se impacienta al ver que la paz tarda tanto en llegar. ¿Qué esperan para firmar la paz? Se oye esta frase por todas partes. La amenaza es mayor cada día. Hoy nos enteramos de que Hitler está moribundo. Himmler lo ha dicho por la radio alemana en un último llamamiento, al mismo tiempo que dirigía a los aliados una petición de capitulación. Berlín arde, defendido únicamente por «los treinta batallones del suicidio», y, en Berlín, parece ser que Hitler se ha disparado una bala en la cabeza. Parece ser que Hitler ha muerto, pero la noticia no es segura.

1 de abril

El mundo entero espera. Himmler declara en su mensaje que «Hitler está moribundo y no sobrevivirá al anuncio de la rendición sin condiciones». Esta significaría para él un golpe mortal. Los EE. UU. y Gran Bretaña han contestado que sólo aceptarían la rendición conjuntamente con la U.R.S.S. Himmler ha enviado la oferta de capitulación a la conferencia de San Francisco. Como noticia de última hora *Combat* anuncia que la oferta de capitulación ha sido dirigida también a Rusia. Los estalinistas no quieren entregar a Mussolini a los aliados. Mussolini, dicen los periódicos, tendrá que expiar a manos del pueblo. Farinacci ha sido juzgado por un tribunal popular, ha sido ejecutado en la plaza de una ciudad en presencia de una multitud considerable. En San Francisco, horas difíciles para Europa, está en minoría. Stettinius preside. *Combat* escribe: «Ante el espectáculo que dan los Grandes, las pequeñas potencias levantan la cabeza». Se habla ya de la pospaz.

Son muy numerosos, los muertos son verdaderamente muy numerosos. Siete millones de judíos han sido exterminados, transportados en furgones de animales, y luego asfixiados en las cámaras de gas construidas a tal efecto y luego quemados en los hornos crematorios construidos a tal efecto. En París todavía no se habla de los judíos. Sus recién nacidos fueron confiados a los cuerpos de MUJERES ENCARGADAS DEL ESTRANGULAMIENTO DE NIÑOS JUDÍOS, expertas en el arte de matar por medio de una presión en las carótidas. Mueren con una sonrisa, no causa dolor, dicen ellas. Este nuevo rostro de la muerte organizada, racionalizada, descubierto en Alemania, produce desconcierto antes que indignación. Nos quedamos atónitos. ¿Cómo es posible seguir siendo alemán? Se buscan equivalencias en otras partes, en otros tiempos. No hay nada. Algunos quedarán deslumbrados, incurables. Una de las mayores naciones civilizadas del mundo, la capital de la música de todos los tiempos, acaba de asesinar a once millones de seres humanos con el sistema metódico, perfecto, de una industria de Estado. El mundo entero mira la montaña, la masa de muerte dada por la criatura de Dios a su prójimo. Se cita el nombre de tal literato alemán que ha resultado afectado y que se ha vuelto muy sombrío y a quien estas cosas han dado que pensar. Si no se considera este crimen nazi como algo que hay que generalizar a escala del mundo entero, si no se entiende como un crimen a escala colectiva, el hombre del campo de concentración de Belsen que ha muerto solo, con un alma colectiva y una conciencia de clase, la misma con la cual hizo saltar el perno del raíl, una noche, en un lugar de Europa, sin jefe, sin uniforme, sin testigos, ha sido traicionado. Si se toma el horror nazi como un hecho alemán, y no como un hecho colectivo, se reduce al hombre de Belsen a dimensiones de ámbito regional. La única respuesta que puede darse a este crimen es convertirlo en un crimen de todos. Compartirlo. Como las ideas de igualdad, de fraternidad. Para soportarlo, para tolerar la idea, compartir el crimen.

Ya no sé qué día era, si aún era un día de abril, no, era un día de mayo, una

mañana a las once sonó el teléfono. Llamaban de Alemania, era François Morland. No dice buenos días, es casi brutal, claro como siempre. «Escúcheme bien. Robert está vivo. Cálmese. Sí. Está en Dachau. Siga escuchando con todas sus fuerzas. Robert está muy débil, como no puede usted imaginarse. Debo decírselo: es cuestión de horas. Puede vivir aún tres días, pero no más. Es necesario que D. y Beauchamp salgan hoy mismo, esta misma mañana, para Dachau. Dígales esto: que vayan en seguida a mi despacho, allí están al corriente, tendrán uniformes de oficiales franceses, pasaportes, órdenes de misión, bonos de gasolina, mapas a gran escala y salvoconductos. Que vayan sin perder un segundo. No se puede hacer otra cosa. Por las vías oficiales llegarían demasiado tarde.»

François Morland y Rodin habían formado parte de una misión organizada por el padre Riquet, habían ido a Dachau y allí habían encontrado a Robert L. Habían entrado en la zona prohibida del campo donde depositaban a los muertos y a los casos desesperados. Y fue allí donde uno de ellos pronunció claramente un nombre: «François». François, y luego los ojos se habían vuelto a cerrar. Rodin y Morland tardaron una hora en reconocer a Robert L. Fue Rodin quien finalmente lo reconoció por la dentadura. Le envolvieron en una sábana como se hace con los muertos, y le sacaron de la zona prohibida del campo, le depositaron en un campamento de barracas en la zona del campo en la que estaban los supervivientes. No había soldados americanos en el campo, gracias a ello pudieron hacerlo, estaban todos en el cuerpo de guardia, aterrorizados por el tifus.

Beauchamp y D. salieron de París aquel mismo día, a primera hora de la tarde. Era el 12 de mayo, el día de la Paz. Beauchamp llevaba el uniforme de coronel de François Morland. D. iba de teniente francés, tenía sus papeles de resistente a nombre de D. Masse. Viajaron toda la noche, llegaron a Dachau a la mañana siguiente. Buscaron a Robert L. durante varias horas, luego, al pasar cerca de un cuerpo, oyeron pronunciar el nombre de D. Yo creo que ellos no le reconocieron pero Morland había advertido que estaba irreconocible. Le cogieron. Fue más tarde cuando debieron de reconocerle. Debajo de la ropa ellos llevaban un tercer uniforme de oficial francés. Hubo que sostenerle de pie, él ya no podía hacerlo por sí mismo, pero lograron vestirle. Hubo que impedirle que saludara delante de los campamentos de barracas de la S.S., hacerle pasar los puestos de guardia, evitarle las vacunas que le habrían matado. Los soldados americanos, negros en su mayoría, llevaban máscaras de gas contra el tifus. Hasta tal extremo llegaba el terror. Las órdenes eran tales que si hubieran sospechado el verdadero estado de Robert L. le habrían enviado de nuevo, inmediatamente, al moridero del campo. Una vez Robert L. fuera, hubo que hacerle andar hasta la «11 ligera». Una vez tendido en el asiento posterior, Robert L. sufrió un síncope. Creyeron que todo había terminado, pero no. El viaje fue muy duro, muy largo. Había que pararse cada media hora por culpa de la disentería. En cuanto se alejaron de Dachau, Robert L. habló. Dijo que sabía que no iba a llegar a París. Entonces empezó a contar para que aquello se supiera antes de su muerte. Robert L.

no acusó a nadie, a ninguna raza, a ningún pueblo, acusó al hombre. Al salir del horror, moribundo, delirando, Robert L. conservaba aún la facultad de no acusar a nadie, excepto a los gobiernos que están de paso en la historia de los pueblos. Quería que D. y Beauchamp me contaran después de su muerte lo que había dicho. Llegaron a la frontera francesa la misma noche, era por la zona de Wissemburg. D. me telefoneó. «Hemos llegado a Francia. Acabamos de pasar la frontera. Estaremos ahí mañana a última hora de la mañana. Espera lo peor: no le vas a reconocer.» Cenaron en un comedor de oficiales. Robert no paraba de hablar y contar. Cuando entró en el comedor, todos los oficiales se levantaron y saludaron a Robert L. Robert L. no lo vio. Esas cosas no las veía nunca. Hablaba del martirio alemán, de ese martirio común a todos los hombres. Contaba. Aquella noche dijo que quería comer una trucha antes de morir. En una «Wissemburg» vacía, encontraron una trucha para Robert L. Comió algunos bocados. Luego continuó hablando. Habló de la caridad. Había oído algún fragmento del discurso del reverendo padre Riquet y comenzó a decir esta oscura frase: «Cuando me hablen de caridad cristiana, responded Dachau». No la acabó. Aquella noche durmieron cerca de Bar-sur-Aube. Robert L. durmió algunas horas. Llegaron a París a última hora de la mañana. Antes de venir a la rue Saint-Benoit, D. paró para telefonarme de nuevo. «Te llamo para advertirte que es más terrible de lo que habíamos imaginado. Es feliz.»

Oí gritos contenidos en la escalera, un barullo, ruido de pasos. Luego portazos y gritos. Era eso. Eran ellos que volvían de Alemania.

No pude evitarlo. Bajé para escapar hacia la calle. Beauchamp y D. le sostenían por los sobacos. Estaban parados en el rellano del primer piso. Él miraba hacia arriba.

Ya no lo recuerdo con certeza. Debió de mirarme y reconocermelo y sonreír. Grité que no, que yo no quería ver. Me volví a ir, subí de nuevo la escalera. Gritaba, de eso me acuerdo. La guerra salía en mis gritos. Seis años sin gritar. Me encontré en casa de unos vecinos. Me estaban obligando a beber ron. Me lo vertían en la boca. En los gritos.

Ya no recuerdo cuándo me encontré ante él, él, Robert L. Recuerdo sollozos por doquier en la casa, que los inquilinos se quedaron mucho rato en la escalera, que las puertas estaban abiertas. Me dijeron luego que la portera había adornado la entrada para recibirle y que, en cuanto hubo pasado, lo arrancó todo y se encerró en la portería, sin querer ver a nadie, a llorar, ella.

En mi recuerdo, en un momento dado, los ruidos se apagan y le veo. Inmenso. Ante mí. No le reconozco. Me mira. Sonríe. Se deja mirar. Un cansancio sobrenatural aparece en su sonrisa, el de haber llegado a vivir hasta este momento. Por esta sonrisa, de pronto, le reconozco, pero desde muy lejos, como si le viera en el fondo de un túnel. Es una sonrisa de turbación. Se excusa de estar ahí, reducido a un desecho. Y luego la sonrisa se desvanece. Y vuelve a ser un desconocido. Pero el conocimiento está ahí, el conocimiento de que ese desconocido es él, Robert L., en su totalidad.

Quiso volver a ver la casa. Lo sostuvieron y fue recorriendo todas las habitaciones. Sus mejillas se arrugaban pero no se despegaban de las mandíbulas, fue en sus ojos donde vimos su sonrisa. Cuando entró en la cocina, vio el pastel que habíamos preparado para él. Dejó de sonreír. «¿Qué es eso?» Se lo dijimos. ¿De qué era? De cerezas, estábamos en la estación. «¿Puedo comer?» «No lo sabemos, el doctor es quien lo dirá.» Volvió al salón, se tendió en el sofá. «Entonces, ¿no puedo comer un trozo?» «Todavía no» «¿Por qué?» «Porque ya ha habido accidentes en París por haber hecho comer demasiado de prisa a los deportados a su regreso de los campos.»

Dejó de hacer preguntas sobre lo que había pasado durante su ausencia. Dejó de vernos. Su rostro se cubrió de un dolor intenso y mudo porque se le seguía negando el alimento, porque ocurría lo mismo que en el campo de concentración.

Y como en el campo, aceptó en silencio. No había visto que llorábamos. Tampoco había visto que apenas podíamos mirarle, apenas contestarle.

Llegó el doctor. Se paró en seco, la mano en el pomo de la puerta, muy pálido. Nos miró, luego miró la forma en que yacía en el sofá. No comprendía. Y después comprendió: la forma aún no estaba muerta, flotaba entre la vida y la muerte y le habían llamado, a él, al doctor, para que intentara hacerla vivir aún. El doctor entró, fue hasta la forma y la forma le sonrió. Ese doctor vendrá varias veces al día durante tres semanas, a cualquier hora del día y de la noche. Cuando el miedo era demasiado grande, le llamábamos, él venía. El salvó a Robert L. La pasión por salvar a Robert L. de la muerte también se apoderó de él. Lo consiguió.

Sacamos el pastel de casa mientras él dormía. A la mañana siguiente la fiebre hizo acto de presencia, él no volvió a hablar de alimento alguno.

Si hubiera comido nada más regresar del campo de concentración, el estómago se le habría desgarrado por el peso de los alimentos, o bien este peso le habría comprimido el corazón, que al contrario del estómago, en la caverna de su delgadez, se había vuelto enorme: latía tan de prisa que no se habrían podido contar sus pulsaciones, que, hablando con propiedad, no se habría podido decir que latía, sino que temblaba como bajo el efecto del terror. No, no podía comer sin morir. Ahora bien, tampoco podía seguir sin comer sin que eso le hiciera morir. Ésta era la dificultad.

La lucha con la muerte empezó muy pronto. Había que tener muchos miramientos con ella, tratarla con delicadeza, tacto, moderación. Le rodeaba por todos lados. Pero aun así todavía quedaba un medio para llegar a él, no era grande la abertura por donde comunicar con él, pero a pesar de todo la vida estaba en él, apenas una chispa, pero una chispa a pesar de todo. La muerte se lanzaba al asalto. 39,5 el primer día. Luego 40. Luego 41. La muerte perdía fuerzas. 41: el corazón vibraba como una cuerda de violín. Todavía 41, pero vibra. El corazón, pensábamos, el corazón se va a detener. Todavía 41. La muerte llama a grandes aldabonazos, pero el corazón está sordo. No es posible, el corazón se va a parar. No.

Papillas, a cucharaditas, había dicho el doctor. Seis o siete veces al día le dábamos papilla. Una cucharadita de papilla le atragantaba, se agarraba a nuestras manos, buscaba el aire y volvía a caer tumbado en la cama. Pero tragaba. También seis o siete veces al día necesitaba hacer. Le levantábamos tomándole por debajo de las rodillas y debajo de los brazos. Debía pesar entre treinta y siete y treinta y ocho kilos: los huesos, la piel, el hígado, los intestinos, el cerebro, los pulmones, todo incluido: treinta y ocho kilos repartidos en un cuerpo de un metro setenta y ocho. Le sentábamos en la taza higiénica en cuyo borde habíamos puesto un pequeño cojín: en las zonas en que los huesos se articulaban directamente bajo la piel estaba desollado. *(La pequeña judía de diecisiete años del Faubourg du Temple tiene unos codos que han agujereado la piel de sus brazos, sin duda debido a su juventud y a la fragilidad de la piel, su articulación está fuera en lugar de estar dentro, sobresale desnuda, limpia, ella no sufre ni por sus articulaciones ni por su vientre del cual han quitado uno a uno, a intervalos regulares, todos los órganos genitales.)* Una vez sentado sobre la taza, hacía de golpe, con un gluglú enorme inesperado, desmesurado. Lo que el corazón se retenía de hacer, el ano no podía retenerlo, soltaba su contenido. Todo, o casi todo, soltaba su contenido, incluso los dedos que no retenían ya las uñas, que las soltaban a su vez. El corazón, en cambio, seguía reteniendo su contenido. El corazón. Y la cabeza. Extraviada, pero sublime, sola, ella salía de aquel osario, emergía, recordaba, contaba, reconocía, reclamaba. Hablaba. Hablaba. La cabeza estaba unida al cuerpo por el cuello como suelen estarlo las cabezas, pero ese cuello estaba tan menguado —se abarcaba todo el contorno con una sola mano—, tan desecado, que uno se preguntaba cómo pasaba por él la vida, una cucharadita de papilla pasaba por él con suma dificultad y lo taponaba. Al principio, el cuello formaba un ángulo recto con el hombro. En lo alto, el cuello penetraba en el interior del esqueleto, se ajustaba en lo alto de las mandíbulas, se enrollaba alrededor de los ligamentos como una hiedra. Al través se veían dibujadas las vértebras, las carótidas, los nervios, la faringe, y se veía pasar la sangre: la piel se había convertido en papel de fumar. Hacía, pues, esa cosa viscosa verde oscuro que borbolleaba mierda que aún nadie había visto. Cuando la había hecho lo volvíamos a acostar, quedaba extenuado con los ojos semicerrados, durante mucho rato.

Durante diecisiete días, el aspecto de aquella mierda siguió siendo el mismo. Era inhumana. Ella le separaba de nosotros más que la fiebre, más que la delgadez, los dedos desuñados, las huellas de los golpes de los S.S. Le dábamos papilla amarilla como el oro, papilla para recién nacidos, y salía de él verde oscura como cieno de un pantano. Con la taza higiénica tapada, se oían las burbujas cuando estallaban en la superficie. Habría podido recordar —gelatinosa y viscosa— un gran esputo. En cuanto salía, la habitación se llenaba de un olor que no era el de la putrefacción, el del cadáver —¿acaso quedaba aún en su cuerpo materia para hacer un cadáver?—, sino más bien el de un humus vegetal, el olor de las hojas muertas, el de las malezas demasiado espesas. Había allí, en efecto, un olor sombrío, espeso como el reflejo de

la noche espesa de la cual emergía y que nosotros no conoceríamos nunca. (*Yo me apoyaba en las persianas, bajo mis ojos pasaba la calle, y como ellos no sabían lo que sucedía en la habitación, tenía ganas de decirles que en esta habitación que estaba encima de sus cabezas, un hombre había vuelto de los campos alemanes, vivo.*)

Evidentemente él había rebuscado en los cubos de basura para comer, había comido hierbas, había bebido agua de las máquinas, pero esto no lo explicaba todo. Ante la cosa desconocida, buscábamos explicaciones. Nos decíamos que tal vez allí, bajo nuestros ojos, se estaba comiendo su hígado, su bazo. ¿Cómo saber? ¿Cómo saber lo que de desconocido, lo que de dolor contenía aún aquel vientre?

Durante diecisiete días el aspecto de esa mierda ha seguido siendo el mismo. Diecisiete días sin que esa mierda se parezca a nada conocido. Cada una de las siete veces en que hace por día, nosotros la olemos, la miramos sin reconocerla. Diecisiete días escondiendo a sus propios ojos lo que sale de él, igual que le escondemos sus propias piernas, sus pies, su cuerpo, lo increíble.

Nunca nos hemos acostumbrado a verlos. No podíamos acostumbrarnos. Lo realmente increíble era que aún viviese.

Cuando la gente entraba en la habitación y veía esa forma bajo las sábanas, no podía soportar su vista, volvía los ojos. Muchos salían y no volvían más. El nunca se dio cuenta de nuestro horror, ni una sola vez. Era feliz, ya no tenía miedo. La fiebre lo llevaba. Diecisiete días.

Un día la fiebre baja.

Al cabo de diecisiete días la muerte se cansa. En la taza ya no borbolla, se vuelve líquida, sigue siendo verde, pero tiene un olor más humano, un olor humano. Y un día la fiebre baja, se le han administrado doce litros de suero, y una mañana la fiebre baja. Está acostado sobre sus nueve almohadas, una para la cabeza, dos para los antebrazos, dos para los brazos, dos para las manos, dos para los pies; porque todos sus miembros eran incapaces de soportar su propio peso, había que sepultar ese peso en plumón, inmovilizarlo.

Y una vez, una mañana, la fiebre sale de él. La fiebre vuelve pero remite de nuevo. Vuelve otra vez, un poco más *baja*, y otra vez remite. Y después, una mañana, dice: «Tengo hambre».

El hambre había desaparecido con la subida de la fiebre. Había vuelto al desaparecer la fiebre. Un día el doctor dijo: «Intentemos, intentemos darle de comer, empecemos con jugo de carne, si lo soporta sigan dándole, pero al mismo tiempo denle de todo, al principio en pequeñas dosis, y, gradualmente, cada tres días, aumentenlas un poco».

Por la mañana recorro todos los restaurantes de Saint-Germain-des-Prés para encontrar un exprimidor de carne. Encuentro uno en el boulevard Saint-Germain, en un gran restaurante. No pueden prestarlo. Digo que es para un deportado político que está muy mal, que es una cuestión de vida o muerte. La señora reflexiona, dice: «No

puedo prestárselo pero puedo alquilárselo, serán mil francos por día (*sic*)». Yo doy mi nombre, mi dirección y una fianza. Me venden la carne a precio de coste en el restaurante Saint-Benoit.

Digería perfectamente el jugo de carne. Así al cabo de tres días empezó a comer alimentos sólidos.

Su hambre llamó a su hambre. Se hizo cada vez mayor, insaciable.

Alcanzó proporciones aterradoras.

No le servíamos. Le colocábamos directamente los platos delante y le dejábamos y él comía. Funcionaba. Hacía lo necesario para vivir. Comía. Ésta era una ocupación que le tomaba todo su tiempo. Esperaba la comida durante horas. Tragaba sin saber qué. Luego alejábamos la comida y él esperaba a que volviera.

El ha desaparecido, el hambre ocupa su lugar. El vacío, pues, ocupa su lugar. Él da al abismo, rellena lo que está vacío, las entrañas descarnadas. Es lo que hace. Obedece, sirve, abastece a una función misteriosa. ¿Cómo sabe él lo del hambre? ¿Cómo percibe que esto es lo que hay que hacer? Lo sabe con un saber que no tiene equivalentes.

Come una chuleta de cordero. Luego chupa el hueso, con la mirada baja, sólo atento a no dejar ningún pedazo de carne. Luego toma una segunda chuleta de cordero. Luego una tercera. Sin levantar la mirada.

Está sentado en la penumbra del salón, cerca de una ventana entreabierta, en una butaca, rodeado por sus cojines, con el bastón a su lado. Dentro de los pantalones sus piernas flotan como muletas. Cuando hace sol, se ve a través de sus manos.

Ayer, recogía las migas de pan que habían caído sobre el pantalón, por el suelo, haciendo esfuerzos enormes. Hoy deja algunas.

Cuando come lo dejamos solo en la habitación. Ya no tenemos que ayudarle. Ha recobrado sus fuerzas lo suficiente para sostener una cuchara, un tenedor. Pero le cortamos la carne. Le dejamos solo delante de la comida. Evitamos hablar en las habitaciones contiguas a la suya. Andamos de puntillas. Le miramos de lejos. Le vemos funcionar. No tiene una clara preferencia por ningún plato. Cada vez menos preferencias. Traga como un abismo. Cuando los platos no llegan lo suficientemente de prisa solloza y dice que no le comprendemos.

Ayer por la tarde fue a robar pan a la nevera. Roba. Le decimos que vaya con cuidado, que no coma demasiado. Entonces llora.

Yo le miraba desde la puerta del salón. No entraba. Durante quince días, veinte días, le miré comer sin poder acostumbrarme tampoco, con una alegría fija. A veces esta alegría me hacía llorar también a mí. Él no me veía. Me había olvidado.

Las fuerzas vuelven.

También yo empiezo a comer, empiezo a dormir. Recupero peso. Vamos a vivir. Como él durante diecisiete días, no puedo comer. Como él durante diecisiete días, no he dormido, por lo menos creo no haber dormido. En realidad duermo dos o tres horas al día. Me duermo por todas partes. Me despierto aterrorizada, es abominable,

cada vez creo que él ha muerto durante mi sueño. Sigo teniendo esa pequeña fiebre nocturna. El doctor que viene por él se preocupa también por mí. Receta inyecciones. La aguja se rompe en el músculo de mi muslo, mis músculos están como tetanizados. La enfermera ya no quiere ponerme inyecciones. La falta de sueño ocasiona trastornos de la vista. Me agarro a los muebles para andar, el suelo se inclina ante mí y tengo miedo de resbalar. Comemos la carne que ha servido para hacerle jugos de carne. Es como papel, como algodón. No cocino nada, sólo hago el café. Me siento muy cerca de la muerte que he deseado. Me resulta indiferente, e incluso en eso, en que me resulta indiferente, tampoco pienso. Mi identidad se ha desplazado. Solamente soy la que tiene miedo cuando se despierta. La que desea para él en lugar de él. Mi persona está ahí, en ese deseo, y ese deseo, incluso cuando Robert L. está en el peor momento, es inexpresablemente fuerte, porque Robert L. sigue aún con vida. Cuando perdí a mi hermano pequeño y a mi hijito, perdí también el dolor, por decirlo así, éste carecía de objeto, se cimentaba en el pasado. Aquí la esperanza está entera, el dolor está implantado en la esperanza. A veces me asombra no morir: un cuchillo helado profundamente hundido en la carne viva, de noche, de día, y se sobrevive.

Las fuerzas vuelven.

Nos habían avisado por teléfono. Durante un mes le habíamos ocultado la noticia. Fue después de haber recuperado fuerzas, durante una estancia en Verrières-le-Buisson, en un centro de convalecencia para deportados, cuando le comunicamos la muerte de su joven hermana, Marie-Louise L. Era de noche. Estábamos allí su hermana más pequeña y yo. Le dijimos: «Tenemos que decirte algo que te hemos ocultado». El dijo: «Me ocultáis la muerte de Marie-Louise». Hasta el amanecer nos quedamos con él en la habitación, sin hablar de ella, sin hablar. Yo vomité. Creo que vomitamos todos. Él repetía las palabras «veinticuatro años», sentado en la cama, con las manos aferrando el bastón, no lloraba.

Las fuerzas le volvieron aún más. Otro día le dije que teníamos que divorciarnos, que yo quería un hijo de D., que era debido al nombre que el niño llevaría. Me preguntó si era posible que un día nos volviéramos a encontrar. Le dije que no, que yo no había cambiado de opinión desde hacía dos años, desde que había encontrado a D. Le dije que aun cuando D. no existiera, yo no habría vuelto a vivir con él. No me preguntó las razones que yo tenía para irme, yo no se las di.

En una ocasión nos encontramos en Saint-Jorioz junto al lago de Annecy, en una casa de reposo para deportados. Es un hotel restaurante al borde de la carretera. Es agosto de 1945, ahí nos enteramos de Hiroshima. El peso ha vuelto, él ha engordado. No tiene fuerzas para llevar su antiguo peso. Anda con ese bastón que vuelvo a ver, de madera oscura, espesa. A veces se diría que quiere golpear con ese bastón los muros, los muebles, las puertas, no la gente, no, sino todas las cosas que encuentra a su paso. También D. está junto al lago de Annecy. No tenemos dinero para ir a hoteles donde tendríamos que pagar.

No veo que él esté cerca de nosotros durante esta estancia en Saboya, está

rodeado de extraños, aún está solo, no dice nada de lo que piensa. Está reservado. Sombrío. Al borde de la carretera, una mañana, este titular enorme en un periódico: Hiroshima.

Se diría que va a golpear, que le ciega una cólera por lo que tiene que pasar antes de poder volver a vivir. Creo que después de Hiroshima habla con D. D. es su mejor amigo. Hiroshima es quizá la primera cosa exterior a su vida que ve, que lee fuera de ella.

En otra ocasión antes de que vayamos a Saboya, él está en la terraza del Flore. Hace mucho sol. Ha querido ir al Flore: «Para ver», ha dicho. Los camareros vienen a saludarle. Y es entonces cuando le vuelvo a ver, grita, martillea el suelo con el bastón. Tengo miedo de que rompa los cristales. Los camareros lo ven a punto de deshacerse en lágrimas, le miran consternados, sin una palabra, y luego le veo sentarse y callar durante mucho rato.

Luego el tiempo siguió pasando.

Fue el primer verano de la paz, 1946.

Fue una playa en Italia, entre Livorno y La Spezia.

Hace un año y cuatro meses que ha vuelto de los campos. Sabe lo de su hermana, sabe lo de nuestra separación desde hace muchos meses.

Está allí, en la playa, mira llegar a la gente. No sé a quién. Su modo de mirar, de esforzarse por ver, era lo primero que moría en la imagen alemana de su muerte cuando yo le esperaba en París. A veces se queda largos ratos sin hablar, con la mirada puesta en el suelo. Todavía no ha logrado habituarse a la muerte de su joven hermana: veinticuatro años, ciega, los pies helados, en el último estadio de la tisis, transportada en avión de Ravensbrück a Copenhague, muerta el día de su llegada, el día del armisticio. Nunca habla de ella, nunca pronuncia su nombre.

Ha escrito un libro sobre lo que cree haber vivido en Alemania: *La especie humana*. Una vez escrito, hecho, editado el libro, no ha hablado más de los campos de concentración alemanes. Nunca pronuncia esas palabras. Nunca más. Nunca más tampoco el título del libro.

Es un día de *libeccio*.

En esta luz que acompaña al viento, la idea de su muerte se detiene.

Estoy tumbada junto a Ginetta, hemos subido la cuesta de la playa y nos hemos internado entre las cañas. Nos hemos desnudado. Salimos del frescor del baño, el sol quema este frescor sin acabar con él todavía. La piel protege bien. En la base de mis costillas, en un hueco, sobre la piel, veo latir mi corazón. Tengo hambre.

Los demás se han quedado en la playa. Juegan a pelota. Excepto Robert L. Todavía no.

Por encima de las cañas vemos los flancos nívicos de las canteras de mármol de Carrara. Por encima hay montañas más altas que resplandecen de blancura. Al otro lado, más cerca, se ve Monte Marcello, justo dominando la desembocadura de La Magra. No se ve el pueblo de Monte Marcello sino solamente la colina, los bosques

de higueras y en la cumbre misma los flancos oscuros de los pinos.

Oímos: ellos ríen. Elio sobre todo. Ginetta dice: «Escúchale, es como un niño».

Robert L. no se ríe. Está tendido bajo una sombrilla. Todavía no puede soportar el sol. Los mira jugar.

El viento no logra pasar entre las cañas, pero nos trae los ruidos de la playa. El calor es terrible.

Ginetta coge dos medios limones en el gorro de baño, me tiende uno. Exprimimos el limón encima de nuestras bocas abiertas. El limón cae gota a gota en nuestra garganta, llega a nuestra hambre y nos hace medir la profundidad, la fuerza de ésta. Ginetta dice que el limón es justamente la fruta que se necesita cuando hace este calor. Dice: «Mira los limones de la llanura de Carrara, qué enormes son, tienen la piel espesa que los conserva frescos bajo el sol, tienen jugo como las naranjas, pero tienen un sabor abrupto».

Seguimos oyendo a los jugadores. A Robert L., seguimos sin oírle. Es en ese silencio donde la guerra está todavía presente, donde brota a través de la arena, del viento.

Ginetta dice: «Siento mucho no haberte conocido cuando esperabas el regreso de Robert». Dice que lo encuentra bien, pero que tiene la impresión de que se cansa muy de prisa, sobre todo lo nota cuando anda, cuando nada, en esa lentitud que él tiene, tan dolorosa. Como ella no le conoció antes, dice que no puede estar segura de lo que dice. Pero tiene una especie de temor de que nunca podrá recuperar su fuerza de antes de los campos.

Nada más oír ese nombre, Robert L., me he puesto a llorar. Todavía lloro. Lloraré toda mi vida. Ginetta se disculpa y se calla.

Cada día cree que yo podré hablar de él, y yo todavía no puedo. Pero ese día le digo que pensaba poder hacerlo un día. Y que ya había escrito un poco sobre ese regreso. Que había intentado decir alguna cosa de ese amor. Que era entonces, durante su agonía, cuando mejor había conocido a ese hombre, Robert L., cuando había captado para siempre lo que le hacía él, sólo él, y nada ni nadie más en el mundo, que hablaba de la gracia particular de Robert L. aquí abajo, de la que le era propia y que le llevaba a través de los campos, la inteligencia, el amor, la lectura, la política, y todo lo indecible de los días, de esta gracia particular suya pero hecha de la carga igual de la desesperación de todos.

El calor se hizo insoportable. Nos pusimos los trajes de baño, atravesamos la playa corriendo. Entramos directamente en el mar. Ginetta se fue lejos. Yo me quedé en la orilla.

El *libeccio* había cesado. O quizá era otro día sin viento.

O quizá era otro año. Otro verano. Otro día sin viento.

El mar estaba azul, incluso allí bajo nuestros ojos, y no había olas sino una marejada muy suave, un respirar en un sueño profundo. Los otros dejaron de jugar y se tumbaron sobre las toallas, en la arena. Él se levantó y avanzó hacia el mar. Yo me

acerqué a la orilla. Le miré. Él vio que yo le miraba. Guiñaba los ojos detrás de las gafas y me sonreía, movía la cabeza balanceándola levemente, como se hace para burlarse de alguien. Yo sabía que él sabía, que él sabía que cada hora de cada día yo lo pensaba: «No murió en el campo de concentración».

II

El señor X. Aquí llamado Pierre Rabier

Se trata de una historia verdadera hasta en sus detalles. Por consideración a la mujer y al hijo del hombre aquí llamado Rabier no la he publicado antes y, aquí, todavía tomo la precaución de no nombrarlo con su verdadero nombre. Esta vez cuarenta años han recubierto los hechos, ya somos viejos, incluso dándolos a conocer no harán daño como lo hubieran hecho antes, cuando éramos jóvenes.

Queda una cuestión, que uno puede plantearse: ¿por qué publicar aquí lo que es en cierto modo anecdótico? Era terrible vivir aquello, desde luego, espeluznante, hasta el extremo de poder morir de horror, pero eso era todo, nunca se ampliaba, nunca se dirigía hacia el horizonte de la literatura. ¿Entonces?

En la duda, lo he redactado. En la duda, lo he dado a leer a mis amigos, Hervé Lemasson, Yann Andréa. Ellos han decidido que había que publicarlo debido a la descripción que yo hacía de Rabier, de esta forma ilusoria de existir por la función de la sanción y sólo de ella, que casi siempre hace las veces de ética o de filosofía o de moral y no sólo en la policía.

Es el 6 de junio de 1944 por la mañana en la gran sala de espera de la cárcel de Fresnes. Vengo a traer un paquete a mi marido que fue detenido el 1 de junio, hace seis días. Se produce una alerta. Los alemanes cierran las puertas de la sala de espera y nos dejan solos. Somos una decena. No nos hablamos. El ruido de las escuadrillas llega por encima de París, es enorme. Oigo que me dicen en voz baja pero precisa la frase siguiente: «Han desembarcado esta mañana a las seis». Me vuelvo. Es un joven. Exclamo en voz baja: «No es verdad. No propague falsas noticias». El joven dice: «Es verdad». No creemos al joven. Todos lloran. La alerta cesa. Los alemanes evacúan la sala de espera. Hoy nada de paquetes. Es ya de vuelta en París —rué de Rennes— cuando me doy cuenta: todos los rostros que me rodean se miran como locos, se sonríen. Detengo a un joven y le pregunto: «¿Es verdad?». Me contesta: «Es verdad».

Los paquetes de víveres quedan suspendidos *sine die*. Voy a Fresnes varias veces para nada. Me decido entonces a conseguir un permiso de paquetes por mediación de la rué des Saussaies. Una de mis amigas, secretaria en Información, se encarga de telefonar al doctor Kieffer (avenue Foch), en nombre de su director, para conseguir una recomendación a tal efecto. La convocan. La recibe el secretario del doctor Kieffer, quien le dice que debe dirigirse al despacho 415 E4, cuarto piso del viejo edificio de la rué des Saussaies. Ni una línea de recomendación. Espero varios días seguidos delante de la rué des Saussaies. La cola ocupa cien metros de acera.

Esperamos, no para entrar en los locales de la Policía alemana, sino para coger turno de entrada. Tres días. Cuatro días. Sólo ante el secretario del despacho de Permisos para paquetes puedo valerme de la recomendación del doctor Kieffer. Antes tengo que ir a ese despacho 415, ver a un tal Hermann. Espero toda la mañana: Hermann está ausente. La secretaria de un despacho vecino me hace un pase que me permite volver al día siguiente. Una vez más, Hermann está ausente y yo espero toda la mañana. El desembarco ha tenido lugar hace ahora ocho días, se siente que la idea de la derrota está invadiendo los centros vitales de la Policía alemana. Mi salvoconducto caduca al mediodía, busco en vano a la secretaria que había visto la víspera. Voy a perder el fruto de unas veinte horas de espera. Abordo a un hombre alto que circula por los pasillos y le pido que tenga la amabilidad de hacer que me prolonguen el salvoconducto hasta la noche. Me dice que le enseñe mi ficha. Se la tiendo. Dice: «Pero si es el asunto de la rué Dupin».

Pronuncio el nombre de mi marido. Me dice que él fue quien arrestó a mi marido. Y quien procedió a su primer interrogatorio. Ese señor es X..., aquí llamado Pierre Rabier, agente de la Gestapo.

—¿Es usted pariente suyo?

—Soy su mujer.

—¡Ah...! Es un asunto peliagudo, sabe usted...

No hago ninguna pregunta a Pierre Rabier. Él se muestra extremadamente educado. Él personalmente me renueva el salvoconducto. Y me dice que mañana Hermann estará allí.

Vuelvo a ver a Rabier al día siguiente cuando voy a ver a Hermann para el permiso de paquetes. Espero en el pasillo, él sale de una puerta. Lleva en brazos a una mujer medio desmayada e intensamente pálida, sus vestidos están empapados. Me sonrío, desaparece. Vuelve unos minutos más tarde, sonrío de nuevo.

—¿Qué, sigue usted esperando...?

Digo que no tiene importancia. El vuelve a referirse a la historia de la rué Dupin.

—Era un verdadero cuartel... Y además sobre la mesa había aquel plano... Es una historia bastante grave.

Me hace algunas preguntas. ¿Sabía yo que mi marido formaba parte de un organismo de la Resistencia? ¿Conocía yo a la gente que vivía en la rué Dupin? Yo digo que la conocía poco o casi nada, que yo escribía libros, que no me interesaba nada más. Me dice que lo sabe, que mi marido se lo dijo. Que incluso encontró dos novelas mías sobre la mesa del salón cuando le detuvo, ríe, incluso se las llevó. No me hace más preguntas. Por último me dice la verdad, que no podré conseguir un permiso de paquetes porque los permisos de paquetes han sido suprimidos. Pero que hay la posibilidad de pasar los paquetes por medio del instructor alemán cuando éste procede a los interrogatorios de los detenidos.

El instructor es Hermann, el mismo a quien yo espero desde hace tres días. Llega al final de la tarde. Le hablo de la solución que me ha propuesto Rabier. Dice que no

podré ver a mi marido, pero que se encargará de hacerles llegar los paquetes a él y a su hermana, que puedo llevarlos mañana por la mañana. A la salida del despacho de Hermann me vuelvo a encontrar a Rabier. Sonríe, me conforta: mi marido no será fusilado «a pesar del plan para hacer saltar instalaciones alemanas encontrado sobre la mesa del salón junto con las dos novelas». Se ríe.

Vivo en un aislamiento total. Único nexo con el exterior: una llamada telefónica de D. cada mañana y cada noche.

Pasan tres semanas. La Gestapo no ha venido a registrar mi casa. Con un poco de suerte, y en vista de los acontecimientos, pensamos que ya no vendrán. Solicito volver a trabajar. Morland, el jefe de nuestro movimiento, necesita un agente de conexión y solicita de mí, por un intermediario, que sustituya al agente Ferry, que parte hacia Toulouse. Acepto.

El primer lunes de julio a las once y media de la mañana tengo que poner en contacto a Duponceau (en ese momento delegado del MNPGD^[8]).

—¿Me reconoce usted?

—Sí.

—¿Dónde me ha visto?

—Rué des Saussaies.

O la presencia de Rabier es puro azar, o viene a detenernos. En ese caso el «11 ligero» de la *póliza* estará esperando detrás del inmueble y ya es demasiado tarde.

Sonrío a Rabier. Le digo: «Me alegro mucho de encontrarle, he intentado verle varias veces a la salida de la rué des Saussaies. No tengo noticias de mi marido...». El aire adusto de Rabier se disipa inmediatamente, lo cual no me tranquiliza. Se pone contento, cordial, me da noticias de mi cuñada, a la que ha visto y ha entregado el paquete del que se encargó Hermann. A mi marido no le ha visto, pero sabe que su paquete le ha sido entregado. No me acuerdo de ninguna otra de sus palabras. Pero recuerdo esto: que por una parte Duponceau, para no perderme —«perder el contacto»—, se queda donde estaba. Y que por otra llega Godard y, no sé por qué milagro, no me aborda. Yo temo de un momento a otro que tome a Rabier por Duponceau y venga a tenderme la mano, pero no lo hace. Rabier y yo estamos encuadrados, a cien metros por delante y cinco metros por detrás, por mis dos camaradas. Esta situación, conocida y acreditada por su comicidad en el teatro, no hace reír a nadie. Aún hoy me pregunto cómo Rabier no se da cuenta de mi turbación. Debo de estar temblando. Aprieto las mandíbulas para impedir que me castañeteen los dientes. Se diría que Rabier no lo ve. Se pone a hablar durante diez minutos. Yo no escucho, nada. Poco le importa, se diría. A través de mi miedo, a medida que pasa el tiempo, surge una esperanza, la de estar tratando con un loco. El comportamiento posterior de Rabier hizo que nunca nada me desmintiera del todo esa sensación. Mientras habla, pasa gente y se detiene junto a nosotros: madame Bigorrie y su hijo, vecinos del barrio que no he visto desde hace diez años. Yo no puedo decir una palabra. Se van de prisa, sin duda estupefactos por mi cambio de aspecto. Rabier me

dice: «Caray, pues sí que conoce usted gente por aquí» —más tarde aludirá con frecuencia a los numerosos encuentros de ese día—, luego se pone a hablar de nuevo. Oigo que me dice que pronto tendrá informaciones sobre mi marido. Inmediatamente abundo en ese sentido, como haré a menudo en otras ocasiones, insisto en volver a verle, tener una cita con él. Me da una para esa misma tarde a las cinco y media en los jardines de la avenue Marigny. Nos separamos. Lentamente me reúno con Duponceau, le digo que no lo comprendo, el colega debería estar detrás del edificio. Mis dudas siguen siendo tan terribles como al principio, porque no comprendo en modo alguno por qué Rabier me ha llamado ni por qué me ha retenido tanto tiempo. Nadie viene de detrás del edificio. Indico a Duponceau que el hombre que está ahí, a tres metros, es el hombre con el que debe establecer contacto Godard. Me alejo, no sé en absoluto qué va a pasar, no sé si he hecho bien en no advertir yo misma a Godard. No me vuelvo. Voy directamente a Gallimard. Me desplomo en un sillón. Lo sé aquella misma noche: mis camaradas no han sido detenidos.

La presencia de Rabier era realmente una casualidad. Se paró porque había reconocido a la joven francesa que había llevado los paquetes a la rué des Saussaies. Más tarde me enteré: Rabier estaba fascinado por los intelectuales franceses, los artistas, los autores de libros. Había entrado en la Gestapo por no haber podido adquirir una librería de libros de arte (*sic*).

Veo a Rabier aquella misma tarde. No tiene ninguna noticia que darme, ni de mi marido ni de mi cuñada. Pero me dice que podrá tenerlas.

A partir de ese día Rabier me telefona, primero cada dos días y luego todos los días. Luego, muy pronto, me pide que le vaya a ver. Le voy a ver. Las órdenes de François Morland son categóricas: debo conservar ese contacto, es el único que todavía nos vincula con los camaradas detenidos. Además, si yo dejara de acudir a las citas de Rabier, esto sí que me haría sospechosa a sus ojos.

Veo a Rabier todos los días. A veces me invita a comer, siempre en restaurantes del mercado negro. La mayoría de las veces vamos a cafés. Me cuenta sus detenciones. Pero sobre todo me cuenta, no su vida presente, sino la vida a la que aspira. La pequeña librería de arte sale con frecuencia en la conversación. Me las arreglo para recordarle todos los días la existencia de mi marido. Dice que se acuerda de él. A pesar de las órdenes de François Morland intento varias veces romper con Rabier, pero antes le prevengo, le digo que voy a ir al campo, que estoy cansada. Él no se lo cree. No sabe si soy inocente, lo que sabe es que me tiene cogida. Tiene razón. Nunca me voy al campo. Siempre ese miedo invencible de perder definitivamente todo contacto con Robert L., mi marido. Insisto para saber dónde se encuentra. Él me jura que se ocupa del asunto. Pretende que le ha evitado un juicio y que mi marido está ahora asimilado a los prófugos del STO. También yo le tengo cogido a él: si me entero de que mi marido ha salido para Alemania, ya no tendré necesidad de verle, y él lo sabe. La historia del STO es falsa, como sabré más adelante. Pero si Rabier miente, es para tranquilizarme, estoy segura de que cree que

puede hacer mucho más de lo que en realidad hace. Creo que incluso llegó a creer que podía hacer que mi marido volviera, y todo para conservarme. Lo principal es que no me llegue a decir que a mi marido lo han fusilado porque no saben ya qué hacer con los prisioneros.

Estoy de nuevo en un aislamiento casi total. La consigna es no ir a mi casa y no reconocermelo bajo ningún pretexto. Suspendo, por supuesto, toda actividad. Adelgazo mucho. Llego a pesar como una deportada. Cada día cuento con que Rabier me arreste. Cada día indico «por última vez» a mi portera el lugar de mi cita con Rabier y la hora a la que debería estar de vuelta. Sólo veo a uno de mis camaradas, D., alias Masse, segundo del comandante Rodin, jefe de un grupo franco, gerente del periódico *L'Homme libre*. Nos encontramos muy lejos de donde vivimos, andamos por la calle y paseamos por los jardines públicos. Le digo lo que sé por mediación de Rabier.

Una disensión se produce en el movimiento.

—Unos quieren matar a Rabier sin demora.

—Otros quieren que yo deje París en seguida.

En una carta que D. hace llegar a François Morland, yo prometo por mi honor hacer todo lo posible para permitir que el movimiento acabe con Rabier antes de que la Policía se apodere de él, esto en cuanto sepa que mi marido y mi cuñada están fuera de su alcance. En otras palabras, fuera de Francia. Porque además de los otros peligros también hay éste, el de que Rabier descubra que pertenezco a un movimiento de Resistencia y que esto agrave el caso de Robert L.

Hay dos periodos distintos en mi historia con Rabier.

El primer periodo se inicia en el momento en que le encuentro en el pasillo de la rue des Saussaies y dura hasta el de mi carta a François Morland. Es el periodo del miedo, cada día, atroz, aplastante.

El segundo va desde esta carta a François Morland hasta el arresto de Rabier. También es el periodo del miedo, desde luego, pero entregado en ocasiones al deleite de haber decidido su muerte. De haberle ganado en su propio terreno, la muerte.

Rabier me da cita siempre con poquísima antelación, siempre en lugares inesperados y a horas igualmente inesperadas, por ejemplo las seis menos veinte, las cuatro y diez. A veces me da citas en la calle, a veces en un café. Pero tanto si es en la calle como en un café, Rabier llega siempre mucho antes de la hora fijada y espera siempre bastante lejos del lugar de la cita. Cuando es en un café, está por ejemplo en la otra acera, pero no delante del café, cuando es en la calle, está siempre más allá del lugar indicado. Siempre está en el lugar desde donde mejor se ve a quien espera. A menudo, al llegar no le veo, aparece a mis espaldas. Pero a menudo al llegar le veo, está a cien metros del café donde debemos encontrarnos, su bicicleta está a su lado, apoyada en una pared o en una farola, lleva la cartera en la mano.

Todas las noches anoto lo que ha sucedido con Rabier, las verdades o mentiras de las que me he enterado sobre los convoyes de los deportados a Alemania, sobre las noticias del frente, el hambre en París, no queda lo que se dice nada, estamos aislados

de Normandía a cuyas expensas ha vivido París durante cinco años. Tomo estos apuntes para dárselos a Robert L. cuando vuelva. También señalo en un mapa a gran escala el avance de las tropas aliadas en Normandía y hacia Alemania día tras día. Conservo los periódicos.

Lógicamente Rabier debería hacer todo lo posible para hacer desaparecer de París al testigo mejor informado sobre su actividad en la Gestapo, el más peligroso para él, el más creíble: escritor y mujer de resistente, yo. No lo hace.

Rabier sigue dándome informaciones, incluso cuando cree no dárme las. Generalmente son chismes que circulan por los pasillos de la rué des Saussaies. Pero así es como me entero de que los alemanes empiezan a tener mucho miedo, de que algunos desertan, de que los problemas de transporte son los más difíciles de resolver.

Morland también empieza a tener miedo. En cuanto a D., tiene miedo desde el primer día. Miedo por M. Leroy, yo.

Olvidaba decirlo: las citas de Rabier siempre son en lugares abiertos, con varias salidas, cafés situados en esquinas, en cruces de calles. Sus barrios preferidos son el distrito VI, Saint-Lazare, la République, Duroc.

En los primeros tiempos temí que solicitara subir a mi casa un instante después de haberme acompañado hasta la puerta. Nunca lo hizo. Sé que él pensó en ello desde la primera cita en el jardín de la avenue Marigny.

La última vez que vi a Rabier me pidió que fuera a tomar una copa con él «en un estudio de un amigo ausente de París». Le dije: «En otra ocasión». Me fui. Pero esa vez él sabía que era la última vez. Ya había decidido que esa misma noche abandonaría París. De lo que no estaba seguro es de lo que iba a hacer conmigo, de qué modo me lastimaría, si llevándome con él en su fuga o matándome.

Acabo de recordar que lo cogieron una primera vez en la rué des Renaudes, en un estudio a su nombre, creo, y luego lo soltaron, y que veinte años después fue en esa misma calle donde Georges Figón fue encontrado «suicidado» por la Policía francesa. Esa calle que no conozco. El nombre es sombrío, el de un último escondite, ciego.

Una sola vez lo vi en mal estado. Su chaqueta marrón estaba descosida por las sisas, le faltaban botones. Tenía heridas en el rostro. Su camisa estaba desgarrada. Fue en uno de los últimos cafés, en la rué de Sévres, en Duroc. Estaba extenuado, pero sonreía, amable, como de costumbre.

—Se me han escapado. Eran demasiados. —Luego matizó—: Ha sido duro, se han defendido. Eran seis alrededor del estanque del Luxemburgo. Todos jóvenes, han corrido más de prisa que yo.

Sin duda tenía encogido el corazón, como un enamorado rechazado, esbozó una sonrisa desolada: pronto sería demasiado viejo para detener a la juventud.

Creo que fue aquel día cuando me habló de los chivatos que todo movimiento de Resistencia produce inevitablemente. Él fue quien me informó de que habíamos sido delatados por un miembro de nuestra organización. El camarada detenido había hablado bajo la amenaza de deportación. Rabier decía: «Fue fácil, nos indicó el lugar,

la habitación, el mueble, el cajón». Me dio el nombre. Yo se lo di a D. D. se lo dio al movimiento. Era tal nuestra costumbre de castigar, de defendernos, de quitar de en medio, y sobre todo de «no tener tiempo», que tomamos la decisión de ejecutar a ese camarada una vez llegada la Liberación. Incluso elegimos el lugar para hacerlo, un parque de Verrières.

Llegada la Liberación abandonamos el proyecto por unanimidad.

Rabier sufre porque no engordo. Dice: «No lo soporto». Soporta hacer detenciones, enviar gente a la muerte, pero no soporta que yo no engorde cuando él quiere. Me trae provisiones. Yo se las doy a la portera o las echo en una alcantarilla. Dinero, no, le digo que nunca lo aceptaré. En cuestión de dinero la superstición es más tenaz.

Lo que él hubiera querido, además de la librería, era convertirse en un experto en cuadros y objetos de arte en los tribunales. En su solicitud dice haber sido «crítico de arte en el periódico *Les Débats*, conservador del castillo de Roquebrune, experto de la compañía PLM. En la actualidad —escribe—, tras haber adquirido un importante caudal de documentación y de análisis, y sintiendo una gran devoción por todo cuanto se refiere a las artes antiguas y modernas, creo poder llevar a cabo con los conocimientos necesarios las misiones más serias y más delicadas que se me puedan confiar».

También me cita en la rué Jacob, en la rué des Saint-Pères. Y también en la rué Lecourbe.

Siempre que tengo que ver a Rabier, y será así hasta el final, voy como si él me hubiera citado para matarme. Voy como si él no ignorara nada de mi actividad. Así cada vez, cada día.

Los arrestaban, se los llevaban, los mandaban lejos de Francia y nunca más se volvía a tener noticias de ellos, nunca más la menor señal de vida. Ni siquiera avisar que no valía la pena seguir esperando, que estaban muertos. Ni siquiera atajar la esperanza, dejar instalarse el dolor durante años. En el caso de los deportados políticos actuaron del mismo modo. En su caso tampoco valía la pena que avisaran, no dicen que no vale la pena esperarles, que no los volveremos a ver nunca.

Pero cuando lo pienso, de pronto me pregunto si alguien más lo ha hecho. ¿Quién lo ha hecho? ¿Quién?

Esta vez es la rué de Sévres, venimos de Duroc, pasamos precisamente por delante de la rué Dupin, donde mi marido y mi cuñada fueron detenidos. Son las cinco de la tarde. Ya es el mes de julio. Rabier se para. Sostiene la bicicleta con la mano derecha, coloca la mano izquierda en mi hombro, con el rostro vuelto hacia la rué Dupin, dice: «Fíjese. Hoy hace exactamente cuatro semanas, día a día, que nos conocimos».

Yo no contesto. Pienso: «Se acabó».

—Un día —prosigue Rabier, que se interrumpe para dar paso a una amplia sonrisa—, un día me encomendaron la detención de un desertor alemán. Primero tuve

que entablar relaciones con él y luego tuve que seguirle allí donde fuera. Durante quince días, día tras día, le vi, varias horas por día. Nos habíamos convertido en amigos. Era un hombre poco común. Al cabo de cuatro semanas le llevé a una puerta cochera donde dos de mis colegas nos esperaban para detenerle. Fue fusilado cuarenta y ocho horas después.

Rabier añade:

—También hacía exactamente cuatro semanas que nos conocíamos.

La mano de Rabier sigue en mi hombro. El verano de la Liberación se ha hecho de hielo.

Debido al miedo, la sangre deja de fluir a la cabeza, el mecanismo de la visión se altera. Veo cómo los grandes edificios de la encrucijada de Sévres empiezan a bambolearse en lo alto y las aceras a abrirse, a ennegrecer. Ya no oigo con claridad. La sordera es relativa. El ruido de la calle queda amortiguado, parece el rumor uniforme del mar. Pero oigo bien la voz de Rabier. Tengo tiempo para pensar que es la última vez en mi vida que veo una calle. Pero no reconozco la calle. Pregunto a Rabier:

—¿Por qué me cuenta eso?

—Porque voy a pedirle que me siga —dice Rabier.

Descubro que me lo esperaba desde el principio. Me habían dicho que, tras la confirmación del horror, llega el alivio, la paz. Es verdad. Ahí, en la acera, me he visto detenida, por fin inasequible para lo que constituía el factor mismo del miedo: el propio Rabier, fuera de su alcance. Rabier toma de nuevo la palabra.

—Pero a usted le pediré que me siga a un restaurante al que nunca ha ido. Disfrutaré del placer de invitarla.

Reanuda la marcha. Entre la primera frase y la segunda frase ha transcurrido el tiempo de recorrer cierta distancia, un poco menos de un minuto y medio, el tiempo de llegar al Square Boucicaut. Se detiene de nuevo, y esta vez me mira. Le veo reír como a través de la niebla. Era un rostro muy cruel, terrible, estalla una risa indecente. También la vulgaridad, de pronto, se expande, nauseabunda. Es una broma que debe gastar a las mujeres con las que trata, sin duda alguna prostitutas. Una vez terminada la broma, ellas le deben la vida. Creo que, de este modo concreto, ha debido de poseer a alguna que otra mujer durante el año que ha pasado en la rué des Saussaies.

Rabier tenía miedo de sus colegas alemanes. Los alemanes tenían miedo de los alemanes. Rabier no sabía hasta qué extremo los alemanes daban miedo a las poblaciones de los países ocupados por sus ejércitos. Los alemanes daban miedo como los hunos, los lobos, los criminales, pero sobre todo los psicóticos del crimen. Nunca he encontrado el modo de decirlo, el modo de contar a los que no han vivido esa época la clase de miedo que era.

Supe durante su proceso que la identidad de Rabier era falsa, que había tomado ese nombre de un primo muerto en los alrededores de Niza. Que él era alemán.

Esa noche Rabier me deja en Sévres-Babylone, muy ufano, satisfecho de sí mismo.

Esto ocurre antes de que yo le haya condenado a muerte. Vuelvo a casa a pie. Recuerdo bien la rué de Sévres, una curva ligera antes de la rué des Saints-Pères, y la rué du Dragón, se anda por la calzada, no hay coches.

De pronto la libertad es amarga. Acabo de conocer la pérdida total de la esperanza y el vacío subsiguiente: no se recuerda, no genera memoria. Creo deplorar levemente haber perdido la ocasión de morir en vida. Pero sigo andando, paso de la calzada a la acera, y luego vuelvo a la calzada, ando, mis pies andan.

Ya no sé en qué restaurante, un restaurante dedicado al mercado negro, frecuentado por colaboracionistas, milicianos, la Gestapo. Con anterioridad al restaurante de la rué Saint— Georges. Él cree, al invitarme a comer, que con eso me garantiza una salud relativamente buena. De este modo me protege de la desesperación, a sus ojos él es la providencia.

¿Qué hombre se resistiría a desempeñar ese papel? Él no se resiste. Esas comidas son lo peor del recuerdo, restaurantes con las puertas cerradas, los «amigos» llaman a la puerta, la mantequilla sobre las mesas, la nata desborda de todos los platos, las carnes jugosas, el vino. No tengo hambre. Él se desespera.

Un día me cita en el café Flore. Como de costumbre no está allí cuando llego. Ni en el bulevar ni en el interior del café. Me siento en la segunda mesa a la izquierda de la entrada. Hace poco tiempo que conozco a Rabier. Él todavía no sabe exactamente dónde vivo, pero sabe que vivo en el barrio de Saint-Germain-des-Prés. Por esto ha elegido darme cita en el Flore. En el Flore de los existencialistas, el café de moda.

Pero yo, en pocos días, me he vuelto tan prudente como él, me he convertido en su policía, el que causará su muerte. A medida que aumenta, el miedo corrobora esta certeza: está en mis manos.

Yo había tenido tiempo de avisar. Dos amigos se pasean por delante del Flore, su misión consiste en advertir a otros que no hay que abordarme. Estoy, pues, relativamente tranquila. Empiezo a estar acostumbrada al miedo a morir. Eso parece imposible. Más bien lo diré así: empiezo a estar acostumbrada a la idea de morir.

Lo que hace en el Flore, nunca más volverá a hacerlo. Coloca su cartera en la mesa. La abre. Saca un revólver de la cartera. Coloca la cartera sobre la mesa y coloca el revólver sobre la cartera. Todos estos movimientos los efectúa sin una palabra de explicación. A continuación saca de entre el cinturón de cuero y un bolsillo del pantalón una cadena de reloj, en apariencia de oro. Me dice: «Mire, es la cadena de las esposas, es de oro. La llave también es de oro».

Vuelve a abrir la cartera y saca las esposas, que coloca junto al revólver. Esto en el Flore. Es un gran día para él, ser visto allí con la panoplia de perfecto policía. No sé qué es lo que busca. Quiere hacerme correr el riesgo de la mayor vergüenza, la de ser vista en la misma mesa que un agente de la Gestapo, o quiere simplemente convencerme de que él es verdaderamente esto y sólo esto, una función, la de dar

muerte a todo lo que no sea nazi. Saca de la cartera un paquete de fotografías, elige una, la coloca frente a mí.

—Mire esta foto —dice.

Miro la foto. Es Morland. La foto es muy grande, es casi de tamaño natural. François Morland también me mira a mí, a los ojos, sonriendo. Digo:

—No veo de qué se trata. ¿Quién es?

No me lo esperaba en absoluto. Al lado de la foto, las manos de Rabier. Tiemblan. Rabier tiembla de esperanza porque cree que voy a reconocer a François Morland. Dice:

—Morland. —Hace una pausa—. ¿No le dice nada ese nombre?

—Morland...

—François Morland, es el jefe del movimiento al que pertenecía su marido.

Sigo mirando las fotos. Pregunto:

—¿En tal caso debería conocerle?

—No necesariamente.

—¿Tiene usted otras fotos?

Tiene otra.

Yo tomo nota: traje gris muy claro, cabello muy corto, corbata de pajarita, bigote.

—Si usted me dice cómo puedo encontrar a ese hombre, su marido será liberado esta misma noche, volverá a casa mañana por la mañana.

Gris demasiado claro, bigote ante todo, cabellos excesivamente cortos. Traje cruzado. Corbata de pajarita demasiado identificable.

Rabier ya no sonrío en absoluto, sigue temblando. Yo no tiemblo. Cuando no sólo está en juego la propia vida, uno sabe qué decir y cómo actuar. Sé qué decir y cómo actuar, estoy salvada. Digo:

—Aunque le conociera, sería repugnante por mi parte darle a usted una información semejante. No comprendo cómo se atreve a pedirme eso.

Mientras se lo digo, miro la otra foto.

Su tono es menos convincente.

—Es un hombre que vale doscientos cincuenta mil francos. Pero no es por este motivo. Es muy importante para mí.

Morland está en mis manos. Temo por Morland. Ya no temo por mí. Morland se ha convertido en mi hijo. Mi hijo está amenazado, yo arriesgo mi vida para defenderle. Soy responsable de ella. De pronto, es Morland quien arriesga su vida. Rabier prosigue:

—Se lo garantizo, se lo juro: su marido saldría de Fresnes esta misma noche.

—Aunque le conociera, no se lo diría.

Por primera vez, miro a la gente del café. Nadie parece haber visto las esposas y el revólver encima de la mesa.

—¿Pero no le conoce usted?

—Eso es, da la casualidad de que no le conozco.

Rabier vuelve a guardar las fotos en la cartera. Todavía tiembla un poco, no sonríe. Apenas una tristeza en la mirada, pero breve, pronto liquidada.

También tomo nota de episodios para hacer reír a Robert L. El ríe, estalla de risa. Anoto la llave de las esposas de oro, la cadena de oro. Oigo el estallido de risa de Robert L.

Rabier ya había efectuado veinticuatro detenciones en el periodo anterior a la fecha de nuestro encuentro, pero habría querido tener más órdenes de detención. Habría querido detener a cuatro veces más gente, y sobre todo gente importante. Veía su función policial como un ascenso. Hasta entonces había detenido a judíos, paracaidistas, resistentes de tercera clase. La detención de François Morland hubiera sido un acontecimiento sin precedentes en su vida. Estoy segura de que Rabier veía un nexo posible entre la detención de Morland y la librería de arte. En su delirio, esta detención prestigiosa podría valer a su autor una recompensa de este tipo. La derrota alemana, Rabier nunca la tomaba en consideración. Porque si Rabier podía concebir ser un policía hoy y el director de una librería de arte en París mañana, su sueño requería la hipótesis de una victoria alemana, ya que sólo una sociedad nazi franco-alemana señoreando en Francia podía reconocer sus servicios, conservarle en su seno.

Rabier me dice un día que en el caso de que los alemanes se vean forzados a evacuar París, eventualidad en la que no cree en absoluto, él se quedará en Francia en misión secreta. Ocurre en un restaurante, creo, entre plato y plato, el tono es desenvuelto.

Con lo que me queda de dinero compro tres kilos de albaricoques agorgojados y un kilo de mantequilla, ha vuelto a subir, cuesta doce mil francos el kilo. Hago este dispendio para mantenerme en vida.

D. y yo nos vemos cada día. Hablamos de Rabier. Le cuento lo que dice. Me cuesta describirle su imbecilidad esencial. Ésta lo envuelve por completo, sin un margen de acceso. En Rabier, todo es una emanación de su imbecilidad, los sentimientos, la imaginación y lo peor del optimismo. Esto, nada más empezar a tratarle. Posiblemente jamás he encontrado nunca a nadie tan solo como ese proveedor de muertes.

En las fotografías de grupo del C.C. del Soviet Supremo de Moscú, los miembros asesinos aparecen ante mis ojos con la misma soledad que Rabier, con el alma comida por las polillas, la soledad del cólera, menos aún, a cada cual lo suyo, cada cual tiritando por miedo al vecino, a la ejecución de mañana.

Había en el caso de Rabier algo que le hacía estar aún más solo que otros. Aparte de la librería de arte, Rabier debía de esperar el final de una pesadilla. Pero de eso no me habló nunca. Si había adoptado la identidad de un muerto, si había robado la identidad de ese joven muerto en Niza, tenía que ser porque había, en los años precedentes de la vida de Rabier, un acto criminal, un episodio no resuelto, y todavía punible por la justicia. Vivía con un nombre prestado. Con un nombre francés. Y esto hace a un hombre más solo que los demás hombres. Nadie más que yo escuchaba a

Rabier. Pero Rabier no era audible. Hablo de su voz, de la voz de Rabier. Estaba montada pieza a pieza, calculada, una prótesis. Destimbrada, hubiera podido utilizarse esa palabra para calificarla, pero era mucho más importante, más enorme. También porque esa voz no era audible, yo la escuchaba con atención. De vez en cuando aparecían en ella unos vestigios de acento. Pero ¿qué acento? Todo lo más se hubiera podido decir: «Como vestigios del acento alemán». Eso le quitaba toda identidad posible, esta extrañeza, la que se filtraba de la memoria y se propagaba a la voz. Nadie hablaba de este modo, nadie que hubiera tenido una infancia y unos compañeros de colegio en un país de nacimiento concreto.

Rabier no conocía a nadie. Ni siquiera hablaba a sus colegas, creí adivinar que a ellos no les interesaba. Rabier sólo podía hablar con las personas de cuyas vidas disponía, los que enviaba a los hornos crematorios o a los campos de concentración o las que se quedaban allí, ansiosas de noticias, sus mujeres.

Si había otorgado un plazo de tres semanas al desertor alemán era para poder durante tres semanas hablar con alguien, hablar de sí mismo, Rabier. Yo fui su error. Habría podido arrestarme cuando hubiese querido. Encontró en mí un auditorio que sin duda nunca había tenido, incansable. El ser escuchado hasta tal extremo le turbó tanto que cometió imprudencias, primero intrascendentes y luego cada vez más graves, pero que en la más sencilla lógica debían conducirle a la ejecución.

Por la noche me despierto, por la noche el vacío de la ausencia es enorme, el miedo atraviesa, terrible. Luego me acuerdo de que nadie tiene noticias todavía. Es más adelante, a partir del momento en que las noticias empiezan a llegar, cuando empezará la espera.

Rabier está casado con una joven de veintiséis años. El tiene cuarenta y uno. Tiene un niño que debe de tener entre cuatro y cinco años. Vive con su familia en las afueras de París. Cada día viene a París en bicicleta. Creo que nunca supe qué le decía a su mujer sobre lo que hacía con su tiempo. Ella ignoraba que fuese de la Gestapo. Es un hombre alto, rubio, es miope y lleva gafas con montura de oro. Tiene una mirada azul, que ríe. Detrás de esa mirada se adivina la salud que rebosa el cuerpo. Es muy aseado. Cada día se cambia de camisa. Cada día los zapatos limpios. Tiene las uñas immaculadas. Su limpieza es inolvidable, meticulosa, casi maníaca. Debe de haberla convertido en una cuestión de principio. Viste como un señor. En ese trabajo hay que tener aspecto de señor. El que golpea, el que lucha, el que trabaja con armas, sangre, lágrimas, se diría que actúa con guantes blancos, tiene manos de cirujano.

Transcurridos los primeros días de la desbandada alemana, Rabier dice, con una sonrisa: «Rommel va a contraatacar. Tengo informaciones».

Acabamos de salir de un bar de la zona de la Bolsa y estamos andando. Hace buen tiempo. Hablamos de la guerra. Siempre había que hablar, para no parecer triste. Hablo, digo que desde hace varias semanas el frente de Normandía se ha estancado. Digo que París está hambriento. Que el kilo de mantequilla vale trece mil francos. Él

dice: «Alemania es invencible».

Andamos. Mira con atención todas las cosas que le rodean, las calles vacías, la multitud en las aceras. Los comunicados son terminantes, su frente va a desmoronarse de un momento a otro, el mundo entero espera ese momento, el primer retroceso. Él mira París con amor, lo conoce muy bien. Ha detenido a gente en calles semejantes a éstas. En cada calle, sus recuerdos, sus alaridos, sus gritos, sus sollozos. Estos recuerdos no hacen sufrir a Rabier. Son los jardineros de ese jardín, París, de esas calles que ellos adoran, ahora exentas de judíos. No recuerda más que sus buenas acciones, no recuerda en absoluto haber sido brutal. Cuando habla de las personas a las que ha detenido se enternece: todos han comprendido la triste obligación de hacerlo que pesaba sobre él, nunca le han causado dificultades, todos, encantadores.

—Está usted triste, no puedo soportar que esté triste.

—No estoy triste.

—Sí, lo está, no dice nada.

—Quisiera ver a mi marido.

—Conozco a alguien en Fresnes que podría tener noticias de él, que le dirá en qué convoy viajará. Pero habrá que darle dinero.

Le digo que no tengo dinero pero que tengo joyas, un anillo de oro con un topacio muy hermoso. Me dice que podemos probar. A la mañana siguiente vuelvo con el anillo, se lo entrego. Al otro día Rabier me dice que ha dado el anillo a su conocido. Más tarde, deja de hablarme del asunto. Pasan varios días. Le pregunto qué se ha hecho del anillo. Me dice que ha intentado volver a ver a su conocido, pero que ha sido en vano, cree que ya no debe de trabajar en Fresnes, ha debido de marcharse a Alemania. No le pregunto si se ha ido con el anillo.

Siempre he creído que Rabier nunca entregó el anillo, que se lo quedó, que inventó esta monserga de Fresnes para conservarme, para hacerme creer que mi marido aún seguía allí, accesible y que aún podía intentar verle. No podía devolverme el anillo sin revelarme su mentira.

Sigue llevando esa cartera tan bonita, excepcionalmente bonita. Siempre pensé que era un «botín» obtenido al efectuar una detención o al hacer un registro en un piso vacío. En la cartera nunca había nada más que las esposas y el revólver. Ningún papel, nunca.

Excepto aquella vez, en el Flore, las fotografías de Morland.

En los bolsillos interiores de su chaqueta lleva dos revólveres de menor calibre que el que lleva en la cartera. Según su defensor, el abogado F., a veces incluso lleva otros dos, además de los dos primeros, también en los bolsillos interiores de la chaqueta, concebidos ex profeso para este uso.

Ese porte inmoderado de revólveres constituye un punto positivo para Rabier en su proceso.

—Fíjense en ese imbécil que llegaba hasta el extremo de llevar seis revólveres encima —dice el abogado F., su abogado de oficio.

En el banquillo de los acusados Rabier está solo. Escucha atentamente. Todo lo que aquí se dice le atañe. No desmiente lo de los seis revólveres. Hablan de él y lo que principalmente deseaba en la vida lo ha logrado. Hablan de Rabier, le preguntan y él contesta. Ni él mismo comprende por qué lleva seis revólveres y las esposas de oro y una cadena y una llave de oro. Nadie le proporciona la explicación.

Está solo en el banquillo de los acusados. No está inquieto, manifiesta un valor que podría calificarse de sobrenatural, de tan indiferente como se muestra a la muerte que le espera. Nos mira con amistad. D., él y yo somos los únicos que hablamos menos que los demás. Dirá de nosotros: «Han sido enemigos leales».

Voy a Fresnes. Somos cada vez más numerosos los que vamos a Fresnes todas las mañanas para intentar saber. Esperamos delante de la puerta monumental de la cárcel de Fresnes. Preguntamos a todos los que salen de allí, tanto a los soldados alemanes como a las mujeres de la limpieza francesas. La contestación es siempre la misma: «No lo sé. No sabemos nada».

A lo largo de las líneas de ferrocarril por las que circularon los convoyes de judíos y de deportados, la gente encuentra a veces nombres escritos en pequeños pedazos de papel con la dirección a la que hay que enviarlos y el número del convoy.

Muchos de estos papeles llegan a su destinatario. A veces la primera nota va acompañada de otra que indica el lugar de Francia, de Alemania o de Silesia donde se encontró el primer papel. Ahora también nos hemos puesto a esperar esos billetes lanzados de los furgones. Por si acaso.

La defensa alemana de Normandía se desmorona. Intentamos saber qué van a hacer con sus prisioneros: si van a apresurar la deportación de los políticos a Alemania o si van a fusilarlos antes de partir. Desde hace algunos días salen autobuses de la cárcel, llenos de hombres escoltados por soldados armados. A veces gritan para darnos informaciones. Una mañana, en la plataforma de uno de esos autobuses, veo a Robert L. Corro, pregunto adonde van. Robert L. grita. Creo oír la palabra «Compiégne». Me desmayo. Algunas personas vienen hacia mí. Me confirman que han oído la palabra «Compiégne». Compiégne es la estación de selección que abastece los campos. Su hermana ya ha debido de partir. Me parece que ahora hay menos posibilidades de que le maten, dado que aún hay trenes. Más tarde supe, sin duda por Morland, no lo recuerdo bien, que me equivocaba, que Robert L. salió hacia Alemania el dieciocho de agosto en el convoy de los casos graves.

Esa misma noche comunico a D. mi decisión de entregar a Rabier al Movimiento para que actúen con rapidez antes de que tenga tiempo de huir.

Lo primero es hacer que determinados miembros del Movimiento identifiquen a Rabier. De pronto el tiempo apremia. Tengo miedo de morir. Todos tenemos miedo de morir. Es un miedo terrible. No conocemos a los alemanes. Tenemos la certeza de que los alemanes son unos asesinos. Yo sé que Rabier puede matarme como lo sabría un niño. Esto se confirma cada día. A estas alturas, aunque me telefona cada día, a menudo pasan varios días seguidos «sin que pueda verme», dice. Deben de trasladar

los expedientes, imagino. Luego, un día, puede verme de nuevo. Me pregunta si puedo comer con él. Le digo que sí. Como de costumbre, me telefona media hora después para decirme la hora y el lugar. D. me vuelve a llamar como estaba previsto. Me dice que para mayor seguridad serán dos los que vayan a reconocerle.

Es un restaurante de la rué Saint-Georges cerca de la Gare Saint-Lazare, casi exclusivamente frecuentado por agentes de la Gestapo. Dadas las noticias, Rabier sin duda teme alejarse de los suyos.

Rabier me espera como de costumbre fuera, en el cruce de la rué Saint-Georges y de la rué Notre-Dame-de-Lorette.

Hay mucha gente. El lugar es bastante sombrío, compuesto de dos estancias de las mismas dimensiones, una de las cuales da a la calle. Las dos estancias están separadas por una larga mampara de moleskín. Rabier y yo nos sentamos a la mesa del fondo, en la estancia que da a la calle.

Sólo cuando me he sentado a su lado levanto los ojos. Los camaradas no han llegado todavía. Está casi lleno. Casi todas las personas llevan carteras bien sujetas bajo el brazo. Rabier saluda a todo el mundo. Apenas le contestan. Me confirmo en la idea de que, incluso aquí, entre los suyos, está solo.

Bajo los ojos de nuevo, los párpados de plomo impiden la mirada, resguardan. Siento vergüenza y siento miedo. Simplificando: soy aquí la única que no está al servicio de la Policía alemana. Tengo miedo de que me maten, me da vergüenza vivir. Ya no distingo. Lo que me hace adelgazar cada día un poco más es, tanto como el miedo y el hambre, la vergüenza. El miedo por Robert L. se limita al miedo de la guerra. No se sabe aún lo de los campos. Estamos en agosto de 1944. Sólo en primavera se sabrá. Alemania pierde sus conquistas, pero su suelo aún permanece inviolado. Nada se ha descubierto aún de las atrocidades nazis. Lo que hace temer por los prisioneros, por los deportados, es la fantástica debacle que se anuncia. Aún seguimos vírgenes de todo saber en lo que se refiere a lo ocurrido en Alemania desde 1933. Estamos en los albores de la Humanidad, una Humanidad virgen, virginal, que aún lo será durante unos meses. Nada ha sido revelado todavía sobre la Especie Humana. Me asaltan sentimientos elementales cuya nitidez nada enturbia. Siento vergüenza de estar al lado de Pierre Rabier Gestapo, pero también siento vergüenza por tener que mentir a ese Gestapo, a ese cazador de judíos. Mi vergüenza llega a tal extremo que la siento incluso por la posibilidad de recibir la muerte de sus manos.

Las noticias son malas para ellos. Montgomery ha roto el frente de Arromanches por la noche. Rommel ha sido llamado urgentemente por el GQG^[9].

En la mesa de al lado hay una pareja que Rabier, al parecer, conoce algo. Se ponen a hablar de la guerra. Yo vuelvo a bajar los ojos o miro a la calle. Me resulta imposible so pena —tengo esa impresión— de correr un gran riesgo si me pongo a mirarlos. De pronto me parece que aquí la gente escruta en lo profundo de los ojos, en las miradas de los demás, en sus sonrisas, en sus modales en la mesa y eso por mucha naturalidad que traten de aparentar. La mujer de la mesa de al lado,

dirigiéndose a Rabier y a mí: «Figúrense ustedes que han venido esta misma noche. Han aporreado la puerta. Nosotros no hemos preguntado quién era, no hemos encendido la luz».

Comprendo que miembros de la Resistencia han ido a casa de esas personas esta noche. Que la puerta de su apartamento está blindada y que no han podido entrar. Rabier ha sonreído, se ha vuelto hacia mí, ha hablado muy bajo. «Esa tiene miedo.»

Encarga vino. Ellos siguen sin llegar. El vino lo cambia todo. El miedo se desvanece. Yo le pregunto:

—¿Y su puerta?

—No está blindada, yo no tengo miedo, usted lo sabe perfectamente.

Por primera vez le hablo de la mujer desmayada que sostenía en sus brazos en los pasillos de la Gestapo, cuando le vi por segunda vez. Le digo que sé que se trataba de la tortura de la bañera. Se ríe como se reiría de la ingenuidad de un niño. Dice que no es nada, lo que se dice nada, que es simplemente desagradable, que sobre esto se ha exagerado mucho. Le miro. Rabier ya tiene menos importancia. Ya no es nada.

No es más que un agente de la Policía alemana, nadie más. De pronto le veo arrastrado por una tragedia burlesca, estúpida como un mal ejercicio de retórica, alcanzado ya por una muerte de la misma índole, también devaluada, no verdadera, como achatada. D. me ha dicho que intentarían matarlo durante los días siguientes. El lugar ya ha sido elegido. Hay que darse prisa antes de que se vaya a París.

La perspectiva de que D. ponga los pies en ese restaurante es inconcebible. Estoy convencida de que en cuanto entren, tan guapos, tan jóvenes, la Policía alemana les reconocerá. Y estoy convencida de que no sabrán actuar como es debido. El tipo de miedo que yo vivo con Rabier desde hace semanas, el miedo de no saber hacer frente al miedo —la salvaguarda está ahí, en ese modo de expresarlo—, ese miedo, ellos no lo conocen. Son inocentes. Al lado de Rabier y de mí son inocentes, no han tratado con la muerte de ningún modo.

Le digo a Rabier: «Las noticias no son buenas para usted».

El me sirve vino, una y otra vez. Nunca ha hecho esto, tampoco yo bebo nunca de este modo: en cuanto él escancia el vino, yo lo trago. Le digo: «Las noticias son buenas para mí».

Me río. Es el vino. Está claro, es el vino. Ya no puedo dejar de seguir bebiendo. Él me mira. Debió morir con esa mirada. Ya se separa de todos, aureolado, ya es el que será en el banquillo de los acusados, ya no puede ser de otro modo: un héroe.

«Un día —dice Pierre Rabier— tenía que detener a unos judíos, entramos en el piso, no había nadie. Sobre la mesa del comedor había lápices de colores y un dibujo infantil. Me marché sin esperarles.» Hasta llegó a decirme que, de haber estado al corriente, me hubiera advertido de mi detención. Traduzco: al corriente de que otro y no él había recibido la orden de detenerme. De modo que siente una indiferencia absoluta frente al dolor humano, pero se permite el lujo de tener algunos sufrimientos, exclusivos, el pequeño judío y yo le debemos la vida.

Le vuelvo a mirar, con el vino ocurre cada vez con mayor frecuencia. Habla de Alemania. No puedo compartir su fe. Según él, es incognoscible, sobre todo para los otros, los vencidos franceses. Yo le digo:

—Se acabó, se acabó del todo. Dentro de tres días Montgomery estará en París.

—Usted no comprende. Es imposible. Nuestra fuerza es inagotable. Sólo los alemanes pueden comprender.

Morirá porque los dioses no se equivocan. Eso dirán los periódicos. Yo digo: morirá dentro de tres noches. Me acuerdo perfectamente: miré su camisa nueva. Iba vestido con su traje marrón. Llevaba una camisa de cuello Dan ton, a juego con el traje, de un beige un poco dorado. Pensé que era una lástima para aquella camisa nueva haber topado con un condenado a muerte. Pensé aún una vez más, muy intensamente, mientras le miraba muy intensamente: «Te digo que no comprarás zapatos esta tarde porque no vale la pena». No lo oye. Pienso que no sólo le ha sido negado oír el pensamiento, que le ha sido negado todo, que sólo le queda morir.

Pienso que si me fuerza a beber así es porque ya le posee la desesperación de la derrota, es curioso que no lo sepa. Cree que me da de beber para intentar llevarme a un hotel.

Pero ignora que aún no sabe lo que va a hacer conmigo en ese hotel, si va a tomarme o a matarme. Dice: «Ah, qué terrible, ha vuelto usted a adelgazar.

»No lo puedo soportar».

Esa mañana siento con gran nitidez que el que detiene judíos y los envía a los crematorios es el mismo que soporta el espectáculo que yo ofrezco a sus ojos, el de una mujer flaca y enferma, no lo soporta si es por culpa suya. Con frecuencia dirá que si lo hubiera sabido no habría detenido a mi marido. Cada día decidía mi destino, y cada día, si lo hubiera sabido, decía, mi destino habría sido diferente. Lo haya sabido o no, antes o después, mi destino estaba en sus manos. Ése es el poder otorgado a la función policial. Pero, en general, en la Policía no hay contacto con las víctimas, él tenía, al conocerme, la confirmación de su poder, conocía la suerte maravillosa de entrar en la sombra de sus actos, de gozar de esta clandestinidad de sí mismo a sí mismo.

De pronto me doy cuenta de que en el restaurante lo que reina es un gran miedo. Ha sido al disiparse mi miedo cuando he visto este miedo. Las cuarenta o cincuenta personas que se hallaban allí estaban amenazadas de muerte para los días siguientes. Una carnicería, ya.

Recuerdo el vino, fresco. Tinto. Recuerdo que él no bebía.

—Usted no conoce Alemania, ni a Hitler. Hitler es un genio militar. Sé de fuente cierta que de aquí a dos días llegarán enormes refuerzos de Alemania. Parece que ya han pasado la frontera. El avance británico va a ser detenido.

—No lo creo. Hitler no es ningún genio militar.

Añado:

—Yo también tengo informaciones. Ya lo verá.

La mujer me señala y pregunta:

—¿Pero qué está diciendo?

Rabier se vuelve hacia ella. De pronto está frío, distante.

—No tiene los mismos puntos de vista que nosotros sobre la guerra —dice Rabier.

La mujer no comprende lo que Rabier dice ni por qué de pronto tiene ese tono tan duro.

Los veo dejar sus bicicletas en la calle. Es D. Como segundo han elegido a una chica. Yo bajo los ojos. Rabier los mira, luego yo aparto la mirada de ellos, él no se da cuenta de nada. La chica debe de tener dieciocho años. Es una amiga. Me los imagino adentrándose en una hoguera con menos emoción. Se adentran en el restaurante. Buscan una mesa. Hay pocas mesas libres. Seguramente empiezan a tener miedo de no encontrar mesa. Los veo sin mirarlos. Bebo. Ya está, han encontrado una mesa. Está a dos mesas de la nuestra, frente a la nuestra. Observo que había otra un poco más lejos, no la han cogido, han optado por ésta, que es la más próxima. Tal vez ya están poseídos por su papel, ya les muerde la imprudencia, la turbulencia de los niños. Yo recorro sus rostros con la mirada, veo la alegría que tienen en los ojos. Ellos la ven también en mis ojos.

Rabier habla. «Figúrese que ayer detuve a un joven de veinte años, en la zona de los Invalides. La madre del joven estaba allí. Fue terrible. Detuvimos a ese joven en presencia de su madre.»

Un camarero se ha acercado a la mesa de ellos, están leyendo el menú. Yo como, ya no sé qué cómo. Rabier prosigue: «Fue terrible. Esa mujer gritaba. Nos explicaba que su hijo era un buen chico, que ella, su madre, lo sabía, que tenía que creerla a ella. Pero, él, el hijo, fíjese usted, no decía nada».

Un violinista llega al restaurante. Todo será más sencillo. Yo pregunto:

—¿Que el hijo no decía nada?

—Nada. Era extraordinario. Estaba muy tranquilo. Intentaba consolar a su madre antes de seguirnos. ¡Ah! Estaba mucho más cerca de nosotros que de su madre, era extraordinario.

Ellos llaman al violinista. Yo espero, no contesto a Rabier. Ya está: una melodía que conozco, que cantábamos juntos cuando nos encontrábamos. Me entra una risa irreprimible, no puedo contenerla. Rabier me mira sin comprender.

—¿Qué le sucede?

—Es el final de la guerra. Ya está, es el final, el final de Alemania. Es el placer.

Me sonrío aún con amabilidad y me dice algo inolvidable.

Y adorable también si se es nazi:

—Comprendo que usted lo espere. Mire, yo lo comprendo perfectamente. Pero no es posible.

—Alemania ha perdido, se acabó.

Me río, no puedo detenerme. También ellos se ríen en su mesa. El violinista toca

con entusiasmo. Rabier dice:

—Está usted alegre, al menos eso me complace.

Yo digo:

—Habría podido usted dejar en paz a ese joven, el último día antes de que todo acabe, qué importancia podía tener. Usted lo ha matado para probarse a sí mismo que la guerra no había acabado, ¿no es así?

Replicó lo que D. y yo ya sabíamos.

—No es así. La guerra no se detendrá para gente como yo. Yo seguiré sirviendo a Alemania hasta la muerte. Por si lo quiere usted saber, no me iré de Francia.

—No podrá quedarse en Francia.

Todavía no he hablado nunca de este modo. En cierto modo le estoy confesando quién soy. Y él no quiere oírlo.

—Alemania no puede perder, en el fondo usted lo sabe. En dos días verá usted la sorpresa.

—No. Se acabó. Dentro de dos días o tres días o cuatro días, París será libre.

La mujer de al lado oye todo lo que decimos, a pesar del violín. El miedo me ha abandonado. Sin duda el vino. La mujer exclama:

—¿Pero qué quiere decir esta mujer?

—Nosotros hemos detenido a su marido —dice Rabier.

—¡Ah!, es eso...

—Es eso —dice Rabier—, es francesa.

Muchas de esas personas miran a mis amigos, esos enamorados que de pronto han surgido en sus dominios. Al parecer no tratan de saber quiénes son. Sonríen, reconfortados: al fin y al cabo, la muerte no está tan cerca.

El violinista repite la canción delante de los dos enamorados perdidos. Me doy cuenta de que sólo ellos y yo no tenemos miedo. Las melodías que toca el violinista son recientes. Canciones de la Ocupación alemana. Para ellos llenas ya de melancolía. Pertenecientes a un tiempo ido. Ya son el pasado. Pregunto a Rabier:

—¿Son eficaces las puertas blindadas?

—Son caras —sonríe de nuevo—, pero son eficaces.

La mujer de la Gestapo me mira, fascinada, querría saber algo sobre el final. Vengo de un país para ella lejano, vengo de Francia. Creo que querría preguntarme si es verdaderamente el final. Yo pregunto:

—¿Qué va a hacer usted?

—He pensado en una pequeña librería —dice Rabier—. La bibliofilia me ha apasionado siempre, quizá usted podría ayudarme.

Intento mirarle cara a cara, no lo consigo. Digo:

—¿Quién sabe?

De pronto recuerdo algo que me han dicho sobre el miedo. Que bajo las ráfagas de metrallera se percibe la existencia de la piel del propio cuerpo. Un sexto sentido que aparece. Estoy borracha. Falta muy poco para que le diga que van a matarle. Tal

vez un solo vaso de vino. De pronto me invade una gran facilidad de vivir, como cuando uno se sumerge en el mar en verano. Todo se vuelve posible. Para no engañarle, a él, el soplón. Decirle eso, que van a matarle. En una calle del distrito sexto. Tal vez sólo la perspectiva de la reprimenda de D. me impide informarle.

Hemos salido del restaurante.

Los dos en bicicleta. Él unos metros por delante. Recuerdo cómo pedaleaba. Tranquilamente. Un ciclista de fondo de París. En torno a los tobillos lleva unas esposas de hierro, eso me hace reír. La cartera está en el portaequipajes fuertemente amarrada con una correa.

Levanto la mano derecha un segundo y finjo apuntarle, ¡bang!

Él sigue pedaleando en la eternidad. No se vuelve. Yo río. Le apunto tras la nuca. Vamos muy de prisa. Su espalda se ofrece, muy grande, a tres metros de mí. Imposible fallar, tan grande es, ¡bang! Río, recupero el manillar para no caerme. Apunto con sumo cuidado, el centro de la espalda me parece más seguro, ¡bang!

Se detiene. Yo me detengo detrás de él. Luego, voy a su lado. Está pálido. Tiembla. Al fin. Dice muy bajo:

—Venga conmigo, tengo un amigo que tiene un estudio cerca de aquí. Podríamos tomar una copa juntos.

Era un gran cruce, el de Châteaudun, creo. Había mucha gente, estábamos inmersos en la multitud de las aceras.

—Un minuto —suplica Rabier—, venga un minuto.

Yo digo:

—No. En otra ocasión.

Él sabía que yo no aceptaría nunca. Me lo había pedido por pedirlo, como antes de decir adiós. Estaba muy conmovido, pero sin verdadera convicción. Era el miedo, que ya le absorbía demasiado. Y, digamos, la desesperación.

Abandonó bruscamente la partida. Se metió bajo una bóveda y se alejó con su paso de funcionario.

Nunca más me telefoneó.

A las once de la noche, pocos días después, la Liberación de París ya era una realidad. Él debió de oír también el estrépito prodigioso de todas las campanas de las iglesias de París, y tal vez también vio toda la multitud en las calles. Esa inexpresable felicidad. Y luego sin duda fue a esconderse en el cuchitril de la rué des Renaudes. Con su mujer y su hijo ya en provincias, estaba solo. Su mujer, convocada para el proceso —insignificante y hermosa, según un testigo—, dijo ignorar todo lo referente a sus actividades policiales.

Intentamos dejar fuera a la Justicia y acabar con él nosotros mismos, evitar que pasara por todas las formalidades de la Audiencia Criminal. Incluso el lugar estaba previsto, el boulevard Saint-Germain, no recuerdo exactamente dónde. No le encontramos. Así pues, advertimos a la Policía de su existencia. La Policía le encontró. Estaba en el campo de Drancy, solo.

En el proceso yo presté testimonio dos veces. La segunda vez había olvidado hablar del niño judío salvado. Pedí que se me escuchara de nuevo. Dije que había olvidado decir que había salvado a una familia judía, conté la historia del dibujo del niño judío. Dije también que entretanto me había enterado de que otra vez también salvó a dos mujeres judías a las que hizo pasar a la zona libre. El fiscal se puso a gritar, me dijo: «Debería usted saber lo que quiere, primero le cubre de acusaciones, ahora le defiende. Aquí no estamos para perder el tiempo». Contesté que yo quería decir la verdad, para que se supiera, por si esos dos hechos hubieran podido evitarle la pena de muerte. El fiscal me pidió que saliera, estaba irritado. La sala estaba contra mí. Salí.

Durante el proceso de Rabier me enteré de que había empleado su economía en la compra de ediciones originales. De Mallarmé, Gide, y también de Lamartine, Chateaubriand, tal vez también de Giraudoux: libros que nunca leyó, que nunca leería, que tal vez intentó leer pero sin conseguirlo. Esta información sobre Rabier define por sí sola, a mis ojos, tanto como su trabajo, al hombre que yo conocí. Se sumaba a su aire de señor, a su fe en la Alemania nazi, y también a sus bondades ocasionales, a sus distracciones, a sus imprudencias, tal vez también al apego que sentía por mí, por mí, que le llevaría a la muerte.

Y luego Rabier salió por completo de mi pensamiento. Le olvidé.

Debieron de fusilarle durante el invierno de 1944-1945. No sé dónde. Me dijeron: «Sin duda en el patio de la cárcel de Fresnes, como de costumbre».

Con el verano llegó la derrota alemana. Fue completa. Se extendió por toda Europa. El verano llegó con sus muertos, sus supervivientes y su inconcebible dolor reverberado de los Campos de Concentración Alemanes.

ALBERT DES CAPITALES. TER EL MILICIANO

Introducción

Estos textos hubieran debido ir a continuación del diario de *El dolor*, pero preferí alejarlos de él para que cesara el ruido de la guerra, su estrépito.

Thérèse soy yo. La que tortura al chivato, soy yo. También la que desea hacer el amor con Ter el miliciano, yo. Os entrego a la que tortura con el resto de los textos. Aprended a leer: son textos sagrados.

Albert des Capitales

Habían pasado dos días desde el primer *jeep*, desde la toma de la Kommandantur de la place de l'Opéra. Era domingo.

A las cinco de la tarde, el camarero de un bar cercano al inmueble donde se hallaba el grupo Richelieu llegó corriendo.

—En mi bar hay un tipo que trabajaba con la Policía alemana. Es de Noisy. Yo también soy de Noisy. Allí todos lo saben. Todavía pueden pescarlo. Pero hay que darse prisa.

D. envió a tres camaradas. La noticia empezó a correr.

Desde hacía años se oía hablar de ellos. Los primeros días habíamos creído verlos por todas partes. Éste sería el primero que quizá viéramos con toda certeza. Por fin teníamos tiempo de alcanzar una certeza. Y de ver cómo era un chivato. La curiosidad era intensa. Ya sentíamos más curiosidad por lo que habíamos vivido ciegamente bajo la Ocupación que por lo que vivíamos de extraordinario desde hacía una semana, desde la Liberación.

Los hombres habían invadido el vestíbulo, el bar, la entrada. Desde hacía dos días, ya no luchaban, ya no había nada que hacer en el grupo. Sólo dormir, comer, empezar a pelearse por las armas, los coches, las chicas. Algunos se iban por la mañana en coche cada vez más lejos a buscar la refriega todavía posible, volvían por la noche.

Llegó escoltado por los tres camaradas.

Le hicimos entrar en el «bar». Llamábamos así a una especie de guardarropa con un mostrador tras el cual se habían distribuido víveres durante la insurrección. Durante una hora, permaneció de pie en medio del bar. D. examinaba sus papeles. Los hombres, por su parte, le miraban. Se acercaban. Le miraban con intensidad. Le insultaban. «Canalla. Basura. Cerdo.»

Cincuenta años. Bizquea un poco. Lleva gafas. Lleva cuello duro, corbata. Es gordo, bajo, está mal afeitado. Sus cabellos son grises. Sonríe sin cesar, como si se tratara de una broma.

En sus bolsillos hay un carnet de identidad, la fotografía de una mujer vieja, su mujer, su propia fotografía, ochocientos francos, una libreta de direcciones en su mayoría incompletas, apellidos, nombres, números de teléfono. D. observa la frecuencia de una indicación curiosa que cobra un sentido cada vez más familiar a medida que avanza en la lectura de la agenda. La enseña a Thérèse. Al principio, se encuentra a intervalos la indicación completa: ALBERT DES CAPITALES. Luego: ALBERT o CAPITALES, solos. Al final de la libreta, en cada página, solamente: CAP O AL.

—¿Qué quiere decir eso de Albert des Capitales? —pregunta D.

El chivato mira a D. Parece hacer esfuerzos de memoria. Parece alguien de buena

fe a quien fastidia sinceramente no recordar, que quisiera recordar, que busca en su memoria con toda buena fe.

—¿Albert de qué? —pregunta el chivato.

—Albert des Capitales.

—¿Albert des Capitales?

—Sí, Albert des Capitales —dice D.

D. ha colocado la libreta sobre el mostrador. Se acerca al chivato con las manos vacías. Le mira fijamente, con calma. Thérèse coge la agenda, la hojea rápidamente. El once de agosto, por última vez: AL. Hoy es veintisiete. Deja la agenda y, a su vez, mira fijamente al chivato. Los camaradas se han callado.

D. está frente al chivato.

—¿No te acuerdas? —pregunta D.

Se acerca un poco más al chivato.

El chivato retrocede. Su mirada se turba.

—¡Ah!, sí —dice el chivato—, ¡qué tonto soy! Es Albert, el camarero de Les Capitales, un café que está cerca de la Gare de l'Est... Yo vivo en Noisy-le-Sec, así que, naturalmente, a veces, voy a tomar una copa en Les Capitales al bajar del tren...

D. se acerca de nuevo al mostrador. Manda a un tipo a buscar al camarero del bar de al lado. El tipo vuelve. El camarero ya se ha ido a su casa. Todo el bar está al corriente. Pero no ha contado nada concreto.

—¿Cómo es ese Albert? —pregunta D. al chivato.

—Es uno rubio y bajito. Muy amable —dice el chivato sonriendo conciliadoramente.

D. se vuelve hacia los camaradas que están a la entrada del bar.

—Coged el «302», salid en seguida —dice D.

El chivato mira a D. Deja de sonreír. Primero se queda alelado, luego se recupera.

—No, señor, comete usted un error... Se equivoca, señor...

Detrás se oye: «Cerdo, canalla. No reirás mucho rato. Cerdo. Canalla. Ya nos encargaremos de ti. Basura».

D. sigue registrando. Un paquete de Gauloises medio vacío, un trozo de lápiz, un portaminas nuevo. Una llave.

Tres hombres han salido. Se oye cómo arranca el «302».

—Se equivoca usted, señor...

D. registra. El chivato suda. Parece no querer dirigirse más que a D., sin duda porque D. parece educado, no le injuria. Se expresa correctamente, con refinamiento. Es evidente. Intenta situarse al lado de D., distinguirse de los demás camaradas por sus modales, intenta vagamente una complicidad, tantea al posible hermano de clase.

—Se han equivocado de persona. Yo no río, señor, créame, no tengo ganas de reír.

Ya no hay nada más en sus bolsillos. Todo lo que le hemos encontrado encima está sobre el mostrador.

—Llevadlo a la habitación que hay al lado de la contabilidad —dice D.

Dos camaradas se acercan al chivato. El chivato implora a D. con la mirada.

—Señor, se lo aseguro, se lo suplico...

D. vuelve a sentarse, vuelve a coger la agenda y la mira.

—Anda, ven acá —dice un camarada—, y no te hagas el listo...

El chivato sale con los dos camaradas. Uno de los camaradas está silbando en el fondo del bar unas notas alegres, felices. La mayoría salen del bar y se agrupan a la entrada para esperar el «302». D. se queda solo en el bar con Thérèse.

De vez en cuando se oye una ráfaga de metrallata en la lejanía. Nos hemos acostumbrado a localizarlas: ésta viene de la Biblioteca Nacional, de la esquina del boulevard des Italiens. Los camaradas hablan de los chivatos y de la suerte que les está reservada. Cuando el ruido de un coche se concreta, se callan y salen. No, no es el «302». Uno de ellos silba, siempre el mismo, siempre las mismas notas, alegres, felices.

Del boulevard des Italiens llega un rumor sordo, una continua estridencia de motores, de bravos, de cantos, de gritos de mujer, de gritos de hombre, todo está mezclado, fundido, espeso. Desde hace dos días y dos noches, un vasto fluir de miel.

—Lo importante —dice Thérèse a D.— es saber si ese tipo es verdaderamente un chivato. Vamos a perder el tiempo con Albert des Capitales, luego los jefes se presentarán y nos van a joder porque no le harán confesar nada y lo soltarán. O bien dirán que puede ser útil.

D. dice que hay que tener paciencia.

Thérèse dice que ya no hay que tener más paciencia, que bastante hemos tenido.

D. dice que nunca hay que impacientarse, que ahora necesitamos más paciencia que nunca.

D. dice que partiendo de Albert des Capitales llegaremos a coger la cadena entera, eslabón por eslabón. Dice que el chivato es poca cosa, un desgraciado, pagado a tanto por cabeza. Que a quienes habría que pillar es a los responsables que en sus despachos firmaban la orden de ejecución de cientos de judíos, de resistentes. Y eso a razón de cincuenta mil francos por mes. A éstos había que pillar, según D.

Thérèse escucha distraídamente. Mira la hora.

Hace ocho días, una noche, Roger, el otro jefe de grupo, volvió a la cantina anunciando que habían hecho siete prisioneros alemanes. Contó cómo. Dijo que los habían instalado sobre paja fresca y que habían ordenado que les dieran cerveza. Thérèse se levantó de la mesa insultando a Roger. Según ella, Roger debería haber deseado que se matara a los prisioneros alemanes. Roger se rió. Todos se rieron. Todos eran de la misma opinión que él: no había que maltratar a los prisioneros alemanes, eran soldados apresados en la lucha. Thérèse salió de la cantina. Todos se rieron, pero desde entonces empezaron a darle un poco de lado. Excepto D.

Es la primera vez que está con D. desde la otra noche. Por una vez D. no hace nada. Espera el «302». Mira fijamente la puerta de entrada, espera a Albert des Capitales. Thérèse está sentada frente a él.

—¿Crees que estaba equivocada la otra noche? —pregunta Thérèse.

—¿Cuándo?

—Respecto a los prisioneros alemanes.

—Por supuesto que estabas equivocada. Los otros también. Se equivocaban al enfadarse contigo.

D. tiende su paquete de cigarrillos a Thérèse.

—Ten...

Encienden sus cigarrillos.

—¿Quieres interrogarlo tú? —pregunta D.

—Como tú quieras. Me da igual —dice Thérèse.

—Por supuesto —dice D.

El coche. Los tres camaradas bajan, solos. D. sale.

—¿Y bien?

—Todo al traste, se largó hace quince días. Dicen que de vacaciones...

—¡Mierda!

D. entra en la cantina del primer piso. Thérèse le sigue. Los hombres están acabando de cenar. Thérèse no ha cenado, ni D.

—Habría que ocuparse de ese tipo —dice D.

Los hombres se detienen y miran a Thérèse y a D. Thérèse interrogará al chivato, eso está claro. Nada que decir.

Thérèse está detrás de D., un poco pálida. Tiene cara de pocos amigos, está sola. Desde la Liberación se nota más. Nunca se la ha visto del brazo de nadie desde que está en el centro. Durante la insurrección se entregó sin reservas, no se mostró antipática, aunque sí carente de ternura. Estaba distraída, sola. Espera a un hombre que tal vez haya sido fusilado. Esta noche se le nota especialmente.

Diez de los camaradas se levantan y van hacia D. y Thérèse. Todos tienen buenos motivos para ocuparse del chivato, incluso los que más se rieron la otra noche. D. elige a dos que pasaron por Montluc y recibieron sus buenas palizas. *Nada* que decir. Nadie protesta pero nadie vuelve a sentarse. Esperan.

—Voy a comer algo —dice D— y estoy con vosotros en seguida. ¿Has entendido bien, Thérèse? Ante todo, la dirección de Albert des Capitales, o de la gente con la que se encontraba más a menudo. Hay que conseguir la pista.

Thérèse y los dos de Montluc, Albert y Lucien, salen de la cantina. Los otros les siguen maquinalmente, ninguno ha podido decidirse a sentarse de nuevo. Sólo en una parte del edificio hay electricidad, alimentada por los motores de la imprenta. Está demasiado lejos, y sin duda ocupada. Hay que *bajar* al bar a buscar una lámpara de petróleo. Thérèse baja con los dos de Montluc. Los otros también bajan, en grupo, siempre un poco más atrás. Tras haber cogido la lámpara, vuelven a subir la escalera auxiliar que lleva a la contabilidad y se detienen en un pasillo vacío. Es allí. Uno de los camaradas de Montluc abre con la llave que le ha entregado D. Thérèse entra la primera. Los dos de Montluc entran tras ella y cierran. Los demás se han quedado en

el pasillo. De momento no intentan entrar.

Sentado en una silla, cerca de la mesa, el chivato. Debía de tener la cabeza entre los brazos cuando oyó el ruido en la cerradura. Ahora se ha erguido. Se ha vuelto a medias para mirar a las personas que entran. Parpadea, deslumbrado por el resplandor de la lámpara de petróleo. Lucien la coloca en medio de la mesa, orientada hacia él, el hombre.

La estancia está casi vacía, amueblada solamente con dos sillas y una mesa. Thérèse coge la segunda silla y se sienta al otro lado de la mesa, detrás de la lámpara. El chivato permanece sentado a plena luz. A sus espaldas, los camaradas lo enmarcan, de pie en la penumbra.

—Desnúdate, y rápido —dice Albert—, no tenemos tiempo que perder con un tipejo como tú.

Albert es todavía demasiado joven para no hacerse un poco el duro.

El chivato se levanta. Tiene el aire de alguien que se despierta. Se quita la chaqueta. Tiene el rostro demacrado, es muy miope, no debe de ver casi nada a pesar de las gafas. Sus gestos son muy lentos. Thérèse piensa que el camarada desatina. Al contrario de lo que dice, disponen de todo el tiempo.

Coloca la chaqueta sobre la silla. Los camaradas siguen esperando a ambos lados de él. Están callados, el chivato también. Thérèse también. Detrás de la puerta cerrada, susurros. Tarda mucho en colocar la chaqueta sobre la silla, lo hace con cuidado. Lentamente, obedece. Le es imposible no hacerlo.

Thérèse se pregunta si sirve de algo hacer que se desnude. Ahora que el hombre está ahí, ya no es tan urgente. Nada, ella no experimenta ya nada, ni odio ni impaciencia. Nada. Lo que sucede es que es largo. El tiempo está en suspenso mientras él se desnuda.

Ella no sabe por qué no sale. Le pasa por la cabeza la idea de salir y no sale. Sin embargo ahora es inevitable. Habría que remontarse hasta muy atrás para saber por qué, por qué es ella, Thérèse, quien va a ocuparse de ese chivato. D. se lo ha entregado. Ella lo ha tomado. Ella lo tiene. Ese hombre de una especie que escasea, ella ya no lo quiere. Quiere dormir. Se dice: «Duermo». El hombre se quita el pantalón y lo coloca sobre la chaqueta, con el mismo cuidado. Sus calzoncillos están ajados, grises. «Total, en alguna parte hay que estar y algo hay que hacer», se dice Thérèse. Ahora, donde estoy es aquí, en una habitación oscura, encerrada con Albert y Lucien, los dos de Montluc, y ese chivato de judíos y resistentes. Estoy en el cine. Ella está en el cine. Una vez, se hallaba junto al Sena, eran las dos del mediodía, un día de verano, y la abrazaron y le dijeron que la amaban. Ella estaba allí, todavía lo sabe. Todo lleva un nombre: fue el día en que decidió vivir con un hombre. ¿Y hoy qué toca, qué pasará hoy? Pronto estará en la rué Réaumur, en el periódico, haciendo su trabajo. Se cree que son cosas extraordinarias. Es como lo demás. Como lo demás, es algo que a uno le pasa. Que luego le ha pasado. Que podría pasarle a cualquiera.

Con los codos en la mesa, Thérèse mira. Él se quita los zapatos. Los camaradas

miran. El mayor es Lucien, tiene veinticinco años. Es mecánico de coches en Levallois. No le aprecian mucho en el centro. Peleó bien, pero cuando lo contaba, inflaba sus hazañas. Un charlatán. El otro es Albert, es ayudante en una imprenta, tiene dieciocho años, hospiciano, uno de los más valientes durante la lucha. Roba todas las armas que encuentra. Robó el revólver de D. Es pequeño, bajo. Un chico que ha comido poco, que empezó a trabajar demasiado joven, a los catorce años en el 40. D. no le guarda rencor porque le robara su revólver, dice que es normal, que en cuestión de armas éstos han de tener la preferencia. Thérèse mira a Albert. En el fondo es un chico extraño. Con los alemanes, era el más terrible, él sí que no decía todo lo que les hacía. Un día de la semana pasada incendió un carro de combate alemán con una botella de gasolina en la place del Palais-Royal. La botella se rompió en el cráneo del alemán y éste se quemó vivo. Los calcetines del chivato están agujereados, por ellos asoma un dedo gordo con la uña negra. Lleva los calcetines de quien no ha vuelto a su casa desde hace varios días y que ha estado andando. Debí de andar con un canguelo tremendo durante varios días, y luego volvió al bar, qué iba a hacer, uno vuelve al bar donde le conocen. Y luego llegamos nosotros. Y le «pescamos».

Le han hecho quitar hasta los calcetines como sin duda se los habían hecho quitar a ellos en Montluc. Es un poco tonto, piensa Thérèse, son un poco tontos los compañeros. Tontos, pero en Montluc no hablaron, ni una palabra. D. lo supo por otros camaradas, por eso los ha designado esta noche. Hace diez días, más, diez días y diez noches que Thérèse vive con ellos, que les da vino, cigarrillos, botellas de gasolina. A veces, se habían hablado en medio del cansancio, de la trifulca, de los alemanes, en los carros de combate, de sus familias, de los compañeros. Cuando no volvían, se les esperaba, no se dormía. El lunes pasado habían esperado a Albert, toda la noche.

El chivato se quita los calcetines, aquellos calcetines que se le pegan a los pies. Cómo tarda.

—Más de prisa —acaba por decir Albert.

Hasta ese momento Thérèse no había notado aún la voz un poco aguda, seca, de Albert. Se pregunta por qué lo esperó tanto la otra noche. Durante la pelea, todos esperaban a todos de la misma manera. Evitaban tener preferencias. Ahora volveremos a empezar. Volveremos a empezar, tendremos preferencias.

Ahora lo que se quita es la corbata. Es cierto, la corbata. Sólo hay un modo de quitársela. Se estira el cuello de lado, se tira de una punta sin deshacer el nudo. El chivato se quita la corbata igual que los demás.

El chivato tiene una corbata. Aún la tenía hace tres meses. Hace una hora. Una corbata. Y cigarrillos. Y un aperitivo hacia las cinco de la tarde. Finalmente hay diferencias entre los hombres. Thérèse mira al chivato. Es raro que las diferencias sean tan aparentes como esta noche, un vértigo. Éste iba a la rué des Saussaies, subía una escalera, llamaba a una puerta, y una vez dentro decía que tenía los datos: alto,

moreno, veintiséis años, la dirección, las horas, LE ENTREGABAN UN SOBRE, ÉL DECÍA GRACIAS SEÑOR Y LUEGO IBA A TOMAR UN APERITIVO EN EL CAFÉ LES CAPITALES.

Thérèse dice:

—Te han dicho que te des prisa.

El chivato levanta la cabeza. Luego, con demora, con un hilo de voz que pretende parecer infantil, dice:

—Voy todo lo de prisa que puedo, créame. Pero por qué...

Se interrumpe. Entraba en la rué des Saussaies. Sin esperar, nunca. El cuello de su camisa está sucio por dentro. Nunca esperó, nunca. O si alguna vez tuvo que esperar le hacían sentarse como en casa de los amigos. Su camisa está sucia debajo del cuello blanco. Un chivato. Los dos muchachos le arrancan los calzoncillos; él da un traspié y cae en el rincón como un gran paquete, con un ruido sordo.

Roger casi no le habla desde que regañaron por el asunto de los prisioneros alemanes. Hay otros. Roger no es el único.

A lo lejos los últimos francotiradores en los tejados. Se acabó. La guerra ha salido de París. Por todas partes, bajo las puertas cocheras, en las calles, en las habitaciones de hotel, llenas, la alegría. Por todas partes chicas como ella con esos soldados que han llegado. Por todas partes, muchas otras para quienes todo ha terminado, sólo quedan la tristeza y la inactividad. Pero para ella, no todo ha terminado. Ni la alegría ni la dulce tristeza del final son posibles. Para ella, su papel consiste en estar aquí, sola con ese chivato y los dos de Montluc, encerrada con ellos en esta habitación cerrada.

Ahora está desnudo. Es la primera vez en su vida que se encuentra ante un hombre desnudo sin que sea para el amor. Él está de pie, apoyado en la silla, con los ojos bajos. Espera. Hay otros que estarían de acuerdo, en primer lugar están esos dos, los dos camaradas, y luego otros, no cabe duda, otros que han esperado y todavía no han recibido nada y que siguen esperando y han perdido el uso de la libertad porque siguen esperando.

Ahora su ropa está sobre la silla. Él tiembla. Tiembla. Tiene miedo. Miedo de nosotros. De nosotros que tuvimos miedo. De los que tuvieron miedo él tiene mucho miedo.

Ahora está desnudo.

—¡Las gafas! —dice Albert.

Se las quita y las coloca sobre la ropa. Tiene viejos testículos marchitos, a la altura de la mesa. Es gordo y rosado a la luz de la lámpara de petróleo. Tiene un olor, el de la carne mal lavada. Los dos muchachos esperan.

—Eran trescientos francos por un prisionero de guerra, ¿no?

El chivato gime por primera vez.

—¿Y cuánto por un judío?

—Les digo que se equivocan...

—Lo que queremos —dice Thérèse— es que nos digas primero dónde está Albert des Capitales, y luego lo que hacías con él, a quién veías con él.

Él lloriquea sin lágrimas.

—Les digo que sólo lo conocía un poco.

La puerta de la habitación se abre. Todos los demás entran en silencio. Las mujeres se colocan en primer plano. Los hombres detrás. Se diría que a Thérèse le molesta un poco ser pillada en flagrante delito de mirar al viejo desnudo. Sin embargo, no puede pedirles que se vayan; no hay motivo; además, ellos podrían estar en su lugar. Ella sigue detrás de la lámpara de petróleo. Se ven sus cabellos cortos y negros, la mitad de su frente blanca. Se ha vuelto a sentar.

—Empezad —dice Thérèse—, es preciso que ante todo nos diga cómo encontrar al otro, Albert des Capitales.

Su voz es insegura, un poco temblorosa.

Uno de los cuatro brazos da el primer golpe. Resuena enormemente. El segundo golpe. El chivato intenta protegerse. Grita: «¡Ay! ¡Ay! ¡Me hacen daño!». Detrás alguien se ríe y dice: «Pues sí que es raro. Será sin querer...».

Se le ve bien, a la luz de la lámpara de petróleo. Los muchachos golpean fuerte. Golpean en el pecho, a puñetazos, lentamente, con fuerza. Mientras están golpeando, los de detrás se callan. Dejan de golpear y miran de nuevo a Thérèse.

—¿Comprendes mejor ahora...? Esto sólo es el principio —dice Lucien.

El se frota el pecho y gime por lo bajo.

—Luego tendrás que decirnos cómo entrabas en la Gestapo.

Thérèse tiene la voz entrecortada, pero firme. Ahora el asunto está encarrilado y en marcha, los muchachos han golpeado a conciencia. Va en serio, es de verdad: estamos torturando a un hombre. Se puede no estar de acuerdo, pero no podemos burlarnos ni dudar, ni sentirnos turbados.

—¿Y bien?

—Pues... como todo el mundo —contesta el chivato.

El grupo, en suspenso, a sus espaldas, se relaja y deja escapar un: «Ah...».

El lloriquea.

—Es verdad... Ustedes no saben...

Se calla. Se frota el pecho con las dos manos abiertas. Ha dicho: «Como todo el mundo».

Ha dicho: «Como todo el mundo», cree que ellos no saben. No ha dicho que no entraba. Detrás se oye murmurar a los del fondo: «Así que entraba. Dice que entraba». EN LA GESTAPO. RUE DES SAUSSAIES. En su pecho, aparecen extensas manchas violáceas.

—¿Como todo el mundo, dices? ¿Acaso todo el mundo entraba en la Gestapo?

Detrás se oye: «Cerdo, cerdo, cerdo». La exclamación se propaga. Él tiene miedo. Se endereza e intenta ver de dónde procede. Hay mucha gente, no puede localizar a nadie. También él debe de creer que está en el cine. Vacila, luego se recupera.

—Había que enseñar la tarjeta de identidad, dejarla abajo, luego se recogía al salir...

Detrás los insultos vuelven a empezar: «Canalla, puerco, basura».

—Yo iba allí por asuntos de mercado negro, no creía hacer nada malo. Siempre he sido un buen patriota, como ustedes. Les vendía porquerías. Ahora... quizá no debí hacerlo, no lo sé...

Su tono sigue siendo de lloriqueo, infantil. La sangre empieza a manar. Se le ha reventado la piel del pecho. No parece darse cuenta. Tiene miedo.

Cuando ha hablado de mercado negro, se ha producido un nuevo rumor en el fondo: «Puerco, cerdo, canalla». Roger ha entrado. Está en el montón de atrás. Thérèse ha reconocido su voz. También él ha dicho: «Puerco».

—Adelante de nuevo —dice Thérèse.

No golpean de cualquier manera. Quizá no sabrían interrogar, pero saben golpear. Golpean inteligentemente. Hacen una pausa cuando parece que el otro va a decir algo. Vuelven a empezar cuando se nota que va a recuperar las agallas.

—¿De qué color era la tarjeta de identidad con la que entrabas en la Gestapo?

Los dos muchachos sonrían. Los de detrás también. Incluso los que no conocen el color encuentran que es una pregunta astuta. Han golpeado fuerte. Tiene el ojo en mal estado, la sangre corre por su cara. Lloro. Un moco ensangrentado le sale de la nariz. Gime: «Ay, ay, oh, oh», sin parar. Ya no contesta. Se le ha rasgado la piel del pecho a la altura de las costillas. Sigue frotándose con las manos y se embadurna de sangre. Fija su mirada vidriosa de viejo miope en la lámpara de petróleo sin verla. Ha tardado poco. Está perdido: el que muera o se libre ya no depende de Thérèse. Eso no tiene ninguna importancia. Se ha convertido en un hombre que ya no tiene nada en común con los demás hombres. A cada minuto la diferencia aumenta, se instala.

—Te han preguntado el color de tu tarjeta de identidad.

Albert se le acerca casi hasta tocarle la nariz. Se oye a alguien que dice: «Quizá ya basta de atizarle...».

Es una voz de mujer que procede de la sombra.

Los dos muchachos se paran. Se vuelven y buscan a la mujer. Thérèse también se ha vuelto.

—¿Que ya basta? —dice Lucien.

—¿Con un chivato? —dice Albert.

—Eso no es motivo —dice la mujer, su voz es poco firme.

El interrogatorio vuelve a empezar.

—Por última vez —dice Thérèse—, te he preguntado el color de la tarjeta de identidad que enseñabas en la rué des Saussaies.

Detrás se oye una voz.

—Esto va a volver a empezar... Yo me voy. —De nuevo una mujer.

—Yo también...

Otra mujer. Thérèse se vuelve.

—Las personas delicadas no están obligadas a quedarse.

Se oye a las mujeres protestar vagamente pero no salen.

—¡Basta ya!

Es un hombre que está detrás.

Las mujeres dejan de murmurar. De Thérèse sigue viéndose sólo su frente blanca, a veces, cuando se inclina, sus ojos.

Ahora ya no es lo mismo. El bloque de camaradas se ha escindido. Algo definitivo está ocurriendo. De nuevo. De acuerdo con algunos, en desacuerdo con otros. Unos siguen cada vez más cerca. Los otros se convierten en extraños. No hay tiempo para distinguir: las mujeres están con el chivato, el chivato está con todos los que no están de acuerdo. El deseo de golpear aumenta con el número de enemigos, los extraños.

—¡Vamos, pronto, el color!

Los dos muchachos empiezan de nuevo a golpear. Golpean en las partes que ya han sido golpeadas. El chivato grita. Cuando pegan, su queja se estrangula y se convierte en una especie de gorgoteo obsceno. Un ruido que da ganas de golpear aún más fuerte, para que se detenga. Él intenta parar los golpes, pero ni los ve llegar. Los recibe todos.

—Pues... como todas las tarjetas de identidad...

—Dadle.

Golpean cada vez más fuerte. Poco importa. Son infatigables. Golpean cada vez mejor, con más calma. Cuanto más golpean, más sangra él, más claro está que hay que golpear, que es verdad, que es justo. Las imágenes surgen con los golpes. Thérèse es transparente, está encantada por las imágenes. Contra un muro un hombre cae. Otro. Otro más. Caen hombres indefinidamente. Los quinientos francos le servían para pagarse sus pequeños vicios. Seguramente no era ni siquiera anticomunista, ni siquiera colaboracionista, ni siquiera antisemita. No, simplemente, él «daba el soplo» sin saber, sin sufrir, quizá simplemente para permitirse pequeños lujos de solitario, para redondear el mes, sin verdadera necesidad. Sigue mintiendo. Tiene que saber, saber lo que no quiere decir, no saber más que eso. Si confesara, si dejara de defenderse, la diferencia entre él y los otros sería menos radical. Pero se obstina tanto como puede.

—Dadle.

Y le dan. Son como máquinas bien engrasadas. Pero de dónde viene, en los hombres, esta posibilidad de golpear, de acostumbrarse a golpear, de hacerlo como un trabajo, como un deber.

—¡Se lo suplico! ¡Se lo suplico! ¡No soy un canalla! —grita el chivato.

Tiene miedo de morir. No lo suficiente. Sigue mintiendo. Quiere vivir. Incluso los piojos se aferran a la vida, Thérèse se levanta. Está angustiada, tiene miedo de que nunca sea suficiente. ¿Qué le podrían hacer? ¿Qué se podría inventar? El hombre que contra el muro cae tampoco ha hablado, qué otro silencio, y contra el muro un

segundo, su vida, reducida a ese silencio aplastante. Contra el muro ese silencio —es necesario que éste hable—, este chivato, aquí. Dios mío, nunca será suficiente. Están todos aquellos a quienes les da igual, las mujeres que acaban de salir y todos los emboscados que ahora ironizan: «Nos hacéis reír con vuestra insurrección, con vuestra depuración». Hay que golpear. Nunca más habrá justicia en el mundo si en este momento uno mismo no es la justicia. La comedia. Los jueces. Las salas artesonadas. La justicia, no. Han cantado *La Internacional* en los vagones celulares que pasaban por las calles y los burgueses miraban detrás de las ventanas y decían: «Son terroristas». Hay que golpear. Aplastar. Hacer saltar en pedazos la mentira. Ese silencio innoble. Inundar de luz. Extraer esa verdad que ese puerco tiene en la garganta. La verdad, la justicia. ¿Para qué? ¿Matarle? ¿De qué sirve? No es por él. No tiene que ver con ese hombre. Es para saber. Golpearle hasta que eyacule su verdad, su pudor, su miedo. El secreto de lo que ayer le hacía todopoderoso, inaccesible, intocable.

Cada puñetazo resuena en la habitación silenciosa. Es como golpear a todos los canallas, a las mujeres que han salido, a todos los delicados que hay al otro lado de los postigos. El chivato grita «uh, uh» en largos lamentos. Detrás del hombre, en la sombra, se mantiene el silencio mientras llueven los golpes. Es al oír su voz que protesta cuando estallan las injurias, dichas con los dientes apretados, los puños apretados. Ninguna frase. Siempre las mismas injurias que resuenan cuando la voz del chivato prueba que sigue aguantando. Porque de la fuerza del chivato queda eso, esa voz para mentir. Todavía miente. Todavía tiene fuerza para mentir. No ha llegado al límite en que ya no se miente. Thérése mira los puños que caen, escucha el gong de los golpes, siente por primera vez que en el cuerpo del hombre hay espesores casi imposibles de romper. Capas y capas de verdades profundas, difíciles de alcanzar. Se acuerda de que la había captado vagamente durante los incansables interrogatorios de la pareja. Pero menos fuerte. Ahora es extenuante. Es casi imposible. Trabajo de demolición. Golpe a golpe. Hay que aguantar, aguantar. Y dentro de un rato saldrá, saldrá muy pequeña, saldrá dura como un grano la verdad. El trabajo se hace lejos, en ese pecho solitario. Golpean en el estómago. El chivato grita y se coge el estómago con las dos manos, se retuerce. Albert golpea de más cerca, le da un golpe en las partes. Él se cubre el sexo con las dos manos y grita de nuevo. Su cara sangra abundantemente. Tampoco antes era un hombre como los demás. Era un chivato de hombres. No se preocupaba de saber por qué motivos le pedían que se chivara. Ni siquiera los que le pagaban eran amigos suyos. Pero ahora no se le puede comparar con nada vivo. Incluso muerto, no se parecerá a un hombre muerto. Será un bulto en el vestíbulo. Puede que sea tiempo perdido. Habría que terminar. No vale la pena matarle. Tampoco vale la pena dejarle vivir. Ya no puede servir para nada. Es completamente inútil. Justamente porque no merece la pena matarle se puede seguir.

—Basta.

Thérése se levanta y va hacia el chivato, su voz parece un poco débil después del

gong sordo de los puños. Hay que terminar. Los hombres del fondo la dejan hacer. Confían en ella, no le dan ningún consejo. «Puerco, puerco.» La fraternal letanía de las injurias la llena de calor. Silencio en el fondo. Los dos camaradas de Montluc miran a Thérèse, atentos. Todos esperan.

—Por última vez —dice Thérèse—, quisiéramos saber el color de tu tarjeta, por última vez.

El chivato la mira. Ella está muy cerca de él. No es alto. Ella es más o menos de su estatura. Ella, delgada, joven. Ella ha dicho: «Por última vez». Él deja de gemir, en seco.

—¿Qué quiere que le diga?

Ella es menuda. No desea nada. Está tranquila, y siente una cólera tranquila que le ordena proclamar con calma las palabras de la necesidad poderosa como un elemento. Ella es la justicia como no la ha habido desde hace ciento cincuenta años sobre esta tierra.

—Queremos que nos digas el color de la tarjeta que te permitía entrar en la Gestapo.

Él vuelve a llorar. De su cuerpo asciende un extraño olor, empalagoso y dulce, el de la piel grasienta mal lavada mezclado con el de la sangre.

—No lo sé, no lo sé, le digo que soy inocente...

Vuelven las injurias: «Puerco, canalla, basura». Thérèse vuelve a sentarse. Momento de pausa. Las injurias continúan. Thérèse se calla. Por primera vez, al fondo alguien dice: «No hay más que liquidarle. Acabemos de una vez».

El chivato levanta la cabeza. Silencio. El chivato tiene miedo. Él también se calla. Abre la boca. Los mira. Luego un lamento débil, infantil, sale de su garganta.

—Si por lo menos supiera lo que quieren de mí... —dice el chivato con una voz que pretende ser una súplica pura y que aún supura astucia.

Los dos muchachos sudan. Con los puños ensangrentados se secan la frente. Miran a Thérèse.

—Aún no basta —dice Thérèse.

Los dos muchachos se vuelven hacia el chivato, con los puños preparados. Thérèse se levanta y exclama: —De ahora en adelante sin parar. Hablará.

Avalancha de golpes. Es el fin. Al fondo, de nuevo el silencio. Thérèse exclama:

—¿Por casualidad era roja tu tarjeta?

La sangre chorrea. El grita con todas sus fuerzas.

—¿Era roja? Dilo, ¿roja?

El hombre abre un ojo. Deja de gritar. Va a comprender que esta vez es el final.

—¿Roja?

Los dos muchachos lo sacan del rincón donde se refugia sin cesar. Lo sacan y lo tiran como lo harían con una pelota.

—¿Roja?

No contesta. Se diría que intenta meditar la respuesta.

—Adelante, muchachos, dadle más fuerte. ¿Roja? Pronto. ¿Roja?

Le han golpeado en la nariz, ha salido un chorro de sangre. Grito del chivato:

—No...

Los muchachos se ríen. Thérèse ríe también.

—¿Amarilla? ¿Amarilla como las nuestras?

Ahora intenta refugiarse en el rincón. Cada vez los dos muchachos lo sacan y él vuelve a tirarse al rincón de espaldas, con un golpe sordo.

—¿Amarilla?

Thérèse está de pie.

—No... amarilla no...

Los hombres continúan. Él se ahoga. Grita de nuevo. Los golpes hacen que sus gritos salgan entrecortados. Ahora el ritmo de las preguntas y el de los golpes es el mismo, vertiginoso, pero regular. Sigue sin hablar. Se diría que no piensa en nada. Sus ojos ensangrentados están abiertos y siguen clavados en la lámpara de petróleo.

—Si no era amarilla, entonces era... ¿de qué color?

Él sigue callado. Sin embargo ha oído, mira a Thérèse. Deja de dar alaridos. Tiene las dos manos apoyadas en el vientre, está doblado en dos. Ya no intenta parar los golpes.

—Rápido —dice Thérèse—, ¿de qué color? Rápido...

Él empieza a gritar de nuevo. Sus gritos son más bajos, más sordos. Nos acercamos al final, pero no sabemos cuál. Tal vez el hombre no vuelva a hablar, pero de todos modos nos acercamos al final.

—Era..., era... ¡rápido!

Como a un niño.

Se lo pasan como una pelota y lo golpean a puñetazos, a patadas. Están sudando a mares.

—Basta.

Thérèse avanza hacia el chivato, con el cuerpo contraído. El chivato la ve. Retrocede. Silencio de nuevo. Él ya ni siquiera sufre. Es solamente el terror.

—Si lo dices, te dejamos en paz, si no lo dices, saldrás con los pies por delante, y muy pronto. Dadle.

El chivato quizá ya no sabe lo que quieren de él. Sin embargo va a hablar. Se tiene esa impresión. Hay que recordarle de qué se trata. Intenta levantar la cabeza como un hombre que se ahoga y quiere respirar: va a hablar. Seguro. Ya está. No. Los golpes le impiden hablar. Pero si se interrumpen los golpes, no hablará. Todos están pendientes de ese parto, no sólo Thérèse. Ahora el final está al llegar. De un modo u otro. Él sigue sin hablar.

Thérèse grita: —Yo te lo voy a decir, yo te voy a decir el color de tu tarjeta.

Le ayuda. Realmente tiene la impresión de que hay que ayudarlo, de que él ya no lo logrará por sí solo. Thérèse repite:

—Yo te lo voy a decir.

El chivato se pone a gritar. Lamento ininterrumpido como el de una sirena. No le dan tiempo a hablar. Y el gemido se rompe.

—Verde... —grita el chivato.

Silencio. Los muchachos se paran. El chivato mira la lámpara de petróleo. Ya no gime. Parece completamente ido. Se ha desplomado en el suelo. Ha podido hablar. Tal vez se pregunta cómo ha hablado. Silencio. Thérèse se sienta. Se acabó.

—Sí —dice Thérèse—, era verde.

Como para constatar algo que se sabe desde hace siglos. Se acabó.

D. se acerca a Thérèse. Le ofrece un cigarrillo. Ella se pone a fumar. El chivato sigue en su rincón, petrificado.

—Vístete —dice Thérèse.

Pero él no lo hace. También los dos chicos fuman un cigarrillo. D. ha tendido un cigarrillo al chivato. Él no lo ve.

—Las tarjetas de los agentes S. D. Policía Secreta Alemana eran verdes —dice Thérèse.

Al fondo los camaradas se mueven. Algunos salen.

—¿Y Albert des Capitales? —dice alguien al fondo.

Thérèse mira a D. Es verdad. Falta Albert des Capitales.

—Ya veremos —dice D.—. Ya veremos mañana.

Ya no parece interesarle. Toma la mano de Thérèse y la ayuda a levantarse. Salen. Albert y Lucien se ocupan de que el chivato vuelva a vestirse.

En el bar hay mucha luz, como de otro mundo. Es la electricidad. Todas las mujeres están allí, hay cinco y los dos hombres que han salido con ellas.

—Ha confesado —les dice Thérèse.

Nadie contesta. Thérèse comprende. No les importa un comino que haya confesado. Ella se sienta y los mira. Es curioso. Hace más de media hora que están ahí. ¿Qué hacían en ese bar? ¿Qué esperaban? Han venido a refugiarse en la luz.

—Ha confesado —repite Thérèse.

Ninguno de los cinco la mira. Una mujer se levanta y sigue sin mirarla.

—¿Qué más nos da a nosotros? —dice con negligencia—, es repugnante...

D., que estaba al lado de Thérèse, se acerca a la mujer.

—Déjala en paz, ¿quieres?

Roger y D. cogen a Thérèse por la cintura. Las mujeres se callan. Salen. Los dos hombres que están con ellas también salen silbando entre dientes.

—Y tú vete a dormir —dice D.

—Sí.

Thérèse coge un vaso de vino. Bebe un trago.

Nota la mirada de D. en ella. El vino es amargo.

Deja el vaso.

—Hay que dejarlo ir —dice Thérèse—. Puede andar.

Roger no está seguro de que haya que dejarlo ir.

—Que no volvamos a verlo —dice Thérèse.

—Una pieza así —dice Roger— no querrán soltarla. —Yo les explicaré —dice D. Thérèse se echa a llorar.

Ter el miliciano

Por la mañana D. ha dicho: «Habrá que llevar a Ter donde Beaupain».

Thérèse no ha preguntado por qué. D. se ocupa de muchas cosas: de las detenciones, de los prisioneros, del aprovisionamiento de los camaradas, de las requisas locales, de las requisas de coches, de las requisas de gasolina, de los interrogatorios. El centro Richelieu est  archilleno. Once milicianos, uno de los cuales es Ter, en la contabilidad. Treinta colaboracionistas en el vestíbulo, abajo los del RNP^[10].

Así Thérèse ha llevado a D. y a Ter donde Beaupain, en la ru  de la Chauss e d'Antin. Son las tres de la tarde. Nada más entrar en el edificio oyen gritar a los españoles como siempre. El patio est  atestado de bicicletas y coches requisados o tomados a los alemanes; hay uno nuevo, una camioneta gris.

El grupo Hernández-Beaupain est  en la planta baja de un edificio que da a dos patios, el primero comunica con la calle por el pasillo del edificio, el otro, muy pequeño, da a otros patios de los que est  separado por una verja. Estos dos patios se comunican por medio de un pasillo que atraviesa la planta baja. En cuanto se llega al primer patio se oye a los españoles que gritan en la inmensa planta baja vacía.

Beaupain est  a la entrada del pasillo. Beaupain es un tipo alto, tiene grandes piernas, grandes brazos, la cabeza pequeña y hombros de gigante. Tiene un hermoso rostro, ojos de niño, azules y dulces. D. pasa junto a Beaupain y le hace una señal. Beaupain tiene un aspecto extraño. No da los buenos días a D. Mira tan pronto hacia la entrada como hacia el fondo del pasillo. Ahora está ocurriendo algo al fondo del pasillo.

Palabras gritadas en español de manera intermitente. Beaupain parece incómodo.

D., Ter y Thérèse se detienen en la entrada del pasillo junto a Beaupain. Está ocurriendo algo anormal. En el fondo soleado del pequeño patio interior hay un pequeño grupo de hombres, quizá quince, que gesticulan y hablan alto en español. D., Ter y Thérèse no avanzan más, esperan y miran, al igual que Beaupain. El grupo de hombres se deshace, los hombres se separan y entonces puede verse alrededor de qué estaban coagulados en bloque. La cosa aparece. Blanca. Blanca y tendida en el suelo. Los hombres se alinean a ambos lados de ella a lo largo del pasillo. Dos de ellos la cogen, la levantan y se la llevan.

D., Thérèse y Ter dejan a Beaupain y se adentran un poco en el pasillo. El cadáver pasa por delante de ellos. El pasillo est  silencioso, los españoles guardan silencio. Dos zapatos de ante asoman bajo la sábana, dos zapatos casi nuevos, bien atados sobre calcetines azules. La cosa es blanca y tiembla a cada paso de los portadores, como si fuera papilla. El vientre queda más alto que los pies porque han doblado las manos por encima de él. Debajo de la sábana se dibuja la forma de una cabeza y la punta de una nariz.

D. avanza hacia el grupo de españoles que se ha quedado al fondo del pasillo. Thérèse y Ter siguen a D. D. coge del brazo a uno de los españoles, pregunta quién es.

—Un cerdo.

Acto seguido va a reunirse con el grupo de españoles que está en el patio.

D., Thérèse y Ter vuelven rápidamente hacia la entrada del pasillo que da al gran patio, precedidos por todos los españoles. Los portadores han depositado el cadáver sobre los peldaños de la escalera. La camioneta gris que estaba al fondo del patio hace marcha atrás. Las dos puertas de la camioneta están abiertas. Los dos hombres introducen el cadáver en el interior. Los dos pies calzados con zapatos de ante se destapan y se ve el bajo de un pantalón azul marino. Los dos hombres cierran de golpe las puertas de la camioneta, que arranca inmediatamente, sale por el pasillo y desaparece en la calle.

Inmediatamente los españoles se ponen a gritar de nuevo. Se precipitan hacia el pasillo y vuelven al piso. D., Ter y Thérèse siguen a los españoles. Beaupain está con ellos. D. pregunta de nuevo quién es. Idéntica respuesta: «Un cerdo».

La sala de que disponen los españoles es muy grande, con el techo artesonado. Está completamente vacía. Ni una silla. Ni un cuadro. Solamente en los cuatro rincones armas amontonadas que un hombre guarda. Una magnífica chimenea de mármol blanco rematada por un espejo de dos metros de altura. No hay nada encima de la chimenea, ni el menor objeto. Los españoles duermen y comen en esta habitación. Excepto las armas, todo lo que tienen está en sus bolsillos. Así pues, la habitación está desnuda y llena de hombres que no se han cambiado desde hace quince días, ágiles y afilados, despojados hasta el extremo por la lucha.

D. busca a Beaupain. Thérèse y Ter le siguen a la habitación contigua a la de los españoles, el despacho de Gauthier y a la vez la sala de los franceses. Aparte del despacho y la silla de Gauthier, tampoco hay muebles en esta habitación. Ahí está Beaupain, discute con Gauthier. Unos veinte hombres sentados contra las paredes escuchan lo que se dicen. De vez en cuando gritan y tapan las voces de Beaupain y de Gauthier. Gritan porque no hay vino y no comen más que bocadillos de atún. D. y Beaupain encontraron mil latas de atún en un PC^[11] *gruyere* que encontró en un camión alemán abandonado en Levallois. Dice que anoche la rueda de *gruyere* todavía estaba en el camión. Que anoche el camión todavía estaba en el patio. Y que ahora sólo está el camión. El *gruyere* ha volado. Los hombres protestan a grito pelado. Creen que Gauthier los acusa de haber robado el *gruyere*. Beaupain sale, asqueado. D. lo detiene cogiéndole del brazo, le pregunta quién es.

—Un agente de la Gestapo. Del centro Campagne Première. Se lo ha cargado el grupo Hernández.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Tres balazos en la nuca. Aquí, en el patio.

Beaupain se va. D. y Thérèse se dirigen hacia el patio. A un metro de la puerta,

sobre una piedra algo cóncava hay sangre que se coagula. La sangre brilla al sol. Un árbol crece cerca de la piedra. Nadie en las ventanas que dan al patio, la mayor parte están cerradas. El patio está vacío.

—¿Por qué la sangre en la piedra? —pregunta Thérèse.

D. no contesta. D. y Thérèse se quedan en el umbral de la puerta y miran la sangre. Es el primero al que se ejecuta. Es la primera vez.

Beaupain vuelve a pasar. Sin que D. le pregunte, dice:

—Ha llorado.

Se va. Tiene que buscar a los ladrones del *gruyere*. Gauthier llega a su vez. También él está buscando. Busca a Beaupain.

—¿Tú estabas? —pregunta D.

—No, ¿dónde está Beaupain?

No lo sabemos. Pierrot llega y pide un cigarrillo a D. D. le da un cigarrillo, coge uno para él, enciende. Pierrot es joven, quizá dieciocho años.

—¿Miras eso? —pregunta Pierrot.

—¿Tú estabas? —pregunta D.

—¡Ya lo creo que estaba! —dice Pierrot—, se ha puesto a llorar que daba asco, decía que si le dejábamos haría todo lo que quisiéramos, que lo había comprendido... todo.

Dice también que los españoles se han peleado. Ha sido por quién tenía que disparar, y todavía se están peleando por lo mismo. Al final han sido Hernández y otros dos quienes le han disparado simultáneamente a la nuca con un 8 mm.

Pierrot se marcha. D. y Thérèse vuelven a la habitación de los españoles. Un grupo discute con acritud en medio de la habitación. Algunos se desinteresan de la discusión y, agachados por el suelo, a lo largo de la pared, desmontan y engrasan su fusil.

Ter está pegado a la chimenea. Es verdad, Ter. Ter el miliciano. Ter está pálido. No con la misma palidez de Beaupain hace un rato, es distinto. Aprieta los dientes, se ha puesto verde, tiene los labios como la tiza y debajo de sus ojos aparece un tono gris. Es cierto, habíamos olvidado a Ter. Hace diez o quince minutos que lo habíamos olvidado. Ter ha visto pasar la camilla y por la puerta que da al patio interior ha visto la sangre encima de la piedra. Nadie ha pensado que Ter veía estas cosas. Ninguno de los españoles, desde luego. Ni tampoco Thérèse, ni tampoco D.

Y ahora se acaban de fijar en Ter pegado a la chimenea, solo. D. se acerca. Y cuando Ter ve que D. se acerca (desde el principio debe de estar esperando que D. se le acerque), su rostro se tensa, se arquea literalmente hacia D., pero su cuerpo sigue adosado a la chimenea. D. se acerca a escasos centímetros de Ter, que quiere hablarle. La voz de Ter es muy baja.

—Quisiera escribir una nota a mi familia —dice Ter.

D. y Thérèse se miran. Habían olvidado a Ter. Y ahora saben que Ter ha visto pasar la camilla y que desde la puerta ha visto la sangre. D. clava la mirada en Ter, le

mira fijamente, fijamente. Luego D. obsequia a Ter con una sonrisa.

—No —dice D.—, no le hemos traído aquí para ejecutarle.

Ter levanta los ojos hacia D. Esa mirada de Ter, ese movimiento de los ojos de Ter hacia D., la fuerza que le ha hecho levantar los párpados y mirar a D.

—¡Ah...! —dice Ter—, pues me hubiera gustado saberlo.

—No —dice D.—, tranquilícese...

Los párpados y la cabeza de Ter vuelven a caer pesadamente. Y Ter no dice nada más. No se mueve, sigue apoyado en los codos, pegado a la chimenea, con el cuerpo ligeramente oblicuo. D. se pega a la chimenea junto a Ter. Sigue mirándolo fijamente. También Thérèse. Junto a ellos pasan hombres y más hombres. Ter tiene la mirada baja. Ahora los hombres se pelean por el asunto del *gruyere*. Gauthier corre junto a Beaupain. Beaupain no quiere oír hablar de Gauthier por el momento. Va de un español a otro y pregunta quién ha visto la rueda de *gruyere*. ¿Rueda de *gruyere*? Nadie ha visto eso, ni lo ha oído siquiera. Gauthier sigue a Beaupain y se ríe burlonamente como si supiera algo. De vez en cuando brota una gran carcajada. Siempre a propósito de la rueda de *gruyere*.

Sentados en los rincones los hombres engrasan sus fusiles con mucha atención. Algunos comen, los franceses, bocadillos de atún, los españoles, bocadillos de atún con tomate. Los españoles siempre tienen tomates en los bolsillos, y están comiendo tomate todo el día. Nadie sabe dónde ni cómo los encuentran.

D. saca su paquete de cigarrillos. Lo pone delante de las narices de Ter. La mano de Ter se desplaza como movida por un resorte, coge un cigarrillo. «Gracias», dice Ter. D. también ofrece un cigarrillo a Thérèse. Ella coge uno, luego ofrece fuego a Ter. Al ver el fuego, Ter ha levantado una vez más los ojos hacia D. D. sonrío.

Ter también sonrío, el tiempo que dura un relámpago, y baja la cabeza de nuevo, siempre pegado a la chimenea. Fuma el cigarrillo con todas sus fuerzas, aspira bocanadas enormes.

Beaupain reúne a todos los hombres y les da a conocer la misteriosa desaparición del *gruyere*. No hay excusa posible, explica Beaupain, una rueda de *gruyere* de treinta kilos no se va por sus propios medios. Los hombres escuchan, sonrío y empiezan a discutir de nuevo. Como antes, nadie ha visto ni oído el *gruyere*, Beaupain está sudando a mares, grita y se cansa. Da órdenes sobre el alojamiento de los distintos grupos por la noche. Cuando ha terminado, un español se le acerca y le dice algo. Inmediatamente Beaupain recuerda algo y pregunta a la concurrencia quién se llevó el FM^[12].

Ter sigue fumando. D. y Thérèse no pueden evitar mirarle. Ter tiene veintitrés años. Es un tipo guapo. No lleva chaqueta y se le ven los músculos de los antebrazos, largos, jóvenes. Tiene la cintura delgada, bien ceñida por un cinturón de cuero. Ya no está pálido. Pero sigue fumando con fuerza, absorbe el cigarrillo. Tiene una barba de nueve días. Su camisa azul es de seda. Sus zapatos son de ante. Su cinturón es de pecarí sin tratar. Si no fuera por la seda de la camisa, el ante, el cinturón, se le podría

tomar por un tipo del centro. Pero Ter tiene un pasado sucio. No se puede hacer nada, lo tiene. Sobre la joven vida de Ter ha crecido ese enorme pasado por el que sin duda va a morir.

D. y Thérèse lo miran. Él fuma, con la mirada baja. La mano que sostiene el cigarrillo tiembla, la otra se agarra a la chimenea. De vez en cuando Ter levanta los ojos, ve a D. y sonríe como alguien que se excusa.

En todos los rincones los hombres engrasan sus fusiles y discuten sobre las metralletas robadas, el *gruyere*, el agente de la Gestapo.

D. sigue sin interesarse por nada que no sea Ter el miliciano. Veintitrés años. Ha perdido la vida. Se convirtió en amigo de Lafont, Lafont le deslumbró con su coche blindado, su despacho blindado, sus paredes blindadas. Ter es un tipo curioso. En la cabeza no tiene pensamientos, sólo deseos, tiene un cuerpo hecho para el placer, la juerga, la camorra, las chicas. Hace ocho días D. y Roger interrogaron a Ter. Thérèse asistió al interrogatorio. Los que asistieron al interrogatorio de Ter lo conocen tan bien como si lo hubieran conocido siempre.

Ter había sido amigo de la banda Bony-Lafont.

—¿Por qué entró usted en la milicia? —preguntaron a Ter.

—Porque no era posible tener una arma de otro modo...

—¿Por qué una arma?

—Son bonitas.

Le atosigaron durante una hora para saber qué hacía con el arma y a cuántos resistentes había matado con ella.

—En la banda yo era el último mono, no habría podido matar resistentes.

Decía que había ido a cazar a Sologne con artistas de cine. Durante un tiempo había sido secretario de Lafont. No dijo que no hubiera matado resistentes si hubiera podido.

Un grupo de las FFI^[13].

—¿Qué coño hacía usted con las FFI?

—Quería luchar...

—¿Con qué arma?

—Con mi arma.

—¿Creía usted que era la única manera de esconderse, no?

—No, era para luchar, no es que yo tuviera nada contra los alemanes, no, era para pelear.

Lo habían encontrado con un brazal de las FFI en el bolsillo. Le preguntaron qué hacía aquel brazal en su bolsillo. Dijo que lo había encontrado, sonrió. «Porque vamos, eso no, un tipo como yo, llevar brazal...»

Beaupain pasa, sigue buscando el FM y el *gruyere*.

—¿Cuándo tendrás un minuto? —dice D.

—Ahora —dice Beaupain—. Dime lo que quieras.

Se alejan y discuten. Thérèse se queda con Ter cerca de la chimenea. Piensa que

Beaupain y D. deben de hablar de Ter y que Ter no lo sospecha. En efecto, Ter empieza a distraerse. Sigue con los ojos al grupo de españoles que limpian las armas, también al que forman D. y Baupain, pero sobre todo a los españoles. Porque Ter es así, por llevar un coche, por tener un revólver en el bolsillo, Ter ha perdido la vida. Se iba de juerga con Lafont y Bony. Conducía a toda velocidad el coche blindado de Lafont cuando Lafont hacía incursiones en los barrios judíos. Un día, yendo a cazar, disparó detrás de los árboles, no sabe si mató a alguien. Lo sabemos todo. Ter lo confesó todo en seguida.

Para Ter, todo es sencillo. Ter se dice: «Tenía una arma, era de la banda de Lafont, disparé a los árboles, voy a ser ejecutado». Quien ha hecho el mal debe ser ejecutado. Porque no sirve de nada defenderse, cree Ter. Ter se pliega a las exigencias de la justicia y de la sociedad. Cree en la perspicacia de los jueces, en la justicia, en el castigo. Y mientras tanto, resulta divertido mirar cómo desmontan armas y clic y clac. También como una planta, Ter. Como una especie de niño.

Thérèse y D. sienten cierta preferencia por Ter. No hay más remedio. No hay más remedio que tener preferencias por unos y repulsión por ciertos otros. Hay en el centro Richelieu un hombre de mundo mucho menos culpable que Ter y que sabe que saldrá del apuro. Ter no. Ter está seguro de que lo fusilarán. El hombre de mundo pidió que lo pusieran con personas de «su ambiente» porque él «tenía derecho a consideraciones». Entonces D. lo colocó en la celda común del vestíbulo, junto a un campeón de *catch* y una camarera de hotel.

En un año, Ter ganó seis millones en una oficina de compras alemana.

—¿Cuánto ganaba con ese trabajo?

—Seis millones en 1943, dos millones este año.

Ni un segundo ha vacilado Ter en decirlo. Ter carece verdaderamente de astucia y de orgullo, por completo. Lo que él quisiera tener por encima de todo son cigarrillos. Y también una mujer. Mientras lo interrogaban, ocho días después de su detención, Ter miraba a Thérèse con cierta insistencia. Ter tiene cara de juerguista y de jodedor y debe de echar en falta a las mujeres. Y es imposible hacer subir a su amante que está abajo en el vestíbulo, está prohibido. Son ya once en la contabilidad y de todos modos eso no podría hacerse. Lo mismo ocurre con los cigarrillos, prohibido dar a los prisioneros.

D. ha vuelto donde están Ter y Thérèse.

—Nos vamos...

Ter camina delante. D. se inclina hacia Thérèse y le dice en voz baja:

—Beaupain no tiene sitio, habrá que telefonar a Cherche-Midi.

Al salir, D. hace un signo amistoso a Hernández. Thérèse también. Hernández es un gigante, un comunista, fueron él y dos de su grupo los que ejecutaron al agente, en ese grupo son diecisiete, considerados por todos los franceses como sus primogénitos en la refriega. Que sea Hernández quien se ha encargado de la ejecución del agente confirma sin duda a los ojos de D. y de Thérèse lo justificada que está su confianza

en él. Ese trabajo le ha tocado a su grupo, y es correcto que le haya tocado. El agente era francés, pero los franceses no habían discutido, tal vez no estaban muy seguros de que fuera necesario ejecutar al agente, Hernández, sí. Hernández está comiendo tomates, tiene una sonrisa de niño gigante. Su profesión es la de peluquero, su razón de ser, la de republicano español. Con la misma seguridad, la misma facilidad, se metería una bala en la cabeza si fuera útil para adelantar el estallido de la revolución española. Cuando no se pelean, los españoles engrasan las armas recuperadas; conocen los rincones donde encontrarlas, están fuera toda la noche, duermen muy poco, hablan y hablan sin cesar de la futura refriega en España. Todos creen que se van a marchar dentro de unos días. «Ahora le toca a Franco», dice siempre Hernández. Eso les impide dormir, la Liberación de París hace soñar a los españoles. La gran cuestión para ellos es recuperar armas y reagruparse. Los socialistas ponen condiciones inaceptables para los comunistas y los de la FAI. Estos últimos quieren reagruparse por sus propios medios en la frontera española. Los socialistas quieren organizar un cuerpo expedicionario formado en París. Todo el día hablan de esa partida. Todos han abandonado su oficio para regresar.

Al cruzarse con Hernández, Thérèse piensa que si Ter ha de ser ejecutado en los próximos días sería mejor que fuera él, Hernández, quien lo hiciera. Ella preferiría que fuera Hernández. Le sonrío. Sólo Hernández sabe igual de bien por qué es necesario matarlo. Ella no conoce los detalles de lo que se han dicho D. y Beaupain sobre Ter el miliciano. Sin duda son cuestiones de organización. Ter va a salir del centro, quizá será ejecutado.

Ter está contento de dejar el centro d'Antin. Anda con paso ágil, rápido, delante de D. y Thérèse. Sabe que vuelve a la habitación de la contabilidad del centro Richelieu pero de momento no piensa en ello. La perspectiva del paseo en coche desde el centro d'Antin hasta el centro Richelieu se lo hace olvidar. Así es Ter, tiene fácil el olvido.

Al llegar a la calle, a la altura del coche, Ter se separa de pronto de D. y de Thérèse, rodea el coche y con un gesto amplio, galante, abre la portezuela a Thérèse con una sonrisa. Desde luego está contento de dejar el centro d'Antin, pero no sólo es eso. Está el hecho de que Thérèse y D. le son simpáticos. El hecho de que es Thérèse quien conduce el coche, el hecho de que él, en otro tiempo, conducía coches, y siente como un parentesco que le une a Thérèse. Ter no es un prisionero corriente. Porque ha ocurrido algo admirable, y es que a Ter, durante su interrogatorio, le impresionó la lealtad de D., y es seguro que en la confesión completa, casi desconcertante de Ter, hubo el deseo de complacer a D. Así es Ter, simple. Como una especie de planta. Ter.

Ter está sentado junto a Thérèse, que conduce el coche. D. está en el asiento posterior. Sostiene en la mano derecha un pequeño revólver antiguo, de pequeño calibre, la única arma que le queda a D. después de que le hayan robado su FM y su 8 mm en el centro Richelieu. Ese revólver que sostiene D. está encasquillado, no funciona desde hace mucho tiempo. D. lo encontró en el cajón de su despacho en

lugar del 8 mm. Imposible saber de dónde puede haber salido. Thérèse sabe también que ese revólver que apunta a Ter no funciona. Ter no lo sabe, por supuesto. Sí ha observado que el revólver era ridículamente pequeño, D. le impresiona hasta tal punto que no puede sospechar que no funciona. Para Ter, D. sólo puede poseer armas tan perfectas como su alma.

Ter está tranquilo junto a Thérèse.

Hace buen tiempo, muy claro. No hay policías. La Policía ha luchado con el pueblo de París y todavía no se ha reincorporado a sus funciones después de la Liberación. Desde hace tres días las calles están sin policías. Coches llenos de FFI circulan en todas las direcciones, en las direcciones prohibidas también, circulan a gran velocidad y se adelantan utilizando las aceras cuando les conviene. Un frenesí de desobediencia, una borrachera de libertad se ha apoderado de las personas.

Ter está fascinado por la rapidez de los coches, el número de coches, los cañones que sobresalen por las ventanillas y que brillan al sol.

—Hay que aprovecharlo —dice de pronto D.—, todavía no hay Policía, estas cosas ocurren una vez por siglo...

Ter se ha vuelto hacia D., que sostiene el revólver apuntándole. Y se echa a reír.

—Pues es verdad.

Así es Ter, le gusta que no haya Policía. A Ter nunca le ha gustado la Policía. Si se encuentra tan a gusto con D. también es porque D. no es de la Policía. Ter no reflexiona; no piensa que el hecho de que no haya Policía anuncia tiempos nuevos, tiempos que él no vivirá. No piensa más allá, Ter.

Ter está muy atento al embrague, a las marchas, a la conducción del auto en el torbellino soleado de las calles. A Ter le gusta llevar coches, armas, dinero, mujeres. Le gusta lo que rueda, lo que fulmina, lo que se gasta. Para él, conducir un coche es una cosa fascinante en sí. Tanto más cuanto que representa para él un cambio respecto al tipo de vida que lleva desde hace once días en la contabilidad, con los otros diez milicianos. Y hace verdaderamente muy buen tiempo y todos estos coches llenos de gente joven y de chicas de la edad de Ter lanzados a toda velocidad, con metralletas y carabinas que sobresalen apuntando en todos los sentidos, hacen el verano más fuerte, más fascinante. De lejos, todo ese desorden conquistado, libre, exaltado, actúa sobre Ter, que se siente feliz de estar en uno de esos coches, de participar en ese movimiento en calidad de lo que sea.

Sin duda éste es el último de los paseos en la vida de Ter.

En cada curva, con puntualidad, con atención, Ter extiende el brazo para facilitar la marcha del coche. Del coche que le lleva directo a su celda del centro Richelieu de la cual probablemente sólo saldrá en coche celular.

De vez en cuando, desde los tejados de los edificios nos llegan arrullos de metralletas, fondo sonoro, claro sol, verdes hojas. Cuando es demasiado cerca, los peatones se amontonan bajo los porches de las casas y sonríen a los miembros de las FFI que pasan en coche.

En un momento dado Thérèse se vuelve hacia D. y le guiña un ojo, aludiendo al revólver encasquillado. Y D. y Thérèse sonríen. Sólo Ter está serio. Con puntualidad, extiende el brazo en cada curva.

Cuando Thérèse y Albert fueron a llevar a Ter a su celda, Ter preguntó a Thérèse si entraba dentro de lo posible tener un suplemento de pan además de las raciones y también una baraja para pasar el rato. Ter se lo preguntó a Thérèse, en voz muy baja, a escondidas de Albert.

D. fue a echar una bronca a los FFI de la cocina por escatimar la comida a los prisioneros y Thérèse fue a buscar una baraja y pan.

Al caer la tarde, Thérèse acompañó a Albert a la contabilidad para dar a Ter las cartas y el pan. Ter, sentado sobre la mesa, contaba a los otros prisioneros su paseo por París. Thérèse entregó la baraja y el pan.

Por la noche, encontraron a Ter sentado a la mesa y rodeado de otros tres milicianos; jugaban a las cartas.

En realidad los otros no querían jugar, jugaban sin ganas. Ter los obligaba. Ter tenía unas terribles ganas de jugar, las ganas de alguien que va a vivir, no menos. Estaba sentado en la mesa con las piernas cruzadas, obligaba a los demás a tomar cartas, a jugarlas. Luego él jugaba. Jugaba solo. Echaba las cartas sobre la mesa y se alegraba de ganar. Y plaf. Y que te juego este as. Y que te corto. Y que te gano.

Al lado de Ter, sobre la mesa, había un pequeño trozo de pan. Era todo lo que quedaba de los tres panes que Thérèse había llevado a Ter. Lo habían devorado todo. Ter lo había compartido.

Incluso Albert sentía preferencia por Ter, Albert, que era terrible con todos los demás. Cuando Ter estaba abajo en el vestíbulo, D. lo encontró un día enfrascado en una conversación con Albert. Albert estaba sentado en una butaca de cuero. Ter estaba a sus pies.

—Vamos, cuéntame un poco... ¿Y las mujeres? ¿Con cuántas mujeres te lo has hecho?

Ter reflexionaba.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó Ter.

—El año pasado, ¿cuántas el año pasado?

—Trescientas noventa y cinco.

Luego Ter y Albert vengía a desternillarse de risa, y también D., que acababa de llegar, los tres juntos.

Ter era incorregible. Aunque hubiera tenido que morir al día siguiente, no habría perdido la ocasión de vivir. Ter estaba convencido de su abyección porque D. se lo había dicho y a D. había que creerle. Ter no tenía orgullo, nada en la cabeza, nada sino infancia.

No sabemos qué fue de Ter, si fue fusilado, si aún está en Fresnes o si está en libertad. Si Ter está en libertad, debe de hallarse en aquel sector de la sociedad en el que el dinero es fácil, en el que la idea es corta, en el que la mística del jefe hace las

veces de ideología y justifica el crimen.

La ortiga rota

Es inventado. Es literatura.

Sin duda yo era del PCF^[14].

A veces, creo que el forastero es Ter el miliciano que ha escapado del centro Richelieu y busca dónde meterse para morir. Es el traje claro lo que me lleva a creerlo, los zapatos de cuero claro, la piel blanca de la Alemania nazi, y el olor de esa pacotilla de lujo, el cigarrillo inglés. El forastero se sienta en las grandes losas que cubren los bordes del camino. Debieron de transportarlas allí hace bastante tiempo, quizá incluso antes de la Ocupación. Luego el proyecto de ponerle aceras a ese camino debió de ser abandonado.

A cada lado del camino se alinean barracas de tablas recubiertas de chapa, rodeadas de vallas combadas sobre las cuales hay ropa puesta a secar cada tantos metros. En torno a las losas, en los intersticios, hay enredaderas silvestres y ortigas. También las hay contra las vallas que rodean las barracas de tablas, una invasión. También cada tantos metros, en los jardines, en el camino, acacias, ningún árbol que no sean las acacias.

De las barracas llegan ruidos de platos, estallidos de voces, chillidos de niños, gritos de madre, ninguna palabra.

En el camino dos niños pasan y vuelven a pasar.

El mayor puede tener unos diez años. Pasea a su hermano pequeño en un viejo cochecito desde el lugar donde está el forastero hasta la excavación a la que lleva el camino. De ésta brotan marañas de chatarra y ortigas.

Desde que el forastero ha llegado, el niño ha acortado su recorrido, pasa más a menudo por delante de él. El hermano pequeño lleva una camisa azul demasiado pequeña. Va descalzo, la cabeza rubia se bambolea de aquí para allá sobre el respaldo del cochecito. Está durmiendo. Sus cabellos lacios están en desorden, hay mechones atrapadas entre sus párpados cerrados, es allí donde hay moscas, a la sombra húmeda de las pestañas. De vez en cuando, el mayor se detiene y examina al forastero de soslayo, con una curiosidad muy aguda y vacía. Come una hierba y canturrea bajito. También él va descalzo. Es un niño delgado, con los labios abultados, con cabellos sin brillo y enredados, muy negros. Lleva una blusa de niña, también azul, muy abierta por delante. Su cabeza es pequeña y concentrada, su mirada aún es límpida, profunda. A veces el rostro del niño se cierra, cobra miedo. Es cuando cree que el forastero a su vez le mira. Pero muy pronto reemprende sus idas y venidas por delante de las barracas.

Hace diez minutos que el forastero está allí cuando el hombre aparece por el camino. También él se sienta en una losa, no lejos del forastero. Es un hombre que tiene la costumbre de venir. Debe de tener cerca de cincuenta años. Lleva una boina brillante por la grasa. Se remanga los pantalones para sentarse, sus pantorrillas son

flacas, peludas, salen de los grandes zapatos negros. Lleva una camisa militar y una chaqueta gris un poco corta. El niño se detiene ante el obrero. El semblante del niño se ha animado milagrosamente, sonrío. Se dan los buenos días.

El niño lleva el cochecito debajo de la acacia, al otro lado del camino, luego vuelve a sentarse junto al hombre.

—¿Has comido ya?

—Sí, ya he terminado —dice el niño.

Como el niño, el hombre mira al forastero de soslayo, pero sin manifestar sorpresa alguna. Su rostro está curtido, seco. Tiene los ojos azules, pequeños y vivos, y buenos. Sus mejillas están hundidas, no deben de quedarle muchos dientes.

Hace calor, un calor pesado, pegajoso, sin la más leve brisa, el aire está inmóvil. El chisporroteo que se oye es el de las moscas que van de ortiga en ortiga en la pesadez del aire.

El hombre pone el morral ante sí. Saca la fiambarrera y una botella de vino. Aparentemente, el forastero evita mirarle. No puede ignorar que el hombre le observa, que se pregunta por qué se encuentra allí hoy, en ese camino del fin del mundo, un forastero como él.

El hombre saca su fiambarrera, y se ve que el índice de su mano izquierda está recubierto por una gran funda de cuero, anudada en torno a la muñeca. Abre la fiambarrera, con el dedo levantado para evitar el menor contacto. El niño sigue los gestos del hombre. Parece haber olvidado momentáneamente al forastero.

—¿Todavía te duele? —pregunta el niño.

—No es nada. Ni me doy cuenta.

En la fiambarrera hay judías blancas. El hombre saca un pedazo de pan del morral. Sus gestos son lentos. El forastero se quita el sombrero y lo coloca en la piedra vecina. Tiene calor. Viste un traje claro. Casi blanco.

El niño sigue los gestos del hombre. Su rostro se ha distendido. Hay una avidez extraña en ese niño, quiere que el hombre le hable. Deben de tener la costumbre de verse.

—¿Y tu padre? —pregunta el hombre.

—Va mejor —dice el niño.

El hombre limpia la cuchara con el forro de la chaqueta y la hunde en la fiambarrera. Come. Mastica. Come. Traga. Todo sucede con la lentitud regular de un espectáculo, la de una lectura insidiosa y vana.

Detrás de ellos, detrás del forastero, el hombre y el niño, la misma masa compacta de la ciudad, delante de ellos, el comienzo de las ortigas. La ciudad acaba donde la mala hierba empieza, la chatarra. La guerra se ha ido. Se acabó. El olor acre llega de otra excavación —ésta no se ve— que debe de servir de vertedero para todas las personas de las barracas. Las moscas que beben en los ojos del niño pequeño vienen de allí. Desde que nació, ese niño es víctima de las moscas de ese vertedero, y respira, y está sumido en el olor acre. De vez en cuando, el olor acre se atenúa y

luego vuelve, horrible, llena el verano.

El hombre sigue comiendo las judías ante los ojos del niño y del forastero. Toma una cucharada de judías, corta un trozo de pan con la navaja, se lo mete todo en la boca. Mastica. Lentamente mastica. El mayor de los niños mira al hombre que mastica. De las barracas siguen saliendo gritos, llantos de niños, entrechocar de platos, ninguna palabra.

A lo lejos suena una sirena, muy triste, semejante a la de las alertas de la guerra.

El hombre coloca su pedazo de pan sobre la piedra y saca el reloj del bolsillo de su chaleco. Siempre lentamente, lo pone en hora. Dice:

—Pasa un minuto de las doce. —Se vuelve hacia el forastero y añade—: Aún da miedo, es un ruido asqueroso.

El forastero no ha contestado. Podría creerse que está sordo. El hombre se pone de nuevo a comer sus judías. Con la misma lentitud excesiva, remansada, en el calor maloliente de la excavación que no se ve. El niño ya no lo mira. Mira al forastero que no ha contestado. Nunca ha visto a un forastero en ese camino, un hombre muy limpio y muy blanco. Un hombre rubio.

—¿Qué lugar es éste? —pregunta el forastero.

El niño ríe y luego baja los ojos, confuso. El hombre deja de masticar. Mira al forastero, también con sorpresa.

—Allá abajo, es el Petit-Clamart. —Señala en dirección al montón de chatarra y ortigas—. Aquí todavía es París. Vamos, en principio...

La incertidumbre se ha apoderado del hombre.

—¿Por qué? ¿Se ha perdido usted...?

—Sí. —La palabra resuena.

El niño se ríe de nuevo, luego para, baja los ojos.

El hombre ya no sonrío.

El hombre coge una botella de vino, un vaso. Bebe. No dice nada más.

El forastero debe de saber que por propia iniciativa el hombre no le dirá nada más. El forastero habla, no pregunta, dice:

—Se ha hecho usted daño en el dedo.

El hombre levanta el dedo y lo observa.

—Tengo un dedo hecho migas, en fin, casi, la primera falange. Me lo pillé trabajando en una prensa.

Por primera vez el niño habla, se sonroja y toma aliento, dice de una tirada:

—Se le quedó el dedo plano como un papel de fumar, y hay otra, en la fábrica, a ella le cogió toda la mano, le cortaron la mano.

El forastero no aparta los ojos de la boca que come. Los ojos del niño también están ávidos de verlo todo. No aparta los ojos de los dos hombres. Una vez más el hombre habla.

—Son piezas grandes —dice el hombre—, dos toneladas... y

Las hay de cinco toneladas en los arsenales... unos monstruos enormes...

El niño pequeño grita. Un solo grito. Una pesadilla. Por la puerta de una barraca asoma una mujer joven, llama: «¡Marcel!». El niño se levanta y mira a la mujer: «No es nada». Todos se callan. El pequeño se ha vuelto a dormir.

El hombre ha terminado las judías y saca un pedazo de queso del morral. Corta un pedazo de queso y lo coloca sobre el pan. Corta el pedazo de pan que lleva el queso. Come, siempre la misma lentitud remansada, pero ligera, irresistible. El niño dice:

—Yo creía que no, pero el pan te va a llegar justo para el queso.

El niño está inquieto por el silencio del hombre que come el queso. No por el silencio del forastero. Mira al hombre, Lucien.

—Es terrible —dice al fin el forastero.

El hombre se vuelve hacia el forastero. Ya no sonríe. El niño comprende que el hombre, Lucien, empieza a temer algo. El forastero dice:

—Usted volvió a coger el mismo trabajo.

El forastero no piensa en lo que dice, habla maquinalmente, pero en lugar de callarse, en lugar de morir, retiene, encerrada en su interior, una cosa que no sabe decir, entregar. Eso porque no la conoce. No sabe cómo se habla de la muerte. Está delante de sí mismo como lo están el hombre y el niño que tiene enfrente. El hombre y el niño lo saben. El hombre va a hablar en lugar del forastero, pero igual que va a hablar se callaría. Todos estos esfuerzos se hacen para alejar el silencio. Una cosa es cierta. Si el silencio no fuera rechazado por los dos hombres, una etapa peligrosa se abriría para todos, los niños, el forastero, el hombre. La palabra que acude en primer lugar para expresarlo es la palabra locura.

—Sí, volví a coger el mismo trabajo —dice el hombre—. El año pasado estuve en el remache. Prefiero la prensa. Es una cuestión de gustos. Me parece que el trabajo en la prensa es menos monótono. Tal vez sea porque es peligroso. Quizá es más duro, pero uno tiene su propia pieza, su propia máquina. Yo prefiero eso.

El forastero vuelve a oír sin escuchar, a mirar sin ver.

—En la prensa —prosigue el hombre—, a veces también somos varios, pero es muy distinto, uno ve cómo su pieza se va haciendo. En cambio, el remache, es un poco..., cómo decirlo..., un trabajo de detalle, de acabado. Es menos personal. Y además nunca se está solo, siempre en grupo. A uno le gusta estar solo de vez en cuando.

El hombre ha hablado con un prurito de exactitud que encanta al niño. La amabilidad ha abandonado al hombre, también la bondad. Habla para impedir ahora que el forastero hable. El forastero no contesta.

El niño lanza un grito con una especie de súbita felicidad. Una felicidad que algo tiene que ver con la nueva actitud del hombre con el forastero.

El hombre sonríe con una ironía ligera y su mirada azul se vuelve dura.

—Quizá trabaja en la metalurgia —dice el hombre—, nunca se sabe.

El forastero sonríe como el hombre, burlándose, pero no contesta. Dice:

—No.

Se produce una pequeña pausa en los movimientos del hombre que come, y el silencio vuelve. El temor se acerca más, se hace más denso. El niño no comprende nada del acontecimiento inminente. Se encuentra abandonado.

El hombre saca una botella del morral y un vaso. Y luego bebe uno, dos, luego tres largos tragos de vino. Cuando ha terminado tiende la botella al niño.

—Toma, bebe un trago.

El niño bebe, hace una mueca, traga el vino con dificultad. El forastero levanta la cabeza y dice:

—¿Le da usted vino... a un niño?

—Sí, le doy vino..., ¿por qué? ¿Ve usted algún inconveniente?

El forastero mira al obrero. Se miran. El forastero dice:

—No.

El hombre vuelve a coger el reloj, lo mira y lo coloca de nuevo en el bolsillo del chaleco. A continuación coge un paquete de Gauloises. El pequeño se ha vuelto a despertar. El niño va hacia el cochecito y empieza a pasearlo de nuevo sin apartar la mirada de los dos hombres.

El forastero se vuelve bruscamente, como enloquecido. Sin razón aparente. Luego vuelve a su silencio. El hombre dice:

—Todavía me queda un cuarto de hora, el tiempo de fumar un cigarrillo.

El hombre tiende su paquete de cigarrillos al forastero.

—Gracias —dice el forastero—, tengo los míos.

El forastero saca también un paquete de cigarrillos del bolsillo. El hombre le tiende un mechero que despide humo, su mano tiembla un poco.

Fuman sin hablarse. Luego el obrero parece ver algo a lo lejos, delante de él, pero no. Fuma con un gusto profundo. El miedo va y viene. Y aquí está. El hombre husmea el aire y dice esta frase:

—Usted está fumando un cigarrillo inglés.

El forastero no contesta, no comprende, dice:

—¿Qué quiere usted decir?

El hombre mira al forastero como hace un momento este último le miraba. No contesta.

Los dos hombres se callan. El niño empieza a olvidarlos. Tararea una música de escuela. El forastero habla al hombre.

—¿Está usted contento?

El hombre le mira.

—¿De qué habla usted?

El forastero reflexiona, se pregunta de qué está hablando. No logra responderse.

—No lo sé.

Delante del forastero hay una mata de ortigas en flor. La planta está en medio del camino, redonda, en forma de matorral, llena de hiel y de fuego. El forastero se inclina, rompe un tallo de la planta y estruja la ortiga entre sus manos. Hace una

mueca, tira la ortiga, se frota las manos quemadas. Se oye reír al niño. El hombre ha dejado por completo de fumar. El forastero adivina que le está mirando, se queda inclinado sobre la ortiga, luego de pronto se decide, levanta la cabeza y habla, dice:

—Discúlpeme.

De nuevo, el niño se ríe. Es una risa irreprimible. El hombre le dice que se calle. El niño deja bruscamente de reír, tiene miedo de que el hombre le eche. El hombre pregunta: —¿Nunca había visto ortigas?

Ahora el hombre está furioso. Su miedo se ha desvanecido. Está erguido delante del forastero.

—No es eso —dice el forastero—, es que no sé reconocerlas.

El hombre tira el cigarrillo, que cae en un charco de sol. Saca otro. Ya no espera que el forastero hable. Parece haber olvidado marcharse a su trabajo. Ya no mira al forastero. Piensa en él, en el forastero, como en un acontecimiento ahora pasado, inaccesible y vano. El forastero, por su parte, no dice nada más. Ha vuelto a su postura de antes. Sigue con la cabeza baja, apuntando hacia la muerte. Y el hombre, de manera instintiva, se desvía lentamente hacia la zona de muerte donde se halla el forastero. Dice:

—Durante la Ocupación me quedé aquí, no dejé esta zona.

El forastero no se ha movido. Ahora el hombre anda a su alrededor, da algunos pasos, vuelve, señala la ciudad. Dice:

—Ya hace ocho días que todo terminó. Lo que se oye de vez en cuando son los francotiradores de los tejados, pero cada vez hay menos.

La sirena vuelve a sonar otra vez, el niño grita:

—Lucien, es la hora.

—Ya voy —dice Lucien.

Lucien vacila. Va, viene, mira la ciudad, y luego dice al niño:

—Tú vas a volver a tu casa.

Todo el pequeño rostro del niño se contrae por el esfuerzo por captar lo que sucede entre el hombre y el forastero. Pero el niño obedece. Se marcha. Va a buscar el cochecito y vuelve hacia la barraca donde su madre estaba un momento antes. El hombre espera a que haya desaparecido antes de marcharse a su vez.

El forastero no se ha movido.

Sigue sentado con la cabeza inclinada hacia el suelo, las manos unidas, los brazos colocados sobre las rodillas.

Ahora ocupa el camino él solo. Ese desierto, ese camino, para él solo.

Es al mirarlo de lejos, por la ventana de la barraca, cuando se le ocurre al niño que quizá el forastero haya muerto, muerto de muerte milagrosa, sin apariencia de acontecimiento, sin forma de muerte.

Aurélia Paris

Es inventado. Es puro *amour fou* por la niña judía abandonada.

Siempre tuve la sensación de adaptar *Aurélia Paris* para la escena. Lo hice para Gérard Desarthe. La leyó maravillosamente durante dos semanas en la pequeña sala del Théâtre du Rond-Point en enero de 1984. Hoy, detrás de los cristales está el bosque y el viento ha llegado. Las rosas estaban allá en aquel otro país del Norte. La niña no las conoce. Nunca ha visto las rosas ahora muertas ni los campos ni el mar.

La niña está en la ventana de la torre, ha separado ligeramente las cortinas negras y mira el bosque. La lluvia ha cesado. Es casi de noche pero tras el cristal el cielo es todavía azul. La torre es cuadrada, muy alta, de cemento negro. La niña está en el último piso, ve otras torres sucediéndose a intervalos, igualmente negras. Nunca ha bajado al bosque.

La niña deja la ventana y se pone a cantar un canto extranjero en una lengua que no comprende. Aún se ve bien en la habitación. Se mira en el espejo. Ve cabellos negros y la claridad de los ojos. Los ojos son de un azul muy oscuro. La niña no lo sabe. Del mismo modo, tampoco sabe que siempre ha conocido esa canción. No recuerda haberla aprendido.

Alguien llora. Es la mujer que cuida a la niña, que la lava y que la alimenta. El piso es grande, casi vacío, casi todo se ha vendido. La mujer está en la entrada, sentada en una silla, a su lado hay un revólver. La niña lo ha visto siempre allí, a la espera de la Policía alemana. Noche y día, la niña no sabe desde cuántos años antes la mujer espera. Lo que la niña sabe es que cuando la mujer oiga la palabra *póliza* detrás de la puerta, la mujer abrirá y matarán a todos, primero a ellos y a continuación a ellas dos.

La niña va a correr las cortinas negras, luego se dirige hacia su cama, enciende la pequeña lámpara de su escritorio. Bajo la lámpara, el gato. Se endereza bajo la luz. A su alrededor, en montones desordenados, están los periódicos sobre las últimas operaciones del ejército del Reich con los cuales la mujer ha enseñado a escribir a la niña. Junto al gato, tirada por el suelo y tesa, hay una mariposa muerta de color de polvo pardusco.

La niña se sienta en la cama cara al gato. El gato bosteza, se estira y a su vez se sienta frente a ella. Tienen los ojos a la misma altura. Miran. Suena el canto judío, la niña lo canta para el gato. El gato se acuesta sobre la mesa y la niña lo acaricia, lo escucha. Luego coge la mariposa muerta, se la enseña al gato, la mira haciendo una mueca en broma, y luego canta de nuevo el canto judío. Luego los ojos del gato y de la niña se miran de nuevo.

Desde lo profundo del cielo, llega de repente. La guerra. El ruido. Desde el

pasillo la mujer grita que corra las cortinas, que no se olvide. Los grandes bloques de acero empiezan a pasar por encima del bosque. La mujer grita:

—¡Háblame!

—Quedan seis minutos —dice la niña—. Cierra los ojos.

El punto máximo del ruido que se aproxima, la carga de muerte, los vientres llenos de bombas, lisos, dispuestos a abrirse.

—Están aquí. Cierra los ojos.

La niña mira sus pequeñas manos flacas sobre el gato. Tiemblan como los muros, los cristales, el aire, las torres, los árboles del bosque. La mujer grita:

—Ven.

Siempre pasan de largo. Llegan un poco después de lo que ha dicho la niña. En lo más fuerte del ruido, brutalmente, el otro ruido. El de las puntas aceradas de los cañones antiaéreos.

Nada cae del cielo, ninguna baja, ningún clamor. La masa intacta de la escuadrilla se desliza por el cielo.

—¿Adonde van? —grita la mujer.

—Berlín —dice la niña.

—Ven.

La niña atraviesa la habitación negra. Se reúne con la mujer. Donde ella está hay luz. Donde ella está, ninguna ventana, ninguna abertura al exterior, es el final del pasillo, la puerta de entrada, por ahí tienen que llegar. Una bombilla colgada en la pared ilumina la guerra. La mujer está ahí para cuidar de la vida de la niña. Se ha puesto un jersey sobre las rodillas. Ya no se oye nada excepto, lejos, una sucesión de cañonazos. La niña se sienta a los pies de la mujer, dice:

—El gato ha matado una mariposa.

La mujer y la niña se quedan un buen rato abrazadas llorando y callando alegremente como cada noche. La mujer dice:

—He vuelto a llorar, cada día lloro por el admirable error de la vida.

Se ríen. La mujer acaricia la madeja de seda, los rizos negros. El ruido se sigue alejando. La niña dice:

—Han cruzado el Rin.

Ya no hay más que el ruido de las ráfagas de viento en el bosque. La mujer ha olvidado.

—¿Adonde van?

—Berlín —dice la niña.

—Es verdad, es verdad...

Se ríen. La mujer pregunta:

—¿Qué va a ser de nosotras?

—Vamos a morir —dice la niña—, tú nos vas a matar.

—Sí —dice la mujer, y deja de reír—. Tienes frío.

Le toca el brazo.

La niña no contesta a la mujer, ríe. Dice:

—Al gato lo llamo *Aranacha*.

—*Aranachacha* —repite la mujer.

La niña se ríe muy fuerte. La mujer se ríe con ella y luego cierra los ojos y toca el pequeño cuerpo.

—Estás delgada —dice la mujer—, tus huesecitos debajo de la piel.

La niña se ríe de todo lo que dice la mujer. Ocurre a menudo al caer la noche, la niña se ríe por todo.

Y luego se ponen a cantar el canto judío. Luego la mujer explica:

—Excepto este pequeño rectángulo de algodón blanco cosido en el interior de tu vestido, no sabemos nada de ti. Había las letras A. S. y una fecha de nacimiento. Tienes siete años.

La niña escucha el silencio. Dice:

—Han llegado a Berlín —hace una pausa—, ya está.

Rechaza brutalmente a la mujer, la golpea, luego se levanta y se va. Cruza los pasillos, no tropieza con nada. La mujer la oye cantar.

Los cañones antiaéreos de nuevo contra el acero de los fuselajes azules. La niña llama a la mujer.

—Misión cumplida —dice la niña—. Vuelven.

El ruido aumenta, ordenado, prolongado, un fluir continuo. Menos intenso que a la ida.

—No han tocado ni uno —dice la niña.

—¿Cuántos muertos? —pregunta la mujer.

—Cincuenta mil —dice la niña.

La mujer aplaude.

—Qué felicidad —dice la mujer.

—Han dejado atrás el bosque —dice la niña—, van hacia el mar.

—Qué felicidad, qué felicidad —dice la mujer.

—Escucha —dice la niña—, van a cruzar el mar.

Esperan.

—Ya está —dice la niña—, han cruzado el mar.

La mujer habla sola. Dice que todos los niños van a ser asesinados. La niña ríe. Dice al gato:

—Oye cómo llora. Es para que yo vaya. Tiene miedo.

La niña se mira en el espejo y se habla:

—Soy judía —dice la niña—, judía.

La niña se acerca al espejo y se mira.

—Mi madre tenía una tienda en la rué des Rosiers en París. Señala el pasillo.

—Me lo ha dicho ella.

La niña habla al gato, habla.

—A veces quiero morir —dice la niña, y añade—: Mi padre, creo que era un gran

viajante, venía de Siria.

Desde el fondo del espacio exterior el recomenzar del zumbido. La niña grita:
—Vuelven.

La mujer ha oído la segunda carga de muerte. Esperan. —¿Dónde es esta vez?

La niña cierra los ojos para oír mejor. Dice:

—Hacia Düsseldorf.

La niña ha escondido la cabeza entre las manos, tiene miedo. A lo lejos, la mujer del pasillo recita la lista de ciudades del Palatinado, pide a Dios la masacre de las poblaciones alemanas.

—Tengo miedo —dice la niña.

La mujer no ha oído.

El gato se ha marchado, está en los pasillos sin luz, donde el ruido es menos fuerte.

—Tengo miedo —repite la niña.

—¿Son muchos? —pregunta la mujer.

—Mil —dice la niña—. Están aquí.

Ya está, han alcanzado el bosque. Pasan de largo. La electricidad se apaga.

—Quisiera que cayeran —exclama la niña—, quisiera que se hubiera acabado.

La mujer grita a la niña que se calle, que es vergonzoso.

La mujer reza, recita, en voz alta, de loca, una oración aprendida en la infancia.

De pronto, la niña grita en la oscuridad:

—El bosque.

De pronto, el fin del mundo, la raspadura enorme que se estrella, el estrépito, el clamor y luego el incendio, la luz.

Por encima, la escuadrilla avanza.

El avión caído es abandonado.

La niña levanta la cortina y mira el fuego. No está lejos de la torre.

La niña busca la forma del aviador inglés. La mujer grita en la oscuridad:

—Ven, ven conmigo.

La niña va.

—Es un avión inglés, ha caído justo al lado —dice la niña.

Dice que el bosque arde, justo al lado, debajo de la torre, un poco más allá. Que todo está desierto aparte del fuego.

La niña quisiera ir a ver el avión caído. La mujer dice que ella no quiere ver eso, una cosa semejante. La niña insiste, dice que el aviador está muerto, que no, sólo es fuego, que vaya con ella.

La mujer llora, dice que no vale la pena.

—Si lo hubiera sabido, en fin, no hablemos más, porque total no tengo nada contra esta niña..., nada..., habría preferido que fueran judíos los que se ocuparan de ella, y además más jóvenes..., pero ¿cómo...? Se fueron los dos, durante la noche, un tren de trece vagones, pero ¿adónde se fueron? ¿Y cómo hacer para probar que su hija

es ella? ¿Cómo...? Si vuelven, dicen que sí, ¿por qué no...? La niña crece demasiado de prisa, dicen que es la falta de alimento..., siete años según el pequeño rectángulo blanco del jersey...

La niña escucha a la mujer. A veces estalla en carcajadas y la mujer vuelve a la realidad. Pregunta qué sucede, quién ha hablado y adonde han ido.

—Mannheim —dice la niña—, o bien Francfort, o bien Munich, o bien Leipzig, o bien Berlín —hace una pausa—, o bien Nimega.

La mujer dice que quiere a esta niña, mucho. Luego se calla. Luego dice de nuevo que la quiere y mucho. La niña la sacude ligeramente. Dice:

—Entonces ella subió corriendo, ¿llevaba una niña?

—Así es.

—¿Quién?

—Tu madre —dice la mujer.

—«Tome la niña, tengo que hacer una compra urgente» —dice la niña.

—Eso es, «tengo que hacer una compra urgente, vuelvo dentro de diez minutos».

—«¿Ruido en la escalera?»

—Sí. La Policía alemana.

—¿Luego nada más?

—Nada más.

—¿Nunca, nunca?

—Nunca.

La niña coloca la cabeza en las rodillas de la mujer para que la mujer le acaricie los cabellos.

La mujer acaricia los cabellos de la niña como ella quiere, con fuerza, y le habla de su propia vida. Luego su mano se detiene. Pregunta:

—¿Qué, dónde están esos?

—Lieja —dice la niña—, están regresando.

La niña pregunta a la mujer:

—¿Quién era el que ha muerto?

La mujer le cuenta la historia de un aviador inglés.

La niña estrecha a la mujer entre sus brazos. La mujer se queja.

—Abrázame, abrázame —dice la niña.

La mujer hace un esfuerzo y acaricia los cabellos de la niña, después el sueño es más fuerte. De barrio en barrio, en la ciudad las sirenas del final de la alerta.

—Dime su nombre —dice la niña.

—¿El nombre de quién? —pregunta la mujer.

—De quien tú quieras.

—Steiner —dice la mujer—. Es lo que la Policía gritaba.

El gato. Vuelve de una habitación lateral.

—Han vuelto —dice la niña—, van a cruzar el mar.

La niña se pone a acariciar el gato, primero distraídamente, luego cada vez más

fuerte. Dice:

—También se ha comido una mosca.

La mujer escucha. Dice:

—No se les oye volver.

—Han pasado por el Norte —dice la niña.

Ya, en los cristales, el día. Penetra en el pasillo de la guerra.

El gato se echa sobre el lomo, ronronea de deseo loco de Aurélia. Aurélia se acuesta contra el gato. Dice:

—Mi madre se llama Steiner.

Aurélia coloca la cabeza contra el vientre del gato. El vientre está caliente, contiene el ronroneo del gato, amplio, un continente sepultado.

—Steiner Aurélia. Como yo.

Siempre esta habitación donde os escribo. Hoy, detrás de los cristales, estaba el bosque y había llegado el viento.

Las rosas han muerto en aquel otro país del Norte, rosa por rosa, llevadas por el invierno.

Anoche. Ahora ya no veo las palabras trazadas. Ya no veo nada más que mi mano inmóvil que ha dejado de escribiros. Pero tras el cristal de la ventana el cielo es todavía azul. El azul de los ojos de Aurélia habría sido más oscuro, ¿comprendéis?, sobre todo de noche, entonces habría perdido el color para convertirse en oscuridad límpida y sin fondo.

Me llamo Aurélia Steiner.

Vivo en París, donde mis padres son profesores.

Tengo dieciocho años.

Escribo.

Notas

[1] *Bureau Central de Renseignement et d'Action* (Oficina Central de Información y de Acción), organismo creado en 1941 como servicio de información de las FFL (*Forces Françaises Libres, Fuerzas Francesas Libres*). Su misión consistió, durante la guerra, en coordinar la acción de los diferentes grupos de la Resistencia, a los que también equipaba. [Esta nota, como las siguientes mientras no se indique lo contrario, es de la traductora.] <<

[2] Campos alemanes en los que se internaba, durante la Segunda Guerra Mundial, a los prisioneros con un rango inferior al de oficial. <<

[3] Los milicianos eran miembros de la *Milice française* (Milicia francesa), organización paramilitar de colaboracionistas que combatió duramente contra la Resistencia. <<

[4] No he encontrado este lugar en los índices de los atlas, sin duda lo transcribí tal como lo oí. <<

[5] Service du Travail Obligatoire (Servicio del Trabajo Obligatorio), impuesto a partir de febrero de 1943 en Francia —ocupada por las tropas del Reich— para abastecer de mano de obra las fábricas alemanas. <<

[6] Calles que bordean el Sena. <<

[7] Prisonniers de guerre (Prisioneros de guerra). <<

[8] (Movimiento Nacional de los Prisioneros de Guerra y Deportados), fundado por François Mitterrand. <<

[9] Grand Quartier Général (Gran Cuartel General.) <<

[10] Rassemblement National Populaire (Agrupación Nacional Popular), partido colaboracionista de tendencia fascista fundado por Marcel Déat, futuro miembro del Gobierno francés de Vichy. <<

[11] Poste de commandement (Puesto de mando). <<

[12] Fusil-mitrailleur (fusil ametrallador). <<

[13] Forces Françaises de l'intérieur (Fuerzas francesas del interior), nombre con el que a principios de 1944 se unificaron —en teoría— las diversas organizaciones clandestinas que formaban la Resistencia. <<

[14] [Partí Communiste Français \(Partido Comunista Francés\)](#). <<